

CIVILIZACIONES PERDIDAS

LOS MAYAS

I



TIME
LIFE
folio

LOS MAYAS

LOS MAYAS

PRIMERA PARTE

TIME
LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Supervisores científicos: John B. Carlson, Arthur Demarest, William L. Fash, Jr.,
Norman Hammond, Jeff Karl Kowalski
Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
Coordinación editorial: Pilar Mora
Coordinación técnica: Miguel Ángel Roig
Diseño de la cubierta: Singular

Título original:
The Magnificent Maya

Traductor:
Rafael Aparicio

Publicado por:
Ediciones Folio, S. A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time Life Books Inc. All rights reserved
© Ediciones Folio, S. A. (27-10-95)

ISBN: 84-413-0155-7 (obra completa)
84-413-0158-1 (volumen 3)

Impresión:
Printer. Industria Gráfica
Sant Vicenç del Horts (Barcelona)

Depósito Legal: B. 38054-95

Printed in Spain

SUMARIO

Capítulo primero CIUDADES ENTERRADAS EN BOSQUES, DESOLADAS, SIN NOMBRE

7

Momentos de descubrimiento

35

Capítulo segundo DIOSES, SANGRE Y REYES

47

Disipando las brumas del tiempo

73



CIUDADES ENTERRADAS EN BOSQUES, DESOLADAS, SIN NOMBRE

Perdida y olvidada, la ciudad yacía envuelta en el follaje, asfixiada por el bosque que en tiempos había dominado. Sobre sus palacios y templos se alzaba el ramaje de magníficos ceibos y caobas, emparrados silvestres envolvían en su malla los otrora regios edificios, rodeados ahora de helechos y arbustos. Las lluvias tropicales azotaban las decrepitas superficies de piedra y estuco; las raíces desgajaban grandes edificaciones que habían sido levantadas por ejércitos de trabajadores. Por la noche, los jaguares rondaban los espacios urbanos y sus roncos rugidos taladraban las horas de oscuridad. Durante el día, las voces de la ciudad eran los gritos de los loros y el estrépito de los monos saltando por las copas de los árboles. Las efigies talladas de los dioses contemplaban inmóviles la húmeda selva donde no quedaba ser humano alguno para adorarlos.

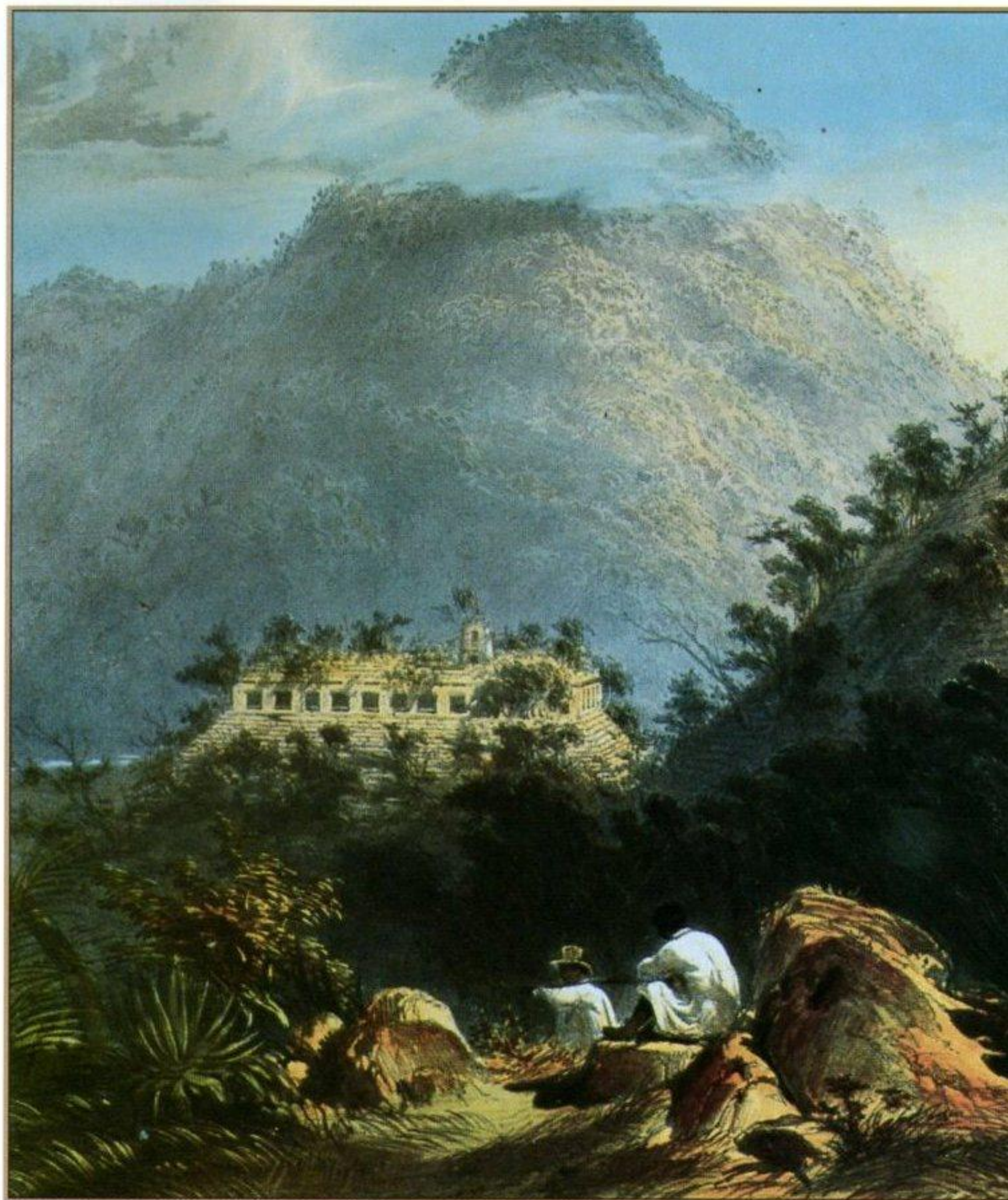
Esto, en su existencia posvital, era el lugar conocido como Copán, situado a lo largo de un río en las tierras vírgenes del occidente de Honduras. Durante un milenio su existencia se había mantenido espectral, un recuerdo debilitado hasta el punto de la invisibilidad. Los europeos lo habían encontrado poco después de su llegada al Nuevo Mundo, pero habían demostrado poco interés por las ruinas, salvo para mencionarlas en unos pocos informes arcanos sobre la zona. Luego, en el año 1839, un abogado y diplomático norteamericano llamado John Lloyd Stephens y un artista británico, Frederick Catherwood, rompieron la impenetrabilidad de la selva y redescubrieron el milagro de la civilización maya.

Una descomunal máscara de estuco ofrece una tétrica imagen en uno de los laterales de un templo maya en ruinas que data de 1.500 años y está virtualmente oculto por la selva en la región de Petén, en Guatemala. Cientos de otros yacimientos mayas olvidados esperan ser descubiertos y estudiados, como éste, en México y Centroamérica.

Stephens y Catherwood eran viajeros veteranos a los que jamás habían apartado de su proyectos las dificultades del terreno, aunque este terreno en particular era más inhóspito que cualquier otra cosa que hubieran visto hasta entonces. Se habían abierto paso por la húmeda y malsana selva tropical de Honduras con la ayuda de guías locales, avanzando a lomos de mulas por las márgenes de unos ríos infestados de caimanes, siguiendo unas estrechas sendas de montaña, adentrándose cada vez más en un reino de verdor lujuriante, repleto de colibrís y adornado de orquídeas. Su esperanza, alimentada por algunos libros bastante equívocos que habían leído, consistía en llegar a «grandes ciudades allende el Valle de México, enterradas en bosques, arruinadas, desoladas, sin nombre», como escribió Stephens. Sin embargo, las pocas descripciones existentes de estas ciudades eran tan vagas que los dos aventureros estaban condenados a la desilusión. Y, a decir verdad, su primer atisbo de Copán —un antiguo nombre local del valle y su río cercano— no tuvo nada de impresionante: un muro de piedra labrada, bien hecho pero frágil en comparación con las masivas fortificaciones que habían visto durante sus viajes por el Viejo Mundo. «Subimos por unos escalones de piedra, en algunos lugares perfectos y en otros desgajados por árboles que habían crecido entre las grietas, y llegamos a una terraza cuya forma era imposible discernir, debido a la densidad del arbolado en que estaba envuelta.»

A medida que un guía abría una senda con su machete, fueron avanzando hasta llegar a una edificación semejante a una pirámide, aunque la cobertura de vegetación enmascaraba su forma precisa. Luego, entre los matorrales, divisaron una columna de piedra, de sección cuadrangular, un monumento independiente de un tipo que se conocía como estela. Medía 4 metros de altura y unos 90 centímetros por cada una de sus cuatro caras, cuyas superficies estaban ricamente adornadas con bajorrelieves. En el frente aparecía la imagen de un hombre con un exótico atuendo y una ex-

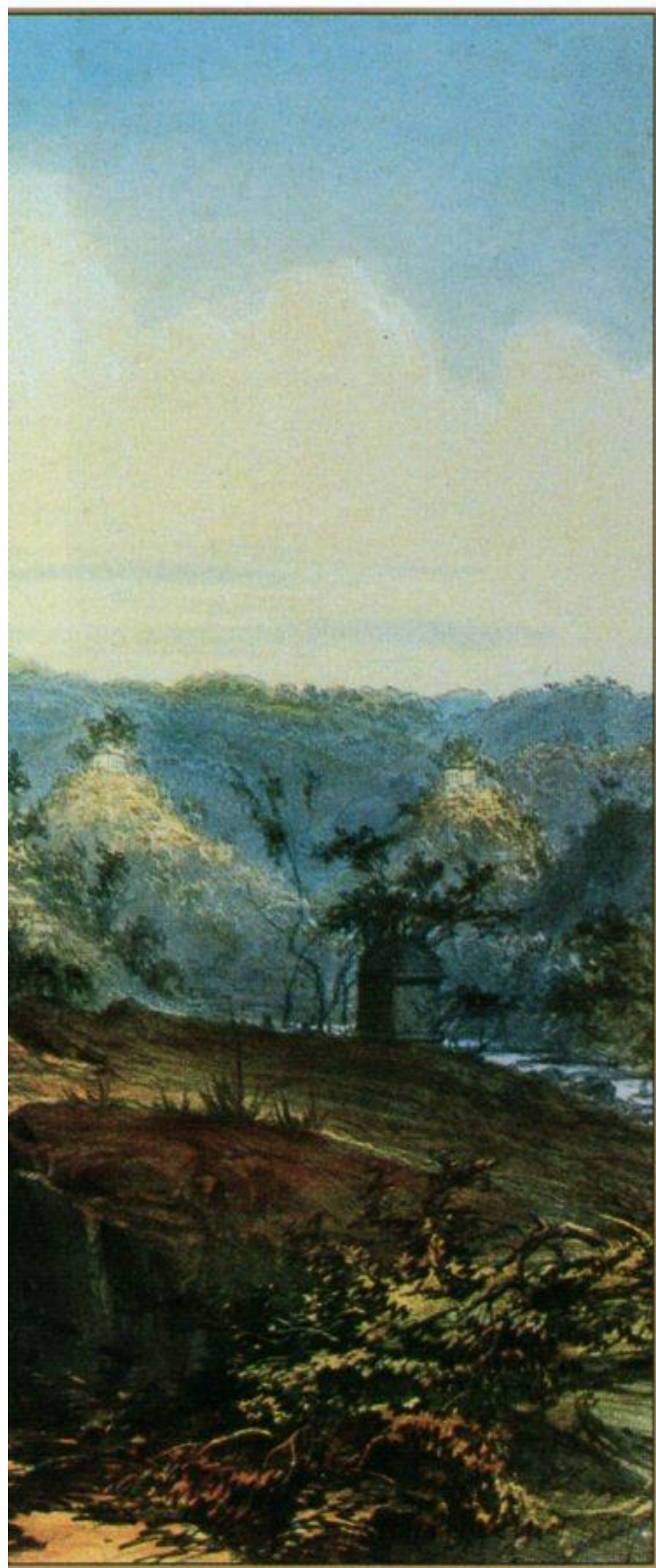
Una montaña envuelta en nubes se alza sobre la ciudad maya de Palenque en esta imagen que muestra tres de sus cuatro enormes pirámides pétreas coronadas por templos (derecha) y su palacio (izquierda). Esta litografía del siglo XIX estaba basada en dibujos hechos sobre el terreno por Frederick Catherwood, pionero explorador-artista de origen inglés.

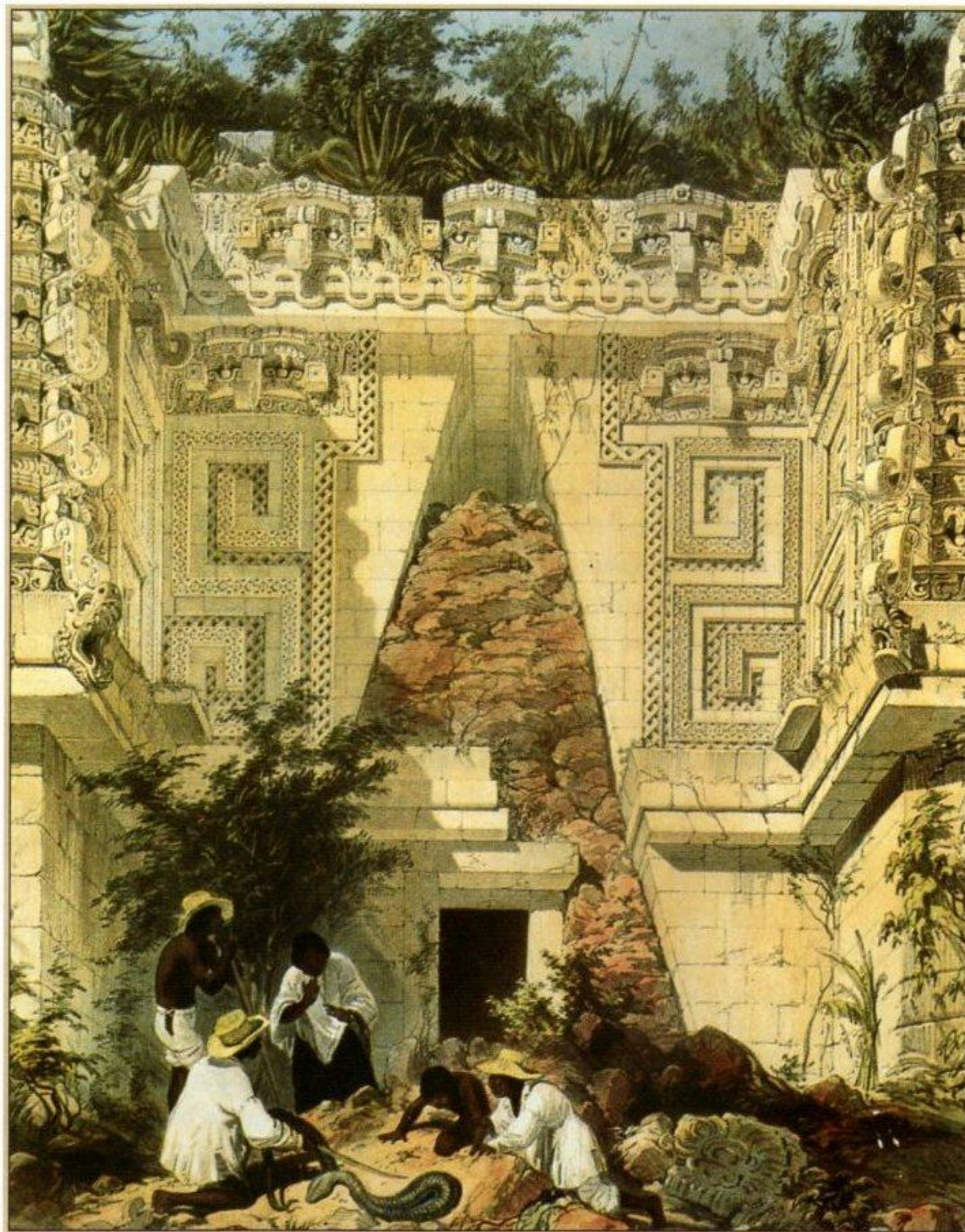


presión feroz. Los costados estaban ocupados por jeroglíficos, escritura pictórica realizada con tanta habilidad que Stephens la consideró tan meritoria como la escritura de los más perfectos monumentos de los antiguos egipcios. No tenía ni idea de lo que significaban los jeroglíficos o de a quién correspondía aquella feroz figura. Su guía les indicó que la columna era un ídolo. Avanzando más hacia el interior de la selva, los exploradores localizaron 14 estelas más, «una de ellas desplazada de su pedestal por enormes raíces, otra encerrada en el estrecho abrazo de las tupidas ramas de los árboles y casi levantada del suelo; otra había sido arrastrada a tierra e inmovilizada allí por toda suerte de plantas trepadoras». Cada uno de los bajorrelieves pétreos ofrecía nuevos misterios.

Finalmente regresaron al lugar donde se encontraba el gran edificio piramidal y trabajosamente subieron por sus escalinatas, que estaban decoradas con esculturas todavía más extrañas. Luchando por llegar a la cúspide, alcanzándola y bajando después por el otro lado, encontraron más peldaños y, en la parte superior que se alzaba a unos 30 metros sobre el suelo, una anchurosa terraza. Los dos hombres se sentaron en el borde y dejaron vagar la vista sobre el mar de árboles. Más tarde Stephens recordaba así el momento: [Copán] «se extendía ante nosotros como un barco desarbolado en medio del océano, los mástiles desgajados, el nombre borrado, la tripulación extinta sin nadie que pudiera decir de dónde venía, a quién pertenecía, cuánto había durado su travesía, o qué había causado su destrucción». Los indios de la zona no pudieron sacar de sus dudas a los viajeros. Cuando les preguntaron quiénes habían construido aquella ciudad, todos replicaron: «¿Quién lo sabe?».

Pero Stephens y Catherwood habían levantado la punta del velo que ocultaba aquel misterio. En dos viajes por separado visitaron más de tres docenas de ciudades en ruinas, algunas de las cuales habían quedado tan envueltas por la jungla que incluso los nativos del lugar ignoraban su existencia. Cuando volvieron a sus países de origen y publicaron sus hallazgos, sus palabras y sus imágenes despertaron un interés inusitado por los secretos de los trópicos de la Mesoamérica y motivaron una gran cantidad de investigaciones. Pronto se aclaró la identidad de los constructores de Copán y otros asentamientos: fueron los antepasados de los indios mayas que todavía poblaban por millones aquellas tierras. Además, la impresionante lista de yacimientos que Stephens y Catherwood habían recopilado no era más que una parte minúscula de los que aquellos antiguos pueblos habían erigido, apenas la cuarta parte de unas 200 poblaciones de tamaño considerable, construidas en la época de mayor prosperidad de los mayas. Una veintena de ellas, por lo menos, bien pudo haber tenido poblaciones superiores a las 50.000 personas. Su dominio colectivo abarcaba la totalidad de la península de Yucatán, partes de los





Una litografía de otro dibujo de Catherwood muestra a unos indios locales descansando ante una magnífica arcada de 6 metros labrada en piedra y que daba entrada al palacio del gobernador de Uxmal, un gran centro de la cultura maya en la península de Yucatán. Por encima de la arcada y a sus costados se habían esculpido máscaras de piedra con las fauces alargadas de Chac, el dios maya de la lluvia.

actuales estados mexicanos de Tabasco y Chiapas, la totalidad de Guatemala y Belice y algunas partes de Honduras y El Salvador, 320.000 kilómetros cuadrados en total.

Era un reino de gran variedad. En el sur había tierras altas volcánicas, surcadas por profundas gargantas y valles agrestes. Al norte y este de las montañas había llanuras densamente arboladas donde se solían recoger anualmente abundantes lluvias que fluían hacia el Golfo de México y el Caribe a través de grandes redes fluviales. Más al norte se encontraba el terreno más seco y plano de la Península de Yucatán, una vasta extensión de suelo calizo cubierto de bosque bajo y arbustos, con poco agua aparte de la que se pudiera extraer de unos dispersos cenotes, oquedades abiertas en la blanda roca donde se forman profundas cisternas naturales.

En sus diferentes configuraciones, la zona era uno de los lugares menos hospitalarios de todo el hemisferio, en donde las dificultades físicas se veían agravadas por la presencia de toda clase de insectos con aguijón, serpientes venenosas, arañas y escorpiones. Y a pesar de todo, los mayas se las ingenia-

Nativos de la población yucateca de Bolonchen suben y bajan por una escalera de madera de 24 metros para extraer agua de un pozo subterráneo, en una espectacular litografía basada en uno de los dibujos de Catherwood, representativos de la vida de los indios en la época de sus viajes. Durante la estación seca el agua se sigue extrayendo todavía de acuíferos subterráneos que se filtran a través de la porosa piedra caliza que compone el subsuelo de la región y se depositan en cisternas naturales como ésta.



ron para prosperar, creciendo en número hasta 10 o acaso 20 millones en su mejor momento. En este proceso, crearon una civilización de extraordinaria vitalidad. Surgieron como sociedad identificable aproximadamente en el 1000 a.C. y alcanzaron una especie de edad de oro en torno al año 250 de nuestra era, con el dominio de técnicas de agricultura intensiva; extendiendo por doquier el entramado de sus redes comerciales; perfeccionando su característica arquitectura de pirámides de empinadas caras, canchas construidas en piedra para el juego de pelota, y palacios con arcos en ménsula; y estableciendo complicadas jerarquías políticas y sociales.

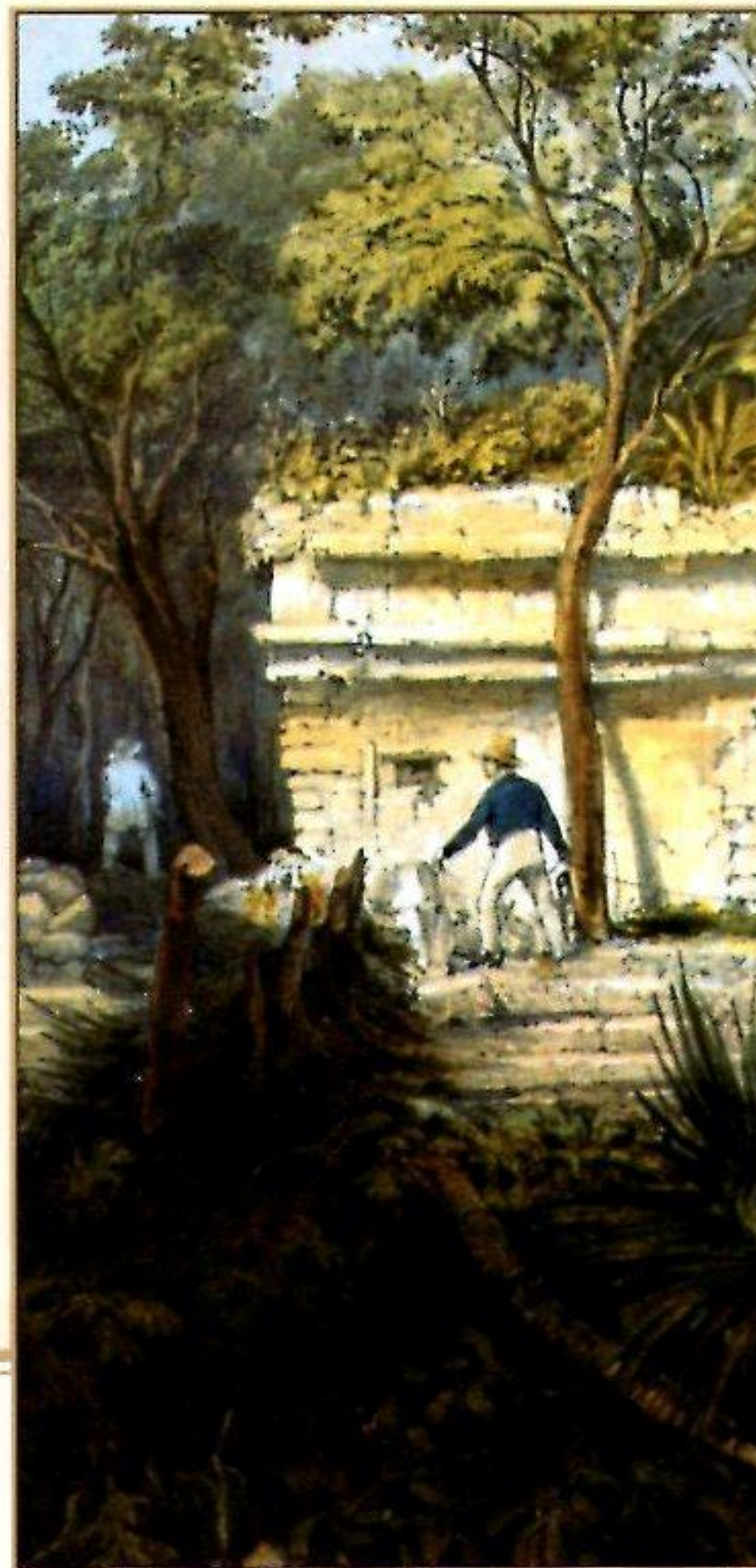
Al mismo tiempo ampliaron los dominios de la mente humana, con el uso de una gran variedad de poderosos instrumentos intelectuales. De todas las antiguas culturas que florecieron en las Américas, los mayas fueron virtualmente los únicos que idearon un sistema de escritura plenamente desarrollado. Emplearon un complejo conjunto de calendarios interrelacionados (*páginas 30-31*) y otros varios ciclos cronológicos para registrar importantes fechas históricas, llevar la cuenta de los acontecimientos astronómicos, y vislumbrar inmensos pasajes del pasado y el futuro, imaginándose tiempos que parecen remotos incluso a los más clarividentes de los cosmólogos modernos. Sus cálculos y registro de datos se basaban en un sutil sistema aritmético que incluía un símbolo para el cero, desconocido para los griegos y los romanos, y su precisión en las observaciones astronómicas excedía notablemente a la de cualquier otra civilización contemporánea.

Todo esto y más marcó a los mayas como un pueblo de genios. Pero aproximadamente en el año 900 de nuestra era —antes en algunos sitios, más tarde en otros— se inició una decadencia, con toda probabilidad causada por una maligna combinación de factores entre los que cabe suponer un exceso de población con la consiguiente destrucción de los recursos medioambientales necesarios para su supervivencia, las desestabilizadoras ambiciones de sus dirigentes, y la invasión por parte de sus belicosos vecinos. Las ciudades de las llanuras meridionales y centrales quedaron desiertas y el centro de la civilización maya se desplazó hacia el norte, hacia el Yucatán. En torno al año 1450, el antiguo orden —con sus complicados mecanismos e ideología del arte de gobernar— también allí se desmoronó.

Mucho de la historia maya se ha extraído de los restos materiales de su mundo, los templos, tumbas y viviendas que se siguen descubriendo bajo el manto esmeralda de sus bosques. Sin embargo, es tanto lo que todavía está por encontrar que los investigadores han de estar preparados en todo momento para revisar su línea de pensamiento a la vista de los nuevos hallazgos. En 1991, por ejemplo, unos arqueólogos que trabajaban en Belice hallaron una estela sobre la que aparecían símbolos que pensaron podían corresponder a una fecha del 146 a.C., lo que hacía de ella la estela maya más antigua que jamás se había descubierto y la prueba más remota de cualquier clase de registro de datos históricos en territorio maya. Sin embargo, las

UN ARTISTA MALDITO

El artista inglés Frederick Catherwood parecía haber nacido bajo una mala estrella. De sus numerosos dibujos y acuarelas de temas del Viejo Mundo muchos siguen sin publicarse y otros se han perdido. Y aunque sus excelentes imágenes de las ruinas mayas, tal como la de abajo en la que se incluyó (a la derecha frente a un templo), le reportaron fama perdurable, casi le costaron la vida. Publicadas en tres obras populares, dos en colaboración con el compañero de viaje de Catherwood, John Lloyd Stephens, las pinturas dicen poco respecto a las penalidades por las que tuvo que pasar el artista. Contrajo la malaria en la selva y sufrió episodios recurrentes de fiebre. «Estaba flaco y macilento; como yo, estaba desfigurado por las picaduras de



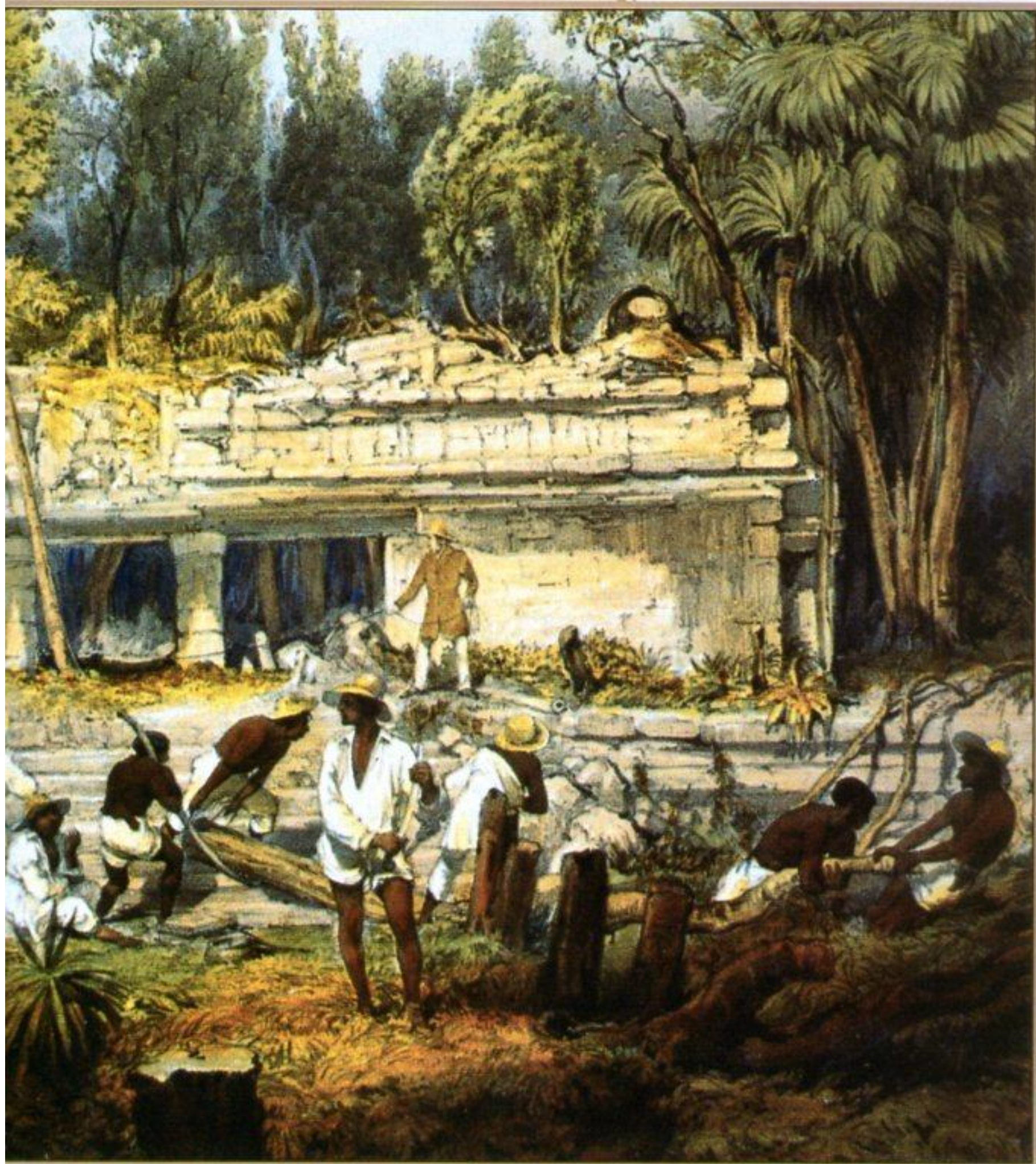
toda clase de insectos, a cual peor; tenía la cara hinchada y el brazo izquierdo le colgaba medio paralizado por culpa del reumatismo», escribió Stephens. Hubo unos días en los que Catherwood tuvo que ser transportado a hombros de los indios. «Casi parecía que fuera siguiendo su féretro», comentó Stephens. Pero Catherwood se recuperó.

En un edificio de Nueva York donde el artista había montado unas rentables reproducciones de Tebas y Jerusalén, los dos exploradores expusieron pinturas, dibujos y artefactos del país de los mayas. Inopinadamente se declaró un incendio que destruyó todo. Pero aún le aguardaba un destino más cruel: algunos años más tarde, cuando regresaba a América desde Inglaterra, Catherwood murió ahogado en la mar, al colisionar su barco contra otro.

marcas estaban muy borrosas y otros estudiosos han puesto en tela de juicio su interpretación; no obstante, otros recientes descubrimientos tienden a ratificar la noción de que la sociedad maya alcanzó un refinado nivel mucho antes de lo que se había supuesto.

Esa nueva información no hace sino avivar el reto para aquellos que tratan de descifrar la escritura maya, los aproximadamente 800 tipos de símbolos jeroglíficos que se labraron sobre estelas y otros monumentos, se inscribieron en los paneles de los muros y en los dinteles de madera, y se pintaron sobre piezas de alfarería y en códices o libros de papel de cortezas. Hasta mediados del siglo xx este código glífico se resistió a casi todos los esfuerzos por descifrarlo. Algunos estudiosos sospechaban que el lenguaje pictórico encerraba un enorme caudal de conocimientos acerca de la vida y la historia de los mayas. Otros prefirieron pensar que los glifos no representaban materias vulgares, sino que expresaban ideas místicas respecto a la evolución del cosmos, en particular, meditaciones sobre astrología y el curso del tiempo, guiadas por lo que un erudito denominó los sacerdotes cronológicos. Esta visión de los mayas como adoradores del tiempo se basaba en una suposición bastante infundada: durante décadas los únicos símbolos que se pudieron descifrar trataban de números, tiempo y ciclos astrológicos.

Pero cuando el misterio de la escritura finalmente empezó a desvelarse, los glifos revelaron una imagen mucho más complicada. Los mayas habían optado por conmemorar no sólo su mitología y su conocimiento de las cosas celestes, sino también los detalles harto terrenales de la política y la guerra, de la posición social y de la gloria personal. Para las modernas sensibilidades, las revelaciones han resultado ofensivas en ocasiones. Había unas gentes para quienes el derramamiento deliberado de la propia sangre —en las más horribles maneras— era un acto sagrado y que ayudaba a sustentar el mundo, y para quienes el tratamiento aparentemente cruel a los enemigos capturados era un comportamiento imbuido de las más altas miras. Pero, por encima de todo, eran un pueblo con una gran estima por su propia historia y patrimonio cultural que evidentemente habían deseado que les recordasen. La forma en que se ha sacado a la luz su historia es, en sí misma, una narración fascinante, salpicada de oportunidades perdidas y avances imprevistos, de especulaciones erróneas y teorías cuidadosamente razona-



das. Y como podrá atestiguar cualquiera de los estudiosos de nuestros días, la trama se sigue desarrollando a medida que se van haciendo nuevos descubrimientos en zonas remotas de la selva.

Los mayas calcularon que el presente universo se formó en una fecha que corresponde en el calendario juliano al 11 de agosto del 3114 a.C. y su sistema de ciclos cósmicos establecía su fin para el 21 de diciembre del año 2012 de nuestra era. Pero en realidad la muerte del mundo que ellos conocían se produjo en el siglo XVI con la llegada de los soldados, monjes y colonos españoles, decididos todos ellos a rehacer el Nuevo Mundo de acuerdo con sus creencias y apetitos.

El primer contacto entre estas dos culturas, a todas luces muy distintas, fue breve y en él intervino nada menos que el propio Cristóbal Colón. Aunque el gran marino nunca desembarcó en tierras de Mesoamérica, en 1502 se aproximó a la costa septentrional de Honduras en su cuarto viaje a lo que todavía seguía pensando que eran las Indias. Cerca de la isla de Guanaja se encontró con la canoa de un mercader, con casi dos metros y medio de manga y aparentemente vaciada de un enorme tronco de árbol. A bordo de tal embarcación se encontraban varios hombres, mujeres y niños, junto con lotes de mercancías cuidadosamente ordenadas bajo una toldilla de esteras tejidas. La carga incluía bandejas de cobre, hachas de piedra, espadas de madera con filos de pedernal cortantes como navajas barberas, piezas de alfarería, granos de cacao y tejidos de algodón con dibujos de muy vivo colorido. Los relatos difieren en cuanto a si el encuentro fue amistoso y acompañado de intercambio de regalos o si los europeos se apoderaron a la fuerza de lo que quisieron, pero, en cualquiera de los casos, estos últimos no tardaron en reanudar la navegación, dando poca importancia al suceso en relatos posteriores del viaje. Pero una cosa de significado perdurable habían aprendido respecto a aquellas personas: procedían de un lugar que denominaban Maia o Maiam, origen de la palabra *maya*.

Un encuentro posterior resultó ser más decisivo: en 1517, tres buques españoles en una expedición en busca de esclavos recorrieron la costa septentrional de Yucatán, atracaron en una isla donde sus tripulantes saquearon los templos y finalmente desembarcaron en el continente. Inmediatamente, los 110 españoles fueron atacados por numerosos grupos de guerreros, pero los soldados consiguieron contener a los atacantes mayas con la artillería de las naves. Cuando los españoles regresaron a su ya bien asegurada base en Cuba y mostraron los botines de que se habían apoderado —entre los que había ornamentos hechos de oro de baja ley— la suerte estuvo echada: evidentemente había riquezas que capturar en el continente y nada ni nadie iban a impedir que fueran reclamadas por la corona española.

En el plazo de cuatro años el gran imperio azteca de la zona central de México había sucumbido ante el empuje de Hernán Cortés, quien entonces envió al sur a uno de sus capitanes, para que procediera a la conquista

del territorio que hoy en día comprende Guatemala y El Salvador, tarea que se cumplió pronta y brutalmente. En 1524, el propio Cortés avanzó más hacia el este, adentrándose en la actual Honduras y provocando la huida en masa de los mayas y en 1526 otro conquistador inició el proceso de sometimiento de Yucatán. Sin embargo, los defensores dieron allí bastante más guerra que la que se esperaban los españoles. Un cronista castellano describió un ataque de los mayas en el que aparecieron con «aljabas repletas de flechas, picas con la punta endurecida al fuego, lanzas con la hoja de pedernal afilado, mandobles de maderas muy duras con filos de obsidiana, y organizando un gran estrépito con silbos y astas de ciervo que batían sobre sus escudos de concha de tortuga». No obstante, en aquella batalla como en tantas otras, prevaleció el hombre blanco mucho mejor armado que el indio. La conquista de Yucatán se completó en gran medida en 1547, aunque algunos de los mayas huyeron a los sombríos bosques del interior, donde ellos y sus descendientes consiguieron mantenerse durante otros 150 años.

La guerra y las epidemias incontrolables de enfermedades europeas tales como el sarampión, la viruela y la gripe —contra las que no tenían inmunidad natural los aborígenes— se cobraron la vida de millones de mayas durante este período. La mayoría de los supervivientes fueron privados de sus tierras y confinados en haciendas españolas en condiciones que distaban poco de la esclavitud. Los dominadores europeos también estaban decididos a erradicar la religión de los indios. Los templos fueron derruidos y los santuarios arrasados. Los frailes castigaban a los presuntos idólatras con azotes, les descoyuntaban las articulaciones en el potro del tormento y los escaldaban con agua hirviendo. En Yucatán, el líder de estas actividades de «limpieza» de paganos fue un franciscano llamado Diego de Landa.

Landa era un hombre complejo, un fanático convencido de que el éxito de sus labores eclesiásticas requería un profundo conocimiento del mundo que intentaba reformar. En los años inmediatamente siguientes al de su llegada (1549) aprendió a utilizar con soltura el idioma de los aborígenes y dedicó una gran parte de su tiempo a aprender todo cuanto pudo de la vida local: rituales y costumbres, el calendario maya, los métodos de cultivo, las comidas y bebidas, el vestido y muchas cosas más. También visitó las ciudades en ruinas, que ya entonces llevaban mucho tiempo abandonadas y constató que Yucatán había disfrutado en épocas anteriores de una «prosperidad mucho mayor, cuando se levantaron tantos y tan notables edificios». Los abundantes jeroglíficos le intrigaron muy particularmente y descubrió que algunos indios todavía podían leer la antigua escritura. Una tarde se sentó con uno de sus informadores, pronunció el sonido de varias letras del alfabeto español y pidió al indio que dibujara los glifos que representaran aquellos sonidos. Suponía que la escritura maya, al igual que el español y otros idiomas occidentales, era puramente alfabética y que se prestaría a fáciles conversiones entre símbolos pictóricos y letras. En esto se equivocaba y el



La primera entre todas las transcripciones de los jeroglíficos mayas fue reproducida por un copista en 1616 en una página del manuscrito que escribiera el misionero español Diego de Landa hacia 1566. La interpretación de los glifos hecha por Landa era errónea, pero su «alfabeto» y su registro de los signos mayas para los días y los meses han resultado indispensables para los estudiosos de épocas posteriores que trataron de descifrar el código.

secreto de las inscripciones mayas se mantuvo intacto durante varios siglos; pero Landa había dado inadvertidamente a la posteridad una información valiosa por demás y que, en último extremo, ayudaría a descifrar el código.

Landa descubrió también que los mayas tenían una abundante literatura, una parte de la cual alcanzaba evidentemente tiempos remotos de su pasado. En una población 65 kilómetros al sureste de la ciudad de Mérida, fundada por los españoles en la costa de Yucatán, encontró un lote de casi 30 libros con jeroglíficos. Eran objetos admirables, con una delicada caligrafía trazada con tinta roja y negra sobre un papel hecho de la corteza interior de la higuera o la morera y cubierto con una masa similar al yeso fino que formaba una superficie de extraordinaria tersura; las hojas estaban plegadas como un acordeón y tenían cubiertas de piel de jaguar. Aunque estos volúmenes podían haber reportado un tremendo caudal de recursos para sus investigaciones, el fervor religioso de Landa salió trágicamente a relucir. De alguna manera determinó que los mayas habían llenado aquellas obras con ciencias esotéricas y, dado que «no contenían nada en lo que no se pudieran apreciar supersticiones y falsedades diabólicas, los quemamos todos, lo cual tomaron como la mayor de las ofensas y con muestras de gran dolor».

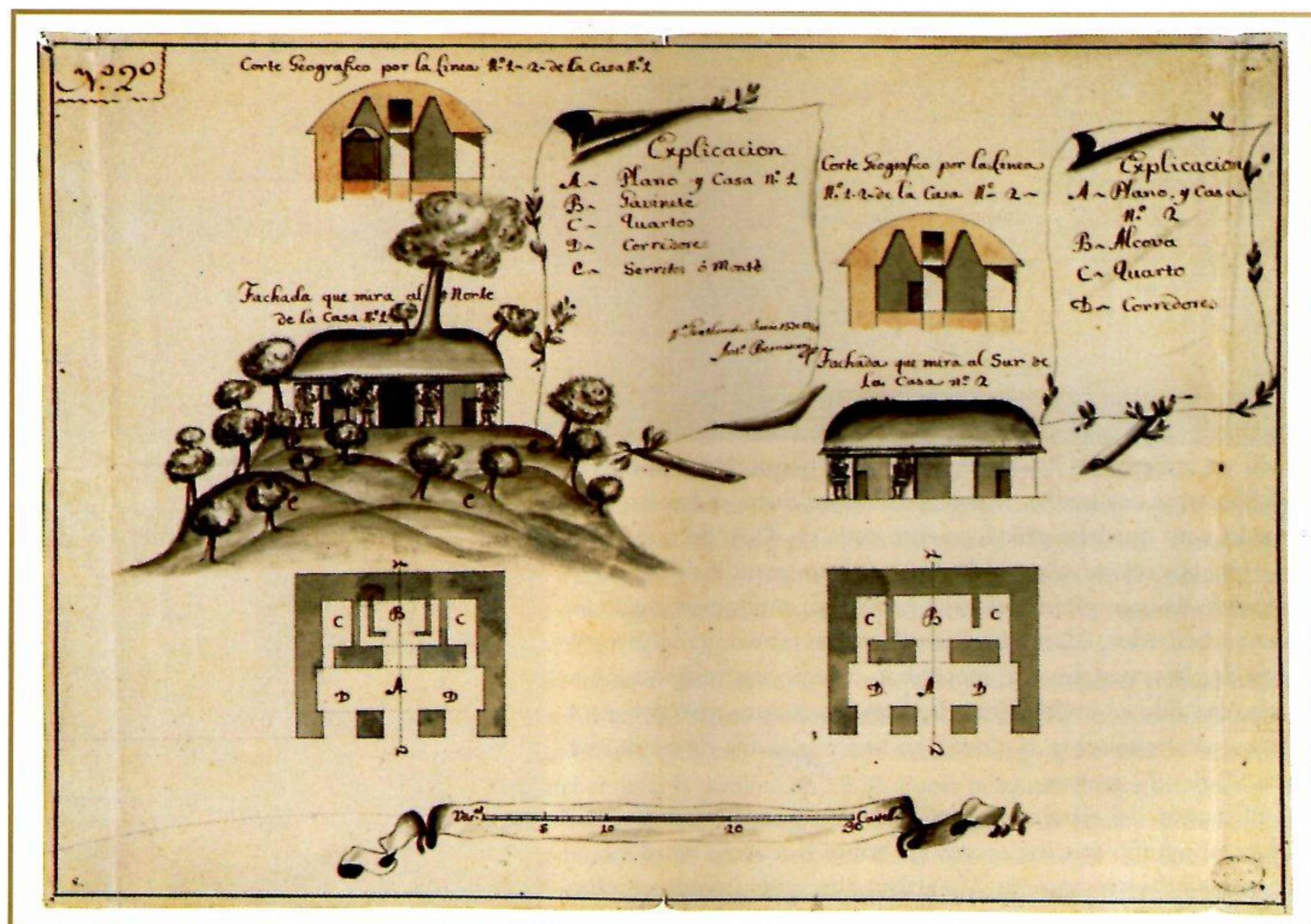
El trato que dispensaba a las gentes no era menos severo. Durante una inquisición llevada a cabo a lo largo de tres meses y bajo su dirección en el año 1562, casi 5.000 indios fueron torturados y 158 murieron. Se reclamó el regreso a España de Landa, bajo acusación de abuso de autoridad. Mientras esperaba el desenlace de su caso, compuso un extenso tratado sobre los mayas, donde exponía todo cuanto había aprendido acerca de su cultura, incluyendo el supuesto sistema alfabético. Tal vez pretendía que el tratado sirviera de guía a otros misioneros, pero la cosa es que desapareció, probablemente en los archivos eclesiásticos. Por lo que se refería a las cuestiones sobre sus tácticas para la salvación de almas, fue exonerado y enviado de vuelta a Yucatán, como obispo.

El período de la conquista vio la desaparición de mucho más que el tesoro de información de Landa sobre los mayas. De todas las formas posi-

Estudios de las técnicas de construcción de los mayas, estos planos del siglo XVIII hechos por el arquitecto y expedicionario italiano Antonio Bernasconi son los primeros en mostrar unas secciones transversales y unos planos de planta de templos mayas. No deja de ser curioso que Bernasconi prescindiera de las decoraciones características de los techos, llamadas peines, que solían estar presentes en muchos templos mayas.

bles se suprimió la cultura india. Se extinguió el antiguo conocimiento de las matemáticas y la astronomía, la escritura al estilo europeo fue la forma obligada de enseñanza y se perdió el conocimiento de los antiquísimos jeroglíficos. Mientras tanto, plantas trepadoras de todo tipo se iban extendiendo sobre las grandes pirámides escalonadas y los regios palacios de piedra. Algunas de las mayores ciudades antiguas no fueron vistas jamás por los españoles, pues se encontraban en las selvas tropicales de las tierras bajas meridionales, una zona que atrajo a pocos colonos. A decir verdad, algunas iban a dormir en un prolongado letargo, abandonadas, completamente aisladas y sin recibir visita alguna hasta la década de 1980.

En cuestión de un siglo, poco más o menos, tras la llegada de los europeos, las glorias del pasado maya desaparecieron incluso como un recuerdo. Pocos forasteros pensaron que las ruinas desiertas que se dispersaban desde las llanuras de Yucatán hasta los valles montañosos más al sur habían surgido de una sola civilización que perduró más de un milenio; nadie ima-



ginó, tampoco, que una cultura digna de ser comparada con las de los antiguos griegos y egipcios hubiera florecido en este inhóspito reino tropical. Pero un secreto así no podía durar mucho tiempo. A partir de principios del siglo XVIII y hasta nuestros días, los olvidados mayas han salido de nuevo a la luz, gracias a los esfuerzos de un notable conjunto de investigadores entre cuyas filas se cuentan por igual los aventureros y los románticos junto con los estudiosos y arqueólogos profesionales. Como ejercicio de investigación histórica, la búsqueda de los mayas ha sido todo menos ordenada y, más concretamente en sus primeros años, la fantasía se antepuso en muchos casos a los hechos tangibles. Pero por más que la verdad tardara en cobrar forma, bien cierto es que en nada resultó menos gratificante que algunos de los sueños más descabellados.

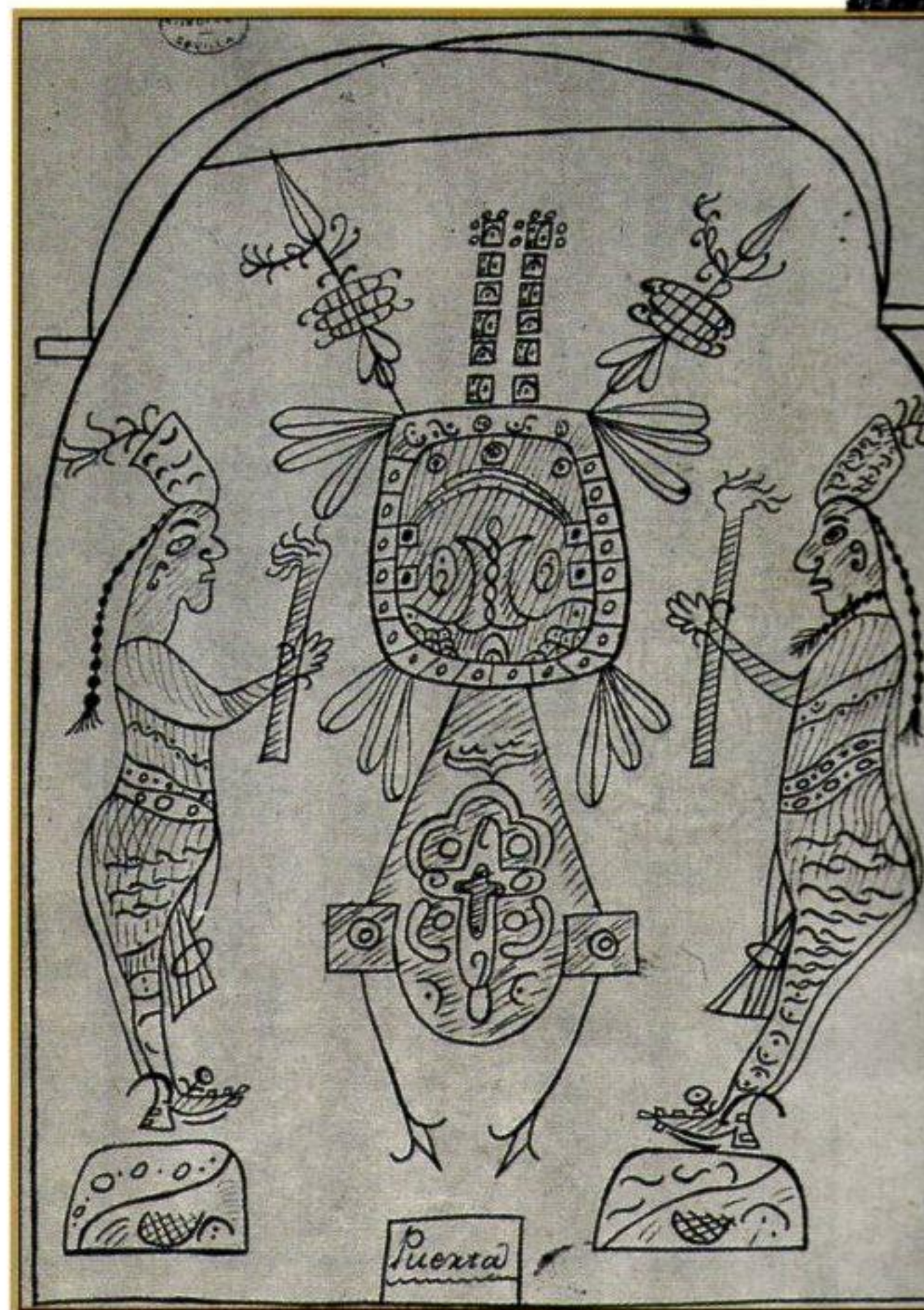
Uno de los primeros buscadores fue Antonio del Río, capitán del ejército español destacado en Guatemala. En 1786 un funcionario del gobierno le encargó que examinara algunas ruinas cerca de la ciudad de Santo Domingo de Palenque, a unos 350 kilómetros al noroeste de la ciudad de Guatemala. El funcionario había oído hablar de este lugar a un fraile, tras lo cual trató, sin éxito, de conseguir más información. Finalmente envió allí a del Río, dándole instrucciones para que midiera y describiera los edificios, estimara la edad del complejo y, de ser posible, averiguara algo respecto a sus fundadores y las razones de su decadencia.

Del Río no tenía experiencia arqueológica, pero era un hombre enérgico y decidido. Cuando llegó al yacimiento, que se encontraba en terreno montañoso dentro de un bosque tropical, lo encontró tan densamente cubierto de árboles y arbustos que no podía ver nada a más de tres metros por delante de él. Se puso al frente de un grupo de unos 80 indios que tardaron 16 días en limpiar y quemar la vegetación suficiente para que las ruinas quedaran a la vista.

El yacimiento de Palenque, como se le denominó, cubría varios kilómetros cuadrados. Muchos de sus edificios se habían desplomado y no quedaba prácticamente nada de ellos, pero algunos de los mejores conservaban todavía su antigua grandiosidad. En la coronación de unas pirámides bajas había cuatro templos espléndidamente decorados, adornados con relieves en estuco, jeroglíficos y, en tres de ellos, paneles que mostraban ceremonias religiosas. Un palacio, dividido en un laberinto de antesalas, cuartos, patios y otros espacios, se alzaba sobre la ciudad en una explanada de tierra que medía 90 por 72 metros.

El capitán del ejército empezó a excavar y medir con gran diligencia, al tiempo que iba reuniendo sobre la marcha unos cuantos paneles y diversos enseres. Un artista que había llevado consigo también tomó algunos apuntes de los restos más notables. Después

El más antiguo de los dibujos que se conocen de la escena central de un magnífico panel labrado en el Templo del Sol en Palenque (abajo), hecho en 1784 por el español José Calderón, difiere sorprendentemente de la fotografía de una reproducción en yeso del panel (derecha) hecha en el siglo XIX por el inglés Alfred P. Maudslay, en la que se aprecian muchos detalles. Calderón representó la cabeza de jaguar del escudo como un elemento decorativo y pasó por alto el hecho de que los dos hombres de aspecto feroz están erguidos sobre las espaldas de dos cautivos abyectamente arrodillados y a quienes el artista representó simplemente como formas inconcretas.





de unas pocas semanas de trabajo, se recopiló un informe que fue presentado al gobierno. Del Río había sido incapaz de llegar a una conclusión respecto a quiénes podían haber sido los constructores de la ciudad, pero suponía que Palenque era afín, en el plano cultural, a las ruinas más accesibles de Yucatán.

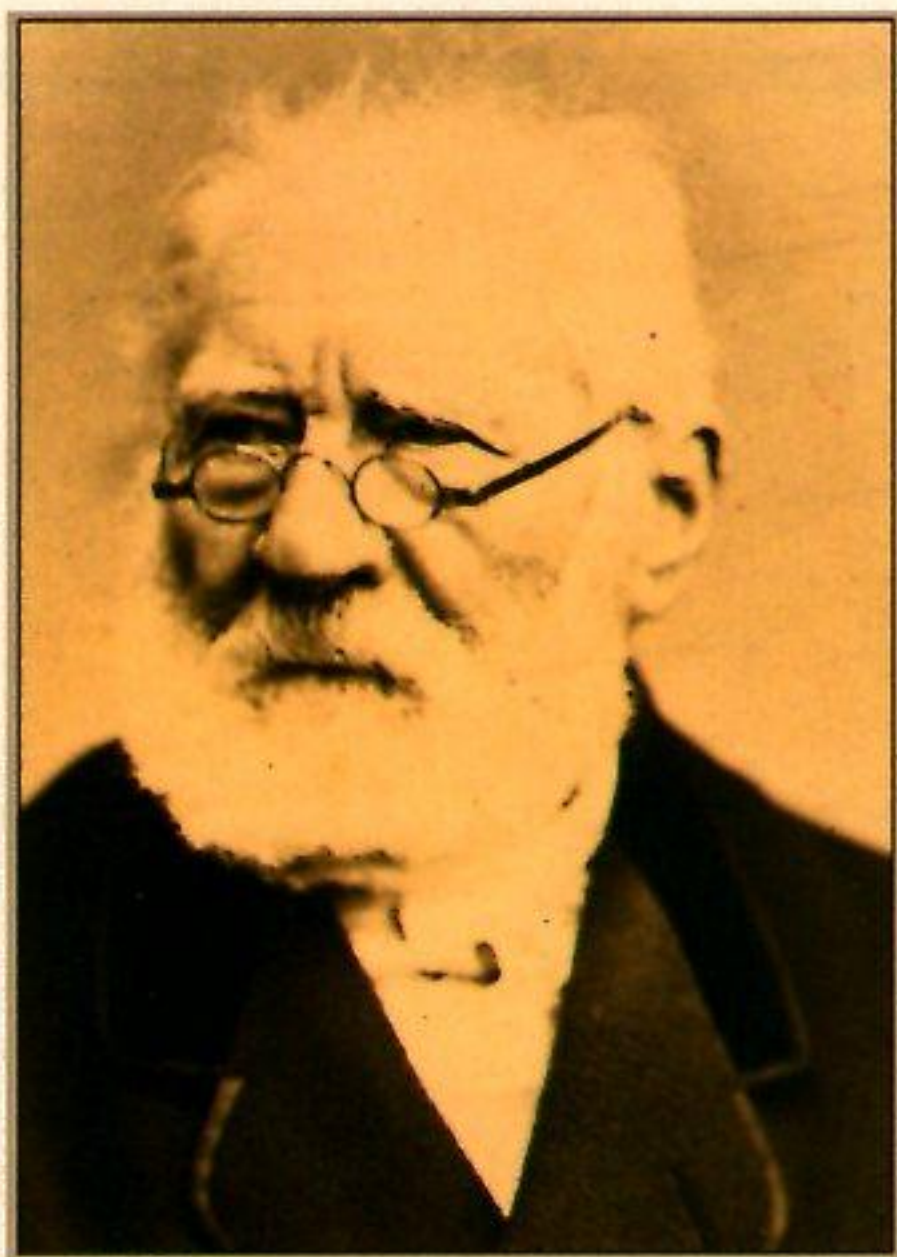
El relato de del Río se envió a España y, al igual que el tratado de Landa, se hundió en el abismo de los archivos oficiales. No obstante, se había hecho una copia que, por misteriosos medios, llegó a las manos de un librero londinense, que la publicó en 1822. Pocas personas la leyeron, pero el mundo de los mayas ya no permanecía completamente oculto entre sombras.

Menos de 20 años después de la expedición de del Río, Guillermo Dupaix dio otro pequeño paso hacia la identificación; este holandés había pasado varias décadas en México sirviendo en el ejército español y era a la

La llegada de visitantes a Palenque se siguió produciendo con cuentagotas, pero uno de ellos ofreció una explicación particularmente chocante de la magnificencia de lo que había visto allí y en otros yaci-

Estas reproducciones según Waldeck de glifos del Templo de las Inscripciones, en Palenque, nos muestran su inclinación a encontrar influencias del Viejo Mundo en la escritura maya. Las cabezas de elefante y los signos cuneiformes son estrictamente producto de su imaginación. El «elefante» representa, de hecho, a Chac, el narigudo dios de la lluvia.





talento y decisión para pasarse un año en la selva, a principios de la década de 1830, haciendo sus dibujos. Sus espectaculares pinturas se publicaron en 1838. Lamentablemente, la firme convicción de Waldeck de que los mayas habían tenido su origen en alguna rama desgajada del Viejo Mundo distorsionó su percepción de la realidad y le impulsó a ver inexistentes influencias egipcias, griegas, mesopotámicas e hindúes en los glifos (*abajo*). En la reconstrucción pictórica de un templo, incluyó cuatro gigantes erguidos que alegó existían en pedazos; pero cuando los arqueólogos los buscaron, no encontraron ni rastro de ellos.

mientos. Juan (originalmente John) Galindo era un aventurero irlandés de nacimiento que fue a parar a Guatemala en 1827, a la edad de 25 años. En aquella época eran varias las facciones que estaban luchando por hacerse con el poder en el país y Galindo se las ingenió para afiliarse con el grupo vencedor. Al poco tiempo fue nombrado gobernador de la zona septentrional de Guatemala y en 1831, mientras recorría la región sometida a su autoridad, hizo un viaje exploratorio a Palenque. Tres años más tarde el gobierno le pidió que inspeccionara también Copán, cuya existencia se había conocido –al menos a escala local– desde los días de la conquista española. Poco después, expuso su teoría en un informe que lisonjeaba el orgullo nacionalista de sus patrocinadores guatemaltecos.

Galindo creía que el poder político y el progreso cultural siempre se mueven hacia occidente. En su peculiar opinión, el punto original de partida –el lugar de nacimiento de la civilización mundial– había sido Centroamérica. En tiempos muy antiguos, una raza prodigiosamente bien dotada había vivido allí, pero les había sucedido algún desastre. Los supervivientes viajaron hacia el oeste, hacia Asia y puntos más occidentales, estableciendo una serie de civilizaciones sucesivas: china, hindú, caldea y egipcia. Mientras tanto, la cultura floreció de nuevo en lugares como Copán y Palenque, pero no con tanta gloria como antes. Y tampoco duró mucho. Un proceso que Galindo asemejó al envejecimiento había debilitado a las gentes de la región, lo que fue motivo de su incapacidad para repeler a los invasores españoles, quienes, en su opinión, no habían sido mejores que los bárbaros en comparación con los habitantes originales.

El propio Galindo no tardaría mucho en encontrar un fin trágico. En 1840, los ejércitos combinados de Honduras y Nicaragua derrotaron a las fuerzas federales de Guatemala y Galindo tuvo que huir para salvar la vida. Pero al pasar por una aldea hondureña, Galindo fue reconocido y prontamente muerto a machetazos. Los escritos del aventurero irlandés también parecían condenados al olvido, pero aconteció que llamaron la atención de

John Lloyd Stephens, un hombre que no dejaba pasar fácilmente una gran oportunidad. También había conseguido que pasaran por sus manos los informes igualmente nebulosos de del Río, Dupaix y unos pocos más. Una vez que, entre todos, despertaron su interés, el escenario estuvo finalmente montado para el redescubrimiento en gran escala del mundo maya.

Stephens siempre pareció estar destinado a hacer grandes cosas. Nacido en una familia acaudalada de Nueva York en



1805, fue un estudiante ejemplar e infatigablemente curioso. Cumplidos los veinte años practicó el derecho y fue un elemento importante en el movimiento político de Jackson. Luego se tomó un par de años para viajar por Grecia, Rusia, Palestina, Egipto y otros países, a veces por senderos que le llevaron a lugares apartados y disfrazado con ropas del lugar. Cuando regresó a Nueva York, reemprendió su carrera de abogado, pero decidió probar fortuna como escritor. En rápida sucesión sacó de su pluma cuatro volúmenes de sus viajes. Se vendieron tan bien que renunció a su vocación original.

A su paso por Londres de regreso de su gran viaje, Stephens había conocido a Frederick Catherwood, seis años mayor que él. Al igual que Stephens, Catherwood se había criado en buenos pañales, había recibido una excelente educación y viajó mucho por Europa y Oriente Próximo, tomando múltiples apuntes de ruinas y tipos locales, una diversión que pronto se transformó en pasión. Después de prestar sus servicios como artista en una expedición arqueológica a Egipto, se trasladó a Nueva York. Su intención era practicar allí la arquitectura pero al poco tiempo él y Stephens estaban trabajando en el proyecto de producir un libro de viajes

LAS FATIGAS DEL VIAJE POR YUCATÁN

Los primeros estudiosos y artistas que penetraron en la Península de Yucatán y en Centroamérica tuvieron que soportar fatigas sin cuento para llegar a las ruinas mayas. En el mejor de los casos tenían que soportar durante bastantes días el zarandeo y bamboleo de una litera llevada a hombros de indios, como el artista Jean Frédéric Waldeck, que se retrató a sí mismo en la litografía de arriba, dando botes dentro de tan peculiar medio de transporte. Peor era la forma más habitual de viaje: cabalgar a lomos de flacas y falsas mulas. Y todavía peor era ser llevado en una silla atada a la



espalda de un porteador —como se muestra en el grabado de la derecha obra del francés Désiré Charnay— a través de senderos de montaña terriblemente estrechos y peligrosos mientras un aguacero tropical empapaba hasta los huesos al explorador.

Y las cosas no mejoraban mucho cuando los viajeros llegaban a las ruinas. Allí eran presa fácil de toda la malevolencia de la naturaleza tropical. Charnay se lamentaba en estos términos: «La lluvia era incesante. La humedad parece penetrar hasta el mismo tuétano de

nuestros huesos; un moho vegetal se adhiere a los sombreros, que hemos de cepillar a diario obligatoriamente; vivimos inmersos en barro, estamos cubiertos de barro, respiramos barro; el terreno es tan resbaladizo que pasamos tanto tiempo caídos como en pie». En una ocasión, Charnay se despertó presa de una sensación en extremo molesta, para encontrar en su hamaca unos 200 «insectos fríos y planos del tamaño de cucarachas grandes», treinta de los cuales estaban aferrados a su piel mordiéndole a placer.

sobre las ruinas misteriosas de los trópicos mesoamericanos, un éxito editorial indiscutible, en caso de que las ruinas fueran algo parecido a las descripciones que Stephens había leído en los pocos informes que sobre ellas se habían publicado.

Para ayudar a sufragar los gastos, Stephens recurrió a sus contactos políticos para obtener un nombramiento como agente diplomático del gobierno de Estados Unidos, cargo que no entrañaba obligaciones significativas pero que serviría de ayuda nada despreciable a ambos exploradores en sus gestiones con los organismos oficiales extranjeros. Salieron de Nueva York en octubre de 1839. Aproximadamente un mes más tarde, después de un viaje por tierras vírgenes que Stephens describiría en una prosa llena de ricos matices, llegaron a Copán, descubrieron las estelas, subieron a la pirámide y vieron que habían llegado a una especie de veta madre para un escritor de viajes.

Mas adelante, Stephens escribiría esto: «Es imposible describir el interés con el que exploré estas ruinas. El terreno era completamente nuevo, no había guías, ni mapas, ni nada; todo aquello era tierra virgen. No podíamos ver nada por delante de nosotros más allá de los tres metros y nunca sabíamos

con qué nos íbamos a encontrar a continuación. En una ocasión, nos detuvimos a cortar ramas y enredaderas que cubrían la cara de un monumento y luego a excavar en torno a un fragmento del que una esquina labrada sobresalía del suelo. Me incliné sobre él, sin aliento por la emoción, mientras los indios trabajaban y desenterraban un ojo, una oreja, un pie o una mano; cuando el machete resonaba contra la piedra cincelada, apartaba a los indios y retiraba la tierra suelta con las manos».

Stephens se enorgullecía de ser un cuidadoso observador y de enfocar el asunto de la interpretación con la precisión de un jurista. Antes de llegar a cualesquiera conclusiones respecto a Copán, quiso reunir más pruebas. Desplazándose temporalmente a la ciudad de Guatemala, él y Catherwood organizaron un viaje a Palenque y Stephens indagó si se podrían encontrar otras ruinas a lo largo del camino. Recibió información relativa a varios yacimientos, algunos enterrados muy en el interior de la selva, y los dos hombres iniciaron un épico viaje de descubrimiento. Una gran parte del tiempo viajaron por regiones en las que casi nunca habían penetrado forasteros, «tan vírgenes como antes de la conquista de los españoles», dijo Stephens. En muchos de los yacimientos quedaron sorprendidos por las similitudes con la arquitectura y la decoración de Copán. Finalmente llegaron a Palenque, «lúgubremente hermoso» según descripción de Stephens,



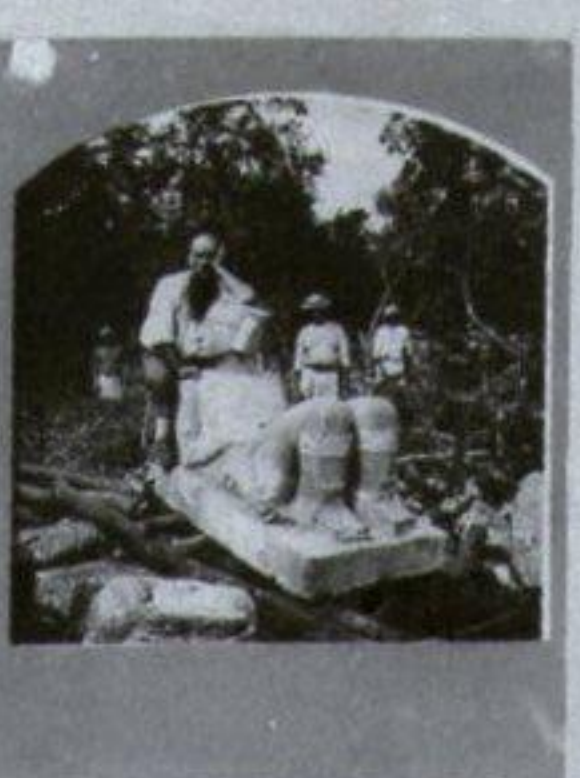
FROM THE WILDS OF YUCATAN.

RUINS OF CHICHEN-ITZA.

GRAN DISCOVERY OF CHAACMOL STATUE.

Phot. by Dr. Aug. Le Plongeon and Lady.

Copyright applied for.



Este pasquín, en el que se reproducen una docena de fotografías, no es más que uno de los muchos que hicieron el francés Augustus Le Plongeon y su esposa inglesa, Alice, quienes pasaron más de una docena de años en Yucatán en un esfuerzo por demostrar su muy denostada teoría de que los antiguos mayas habían sido los fundadores de la civilización mundial. El matrimonio Le Plongeon, que en realidad hizo numerosos hallazgos y tomó valiosas fotografías, aparece en la fila de abajo, segunda fotografía por la izquierda. Augustus está sentado detrás de una figura reclinada de piedra, mientras que Alice está de pie, cerca de él y tocada con un sombrero.

donde no tardaron en caer en la cuenta de que los jeroglíficos eran idénticos a los que habían visto en Copán. Stephens estaba dispuesto ahora a declarar que «la totalidad de este país estuvo en tiempos ocupado por la misma raza, que hablaba el mismo idioma o, cuando menos, usaba los mismos caracteres para la escritura».

Pero, ¿quiénes eran estas gentes? Una posibilidad era que fuesen los herederos de alguna civilización del Viejo Mundo, tal como la de China o Egipto. Stephens sopesó las probabilidades de una infusión de genio de allende el Atlántico o el Pacífico y la descartó. Estas ruinas, dijo, «son diferentes de las obras de cualquier otro pueblo conocido, corresponden a un orden nuevo y son total y absolutamente anómalas; son únicas». Tampoco aceptó la noción de Galindo respecto a la cuna de la civilización, o la pretensión de Dupaix de que los indios de aquellos días no podían ser descendientes de los constructores de tales complejos actualmente arruinados. Stephens llegó a la conclusión de que las ciudades «fueron construidas por las razas que ocupaban el país en tiempos de la invasión de los españoles, o por unos progenitores no muy distantes».

Los viajeros concluyeron su expedición con una inspección de la ciudad desierta de Uxmal, unos 390 kilómetros al noreste de Palenque, en Yucatán. Tan grande fue su entusiasmo que regresaron a Yucatán el año siguiente para examinar otras ruinas en la península y en islas próximas a su costa, con lo que el número de yacimientos que visitaron superó los 40. Sus experiencias y hallazgos se publicaron en dos volúmenes ilustrados —*Incidents of Travel in Central America, Chiapas y Yucatan* e *Incidents of Travel in Yucatan*— que aparecieron en 1841 y 1843. Los lectores los encontraron irresistibles e inmediatamente fueron traducidos a muchos idiomas; también se tuvieron que hacer docenas de reimpresiones para atender la incesante demanda. Casi de la noche a la mañana, los antiguos mayas habían saltado del anonimato a la celebridad.

Pero era tanto lo que se desconocía respecto a ellos que, durante décadas por venir, las mentes imaginativas todavía podían dispararse al contemplar las ciudades perdidas durante siglos. Por ejemplo, hasta la década de 1880, que no es poco decir, muchas personas escucharon con interés las teorías de un francés llamado Augustus Le Plongeon, que pasó algunos años en Yucatán y se las daba de gran arqueólogo. Entre sus alucinantes aseveraciones cabe citar que los jeroglíficos de las ciudades en ruinas eran un relato escrito del hundimiento del continente perdido de la Atlántida; que los bajorrelieves de hombres barbudos en Chichén demostraban que los fenicios habían ido de visita por allí; que 11.500 años atrás se habían practicado ritos masónicos en Uxmal; y que el telégrafo eléctrico había estado en uso entre los mayas unos pocos milenios más tarde.

Afortunadamente, tales opiniones fueron rebatidas gradualmente por la avalancha de hechos tangibles que empezaron a surgir de la tierra de los

CONSERVACIÓN DEL LEGADO DE CHICHÉN ITZÁ: UNOS OJOS PERSPICACES PARA LOS DETALLES

«La señora tiene un carácter muy peculiar, pero a buen seguro es una verdadera artista.» Esto escribió el cónsul norteamericano en Yucatán de la inglesa Adela Breton quien, a la edad de 50 años, se aventuró a viajar sola hasta Chichén Itzá, en 1900, para pintar sus muchas maravillas. Y bien estuvo que lo hiciera.

Porque en los años transcurridos desde entonces el yacimiento ha sufrido los efectos del clima, de la selva que todo lo invade y de incontables hordas de visitantes que han desvanecido una gran parte de la gloria de Chichén. Hoy en día, sus encantos se recuerdan en gran medida gracias a las creaciones de esta victoriana independiente cuyas ansias por ver mundo la llevaron 13 veces a México entre los años 1900 y 1908, antes de su muerte en 1923.

Breton copió las esculturas y relieves en piedra, las pinturas de los muros y

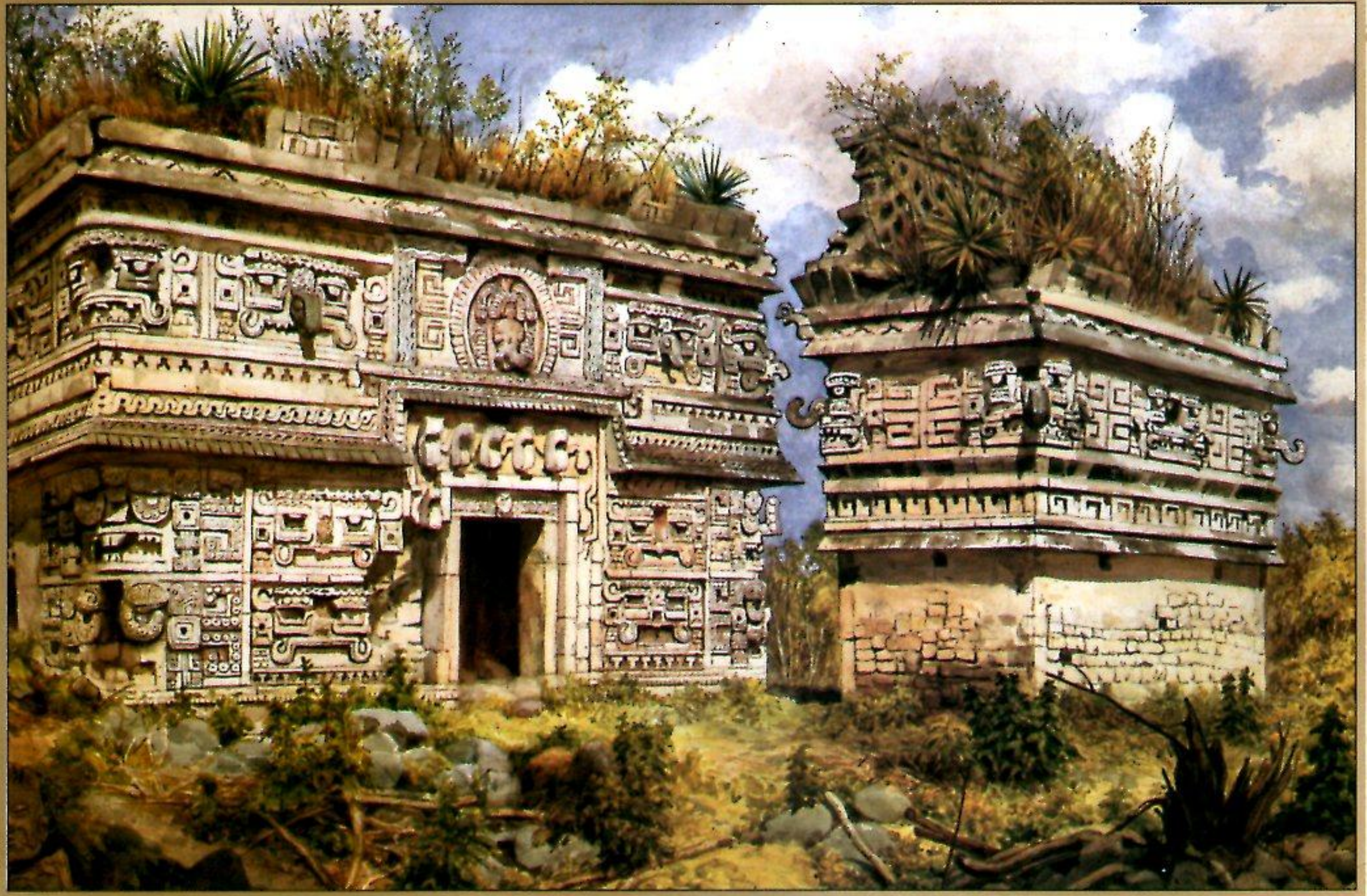
otras curiosidades con una pasión genial por el detalle. Aunque en algunas ocasiones hizo fotografías, nunca cumplieron sus exigentes normas. «Dibujar a escala es el único método acertado», indicaba en una carta, aunque se lamentaba de que «dibujar a 1/32 de pulgada y corregir a 1/64 es un esfuerzo muy acusado para el cerebro y los nervios, así como para los ojos y la mano». La meticulosidad de Breton llegaba hasta los colores de los frescos y las esculturas policromadas. Los estudiosos le están particularmente agradecidos de que se tomara tantas molestias para registrarlos, porque las brillantes tonalidades de los originales

se han apagado mucho, lamentablemente.

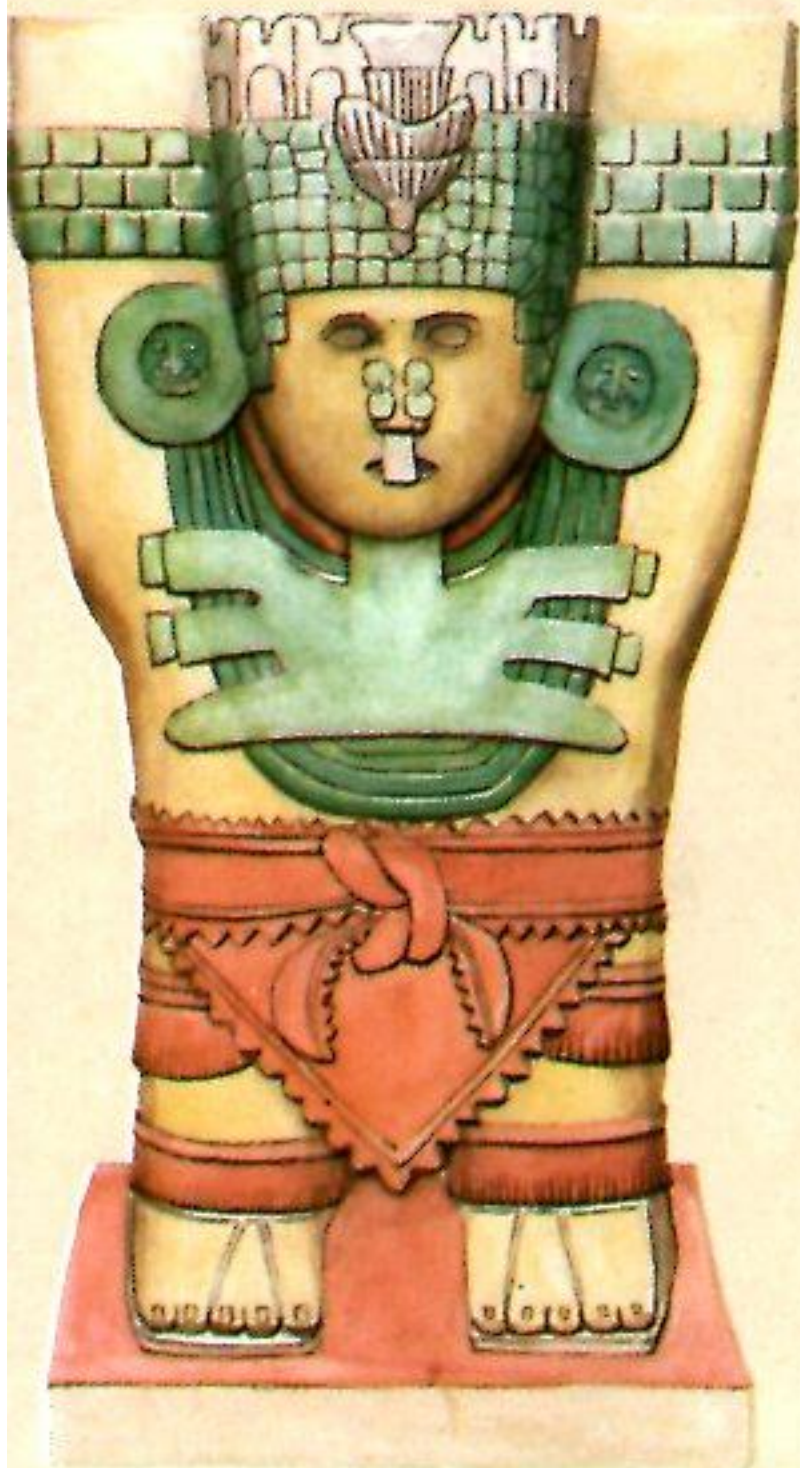
Así todo y a pesar de su rigurosa adhesión a la realidad, Breton trabajaba a un nivel intuitivo que insuflaba vida en sus temas: «Hacer dibujos de ellos no requeriría de la moderna técnica artística, sino de la muy diferente capacidad de verlos tal como lo hicieron los antiguos americanos». A decir verdad, estableció una especie de relación personal con un grupo de figuras de piedra desenterradas del Templo Superior de los Jaguares (*recuadro, página de enfrente*), y la comentaba así: «Al convivir con ellas durante dos meses, pensé que eran mujeres. Al principio no les caí nada bien, ¡se ve que no comprendían a la mujer moderna!».

La artista Adela Breton posó montada en silla de amazona para esta fotografía con su ayudante y amigo mexicano Pablo Solorio, de cuya muerte se lamentó así: «Seré como un violinista que ha perdido el único instrumento con que podía tocar».





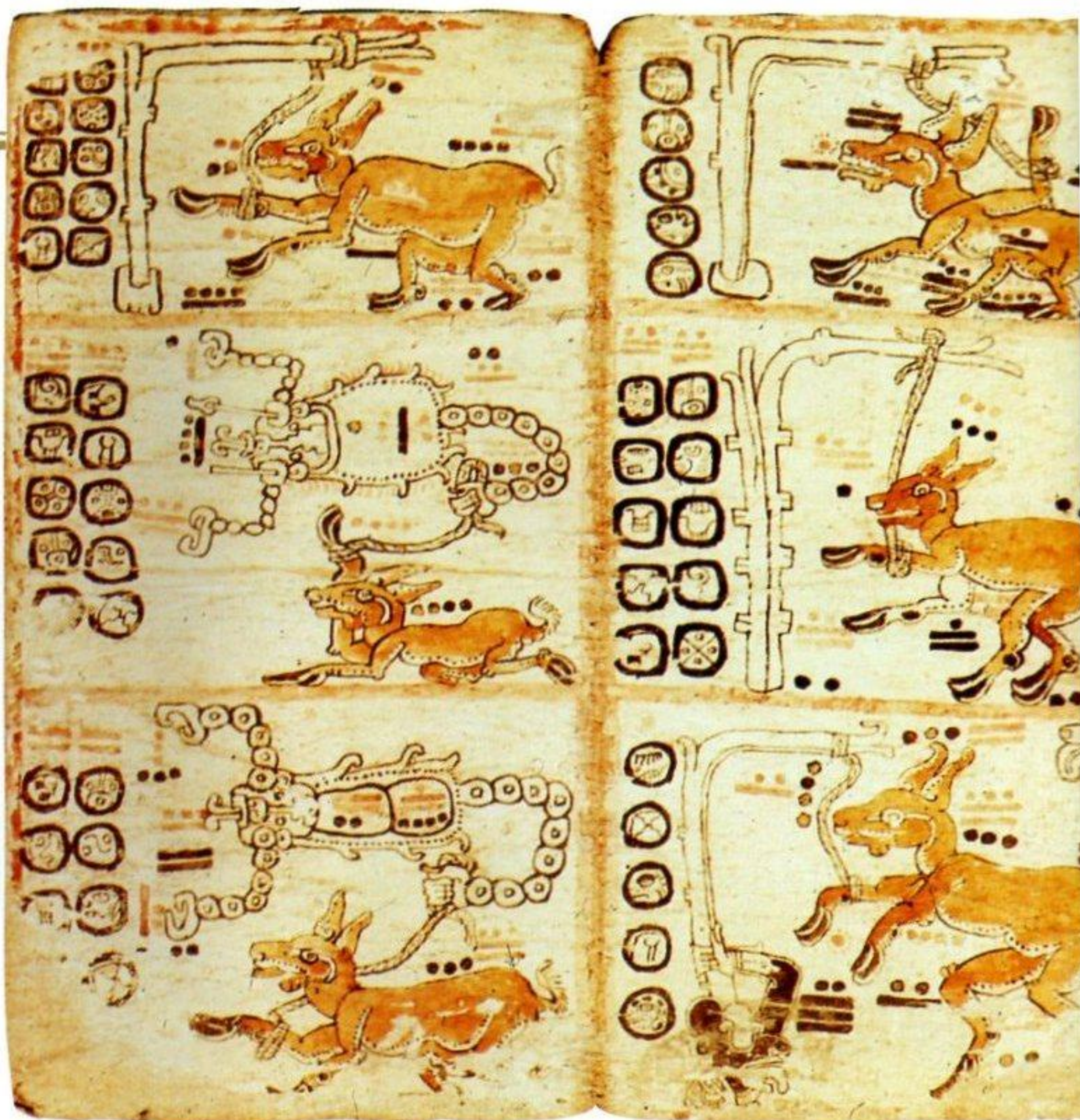
Con gran riqueza de detalles, esta aguada de Breton en la que se ven la fachada oriental del Anexo del Convento de las Monjas y a su derecha la Iglesia de Chichén Itzá, reproduce fielmente las máscaras de Chac con su nariz ganchuda y otros minuciosos motivos mayas esculpidos en la piedra. En primer término y sobre los edificios, Breton representó también algo de la vegetación que se había acumulado a lo largo de siglos de abandono.



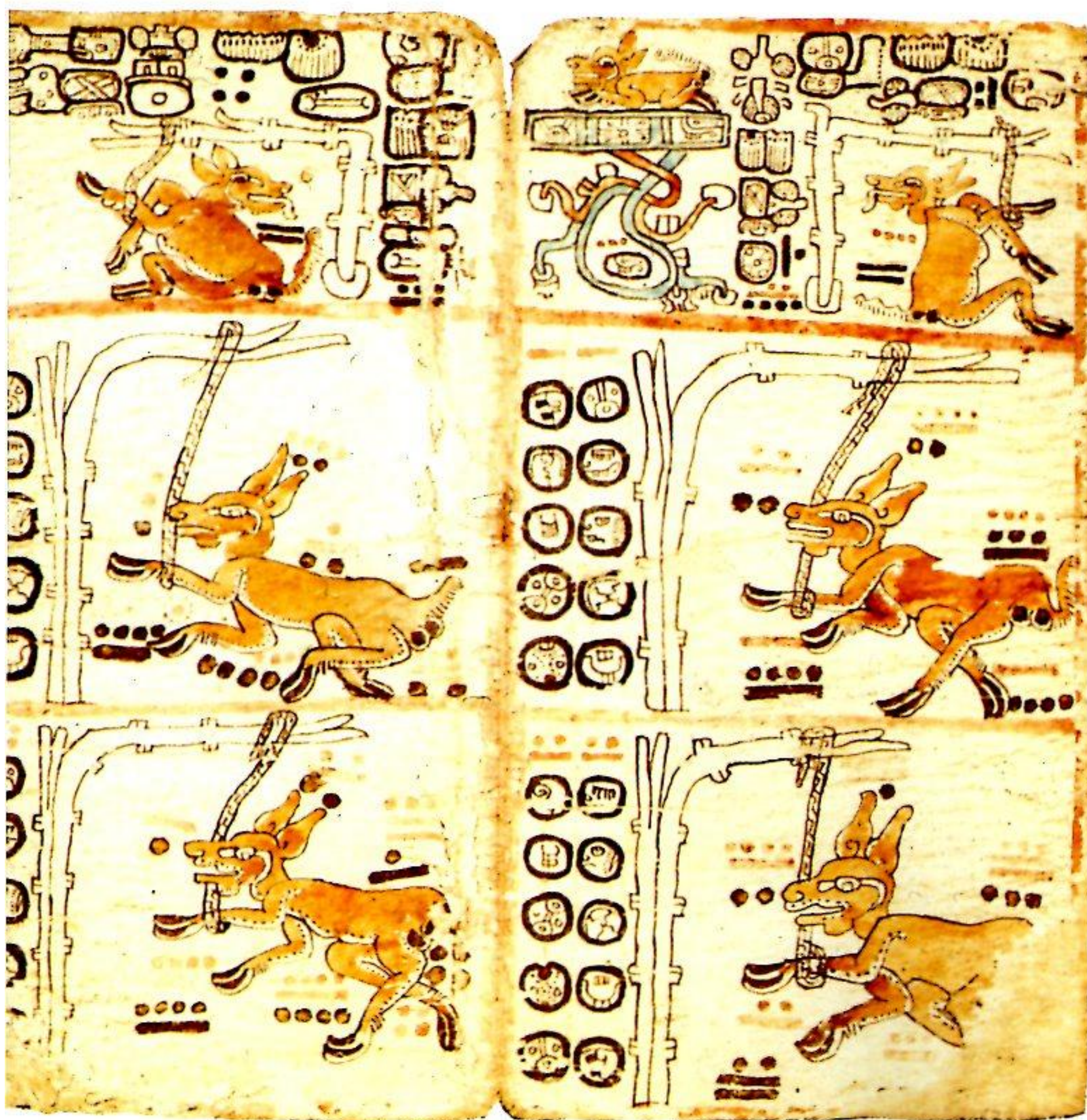
Adela Breton terminó de memoria su visión frontal y posterior de los dibujos de figuras que, como los dos que se insertan a la izquierda, tuvo que esbozar precipitadamente incluso mientras los funcionarios se llevaban en carros esta estatua y las 14 que le acompañaban en el Templo Superior de los Jaguares.

mayas. Los fotógrafos empezaron a publicar imágenes de las ruinas en la década de 1860 y en la de 1880 su iconografía de las ciudades de piedra era voluminosa (páginas 35-45). En 1885 la American Antiquarian Society y el Museo Peabody, de Harvard, enviaron a Yucatán a un joven investigador, llamado Edward H. Thompson, con el encargo de que realizara una amplia investigación arqueológica. Pasó allí los 40 años siguientes y aprendió el idioma local con tal grado de perfección que fue prácticamente adoptado por los indios. Excavó en sitios que anteriormente habían sido despreciados por anteriores visitantes, levantó una antigua calzada, descubrió pruebas de cómo habían vivido las clases inferiores de la sociedad maya, determinó que el sistema de alimentación había cambiado muy poco en aquella región durante muchos siglos y sacó a la luz muchas otras cuestiones prosaicas, pero vitales. Mientras tanto, el Museo Peabody estuvo patrocinando expedición tras expedición de equipos completos de especialistas. En una serie de excavaciones que se llevaron a cabo en Copán entre 1891 y 1895, los grupos del Peabody descubrieron plazas y edificios importantes, hicieron planos del centro de la ciudad y un inventario de todos sus monumentos. Estos esfuerzos marcaron el principio de estudios verdaderamente científicos de los mayas, proceso que cobró mayor ímpetu en décadas subsiguientes.

Sin embargo, inicialmente sólo se hicieron unos modestos progresos en lo concerniente a las respuestas tanto tiempo esperadas sobre los antiguos mayas. Preguntas sobre su historia, sus costumbres, su organización política y social, y las relaciones entre sus ciudades. John Lloyd Stephens había sospechado que muchas de las respuestas se podían encontrar en los jeroglíficos que confiaba fueran descifrados algún día. En realidad, algunos de los ingredientes para poder descifrar con éxito aquellos códigos iban a estar en manos de los estudiosos dentro de muy poco tiempo. Una ayuda considerable tuvo su origen en el siglo XVI cuando los frailes españoles enseñaron a las clases superiores de los indios la forma de escribir sus propios idiomas utilizando el alfabeto romano. En aquella época un joven noble de los mayas Quiché, de Guatemala, que todavía conocía y usaba la forma antigua de



Páginas del Códice de Madrid —uno de los cuatro únicos libros mayas que han sobrevivido— repletas de decenas de glifos. El códice, rescatado del olvido en el siglo XIX, ha sido una ayuda valiosísima para descifrar la escritura maya, una de las más complejas que jamás haya ideado cualquier civilización.



escritura, transcribió una pieza maestra conocida como el *Popol Vuh* (Libro de la Comunidad), que era una recopilación de mitos y leyendas, sagrados para su pueblo. Por desgracia, la versión original jeroglífica se perdió posteriormente, pero la transcripción llamó la atención de los estudiosos a mediados del siglo XIX y aportó indicios muy valiosos respecto a la mente de los antiguos mayas. Los investigadores encontraron también un conjunto de manuscritos procedentes de Yucatán y que databan de la era de los españoles y que también se habían vuelto a escribir con caracteres romanos. Conocidos como *Libros de Chilam Balam* —una mención a la orden de los «Sacerdotes Jaguares»— versaban principalmente sobre costumbres populares y cuestiones relacionadas con el calendario y la medicina.

Los estudiosos agradecieron mucho la información contenida en estos documentos, pero los manuscritos eran también un doloroso recordatorio de las riquezas literarias que habían desaparecido. Cuando los españoles llegaron por primera vez, los mayas probablemente contarían con miles de libros escritos en jeroglíficos sobre papel de corteza, similares a los que Landa había condenado a las llamas. Sólo una parte minúscula de este gran cuerpo de literatura escapó a una destrucción similar, pasó de unas a otras manos como curiosidades y acabó en bibliotecas y colecciones. En el siglo XIX, los estudiosos sólo conocían la existencia de tres textos de éstos —los llamados códices— y cada uno era conocido por la ciudad donde salió a la luz: el Códice de Dresde, el Códice de París y el Códice de Madrid. (Desde entonces se han descubierto fragmentos de un cuarto texto, el Códice de Grolier.) El primero de éstos anticiparía de forma significativa los medios para la comprensión de los antiguos mayas. El bibliotecario jefe de la Biblioteca Real de Dresde, Ernst Forstemann, que lo estuvo estudiando durante un período de 14 años a partir de 1880, pudo al fin desentrañar los mecanismos del calendario maya.

En sus esfuerzos por desentrañar los misterios de la cronología maya, Forstemann utilizó profusamente otro manuscrito que se había encontrado y publicado unas dos décadas antes, no un documento maya, sino el sincero intento de un observador infame por descubrir aquel mundo. Era el tra-

JEROGLÍFICOS: DEPOSITARIOS COMPACTOS DEL TIEMPO, LAS PERSONAS, LOS HECHOS Y LA GLORIA

Los jeroglíficos mayas parecen obras de arte en miniatura condensadas dentro de unos minúsculos recuadros; en realidad son unidades precisas de escritura de una caligrafía compleja, uno de los cinco únicos sistemas que se conocen de idioma escrito creados independientemente. Su calidad pictórica permitía que quienes estaban familiarizados con los símbolos pudieran leerlos sin mucha formación previa y dio a los escribas mucho margen para exhibir sus habilidades y creatividad.

Algunos glifos representan sílabas formadas por consonante más vocal. La mayoría, sin embargo, son ideogramas:

signos que indican frases, palabras o partes de palabras. Los bloques de glifos se componen frecuentemente de un signo principal con afijos utilizados para reforzar el sonido inicial de una palabra.

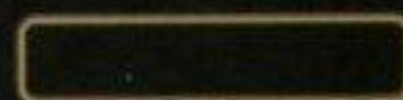
Los glifos se encuentran labrados en estelas, dinteles de puertas y en la contrahuella de las escalinatas, así como pintados en códices, piezas de alfarería y muros de las tumbas. Se han identificado unos 800 y los nuevos desciframientos –y la nueva interpretación de algunos de los antiguos– no dejan de producirse a medida que aumenta el interés por la materia.



0

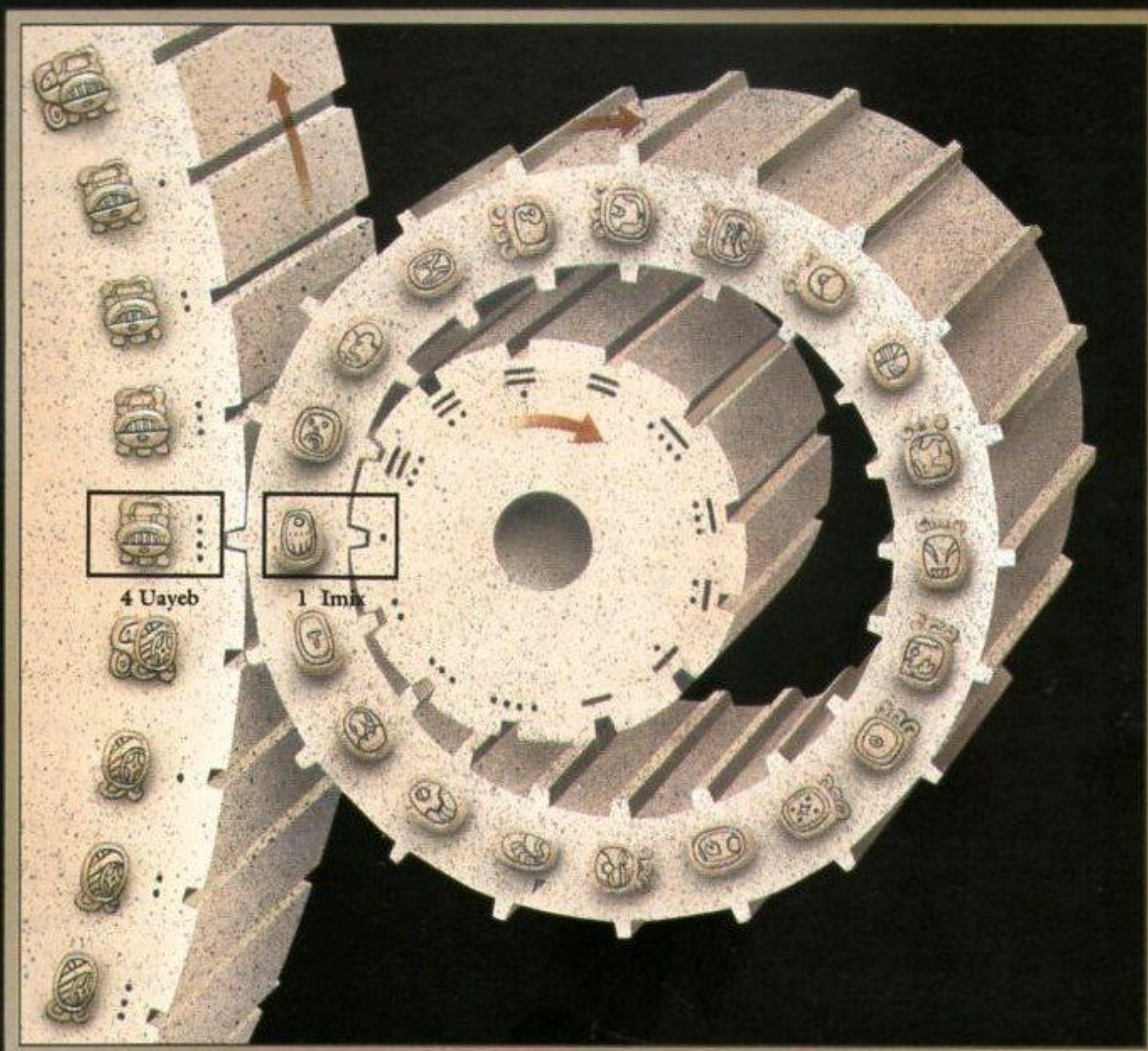


1



5

Los tres símbolos de aquí arriba se utilizaban para formar casi todos los números del sistema vigesimal de los mayas. Aquí, el glifo superior representa el cero, el punto representa el uno, y la barra representa el cinco. Dos barras y un punto representan el número 11. El número 20, base de su sistema, se representaba con un punto de mayor tamaño colocado sobre los otros símbolos.



En el diagrama esquemático (izquierda), los engranajes ilustran la interacción de los dos calendarios mayas, que llevan glifos descifrados por Landa en 1566 y marcan la fecha como 1 Imix 4 Uayeb (leído de derecha a izquierda). El mayor de todos los engranajes representa el calendario solar de 365 días, compuesto de dieciocho meses de 20 días con cinco días adicionales, un período que se denominaba Uayeb, «el sueño». Los dos engranajes menores indican el Almanaque Sagrado de 260 días compuesto por veinte meses de 13 días. El mayor de estos dos engranajes muestra los 20 nombres de los días, mientras que el menor muestra los números hasta el 13. Cuando un nombre y número de día se repetían, el Almanaque Sagrado había completado su revolución de 260 días. Pero hacían falta 52 años para que la combinación de 1 Imix del Almanaque Sagrado y 4 Uayeb del calendario solar se emparejaran.



BALAM



Batallar



Gran Señor de Copán



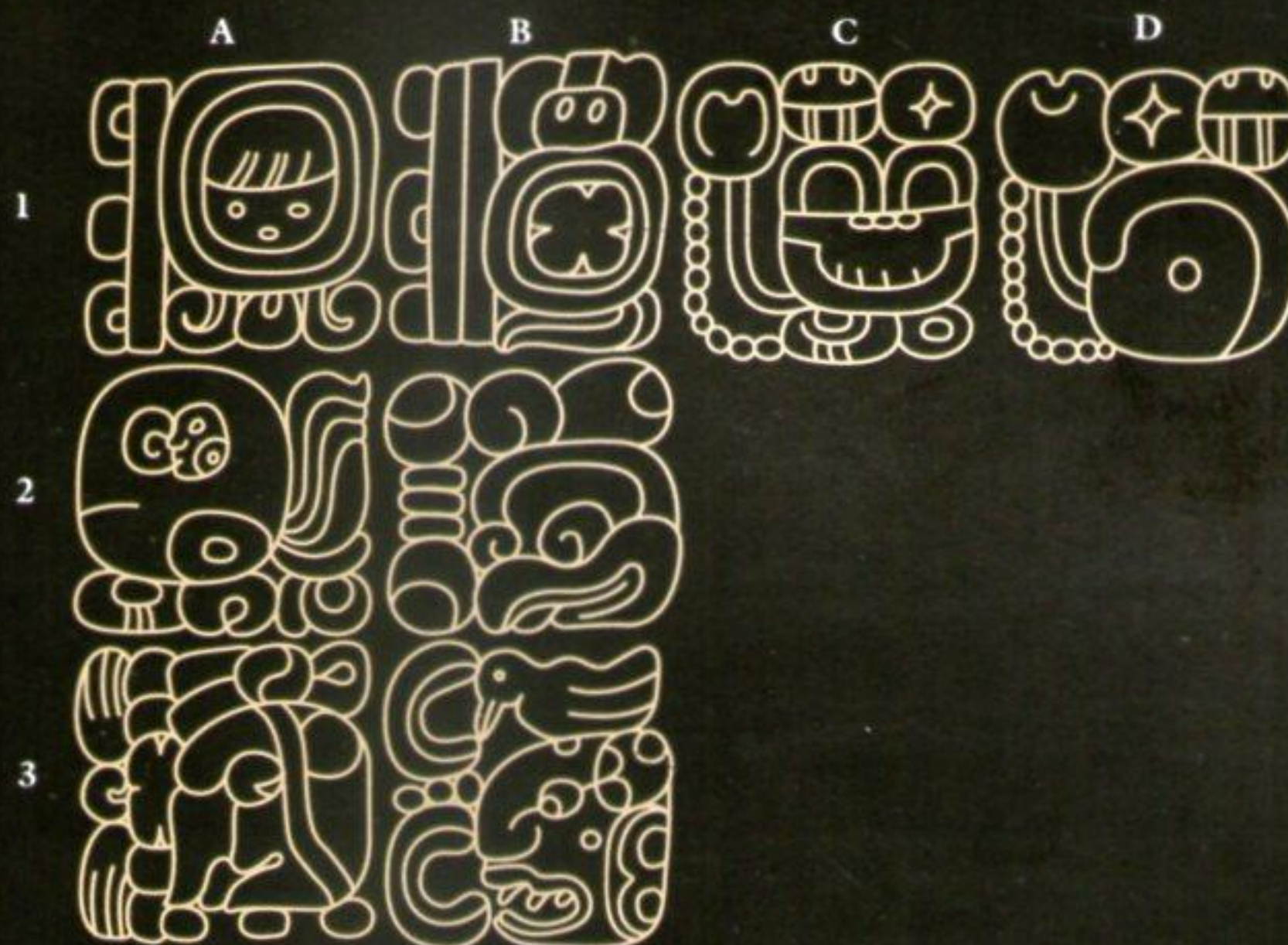
BA-BALAM



BA-LA-M(A)

Los escritos mayas combinan frecuentemente ideogramas con sílabas fonéticas para realzar el significado de una palabra. Por ejemplo, la palabra *balam*, que significa *jaguar*, se muestra arriba tal como aparece en la escritura maya. El glifo superior es el ideograma de *jaguar*. Un afijo que representa la sílaba *ba* se añade al símbolo del medio. Abajo del todo, la palabra *jaguar* se ha escrito solamente con signos silábicos que se leen, en el sentido de las agujas del reloj, de izquierda a derecha *ba la ma*. Dado que las vocales finales nunca se pronuncian, se leería como «*balam*».

Los signos de aquí arriba son ejemplos de dos tipos de glifos. El denominado *glifo de suceso* (arriba, izquierda) se piensa que hace referencia a un suceso militar, como da a entender el *hacha*, y se interpreta como el verbo «*batallar*». El *glifo emblemático* (arriba, derecha) nombra a un individuo como soberano supremo de un dominio o pueblo. En este glifo —traducido como «*Gran Señor de Copán*»— el signo principal es una cabeza de murciélago, lo que probablemente significa que el dirigente es jefe de la tribu de los murciélagos.



Los glifos mayas, como éstos de aquí arriba, se leen de arriba abajo, y de izquierda a derecha, en parejas. Normalmente los textos empiezan por una fecha del calendario seguida por un glifo de suceso explicativo de lo que sucedió en esa fecha y luego el nombre y los títulos del soberano que intervino. Este texto dice: El 6 de Imix (A1) del 12 de Yaxkin (B1) estaba sentado en el trono (A2), captor de (B2) Gran Señor Hok de Palenque (A3), Pájaro Jaguar de Yaxchilan (B3), Soberano Señor de Yaxchilan (C1 y C2). Los glifos son exactos, pero el texto se ha inventado, usando el estilo y la sintaxis mayas, a efectos de ilustración.

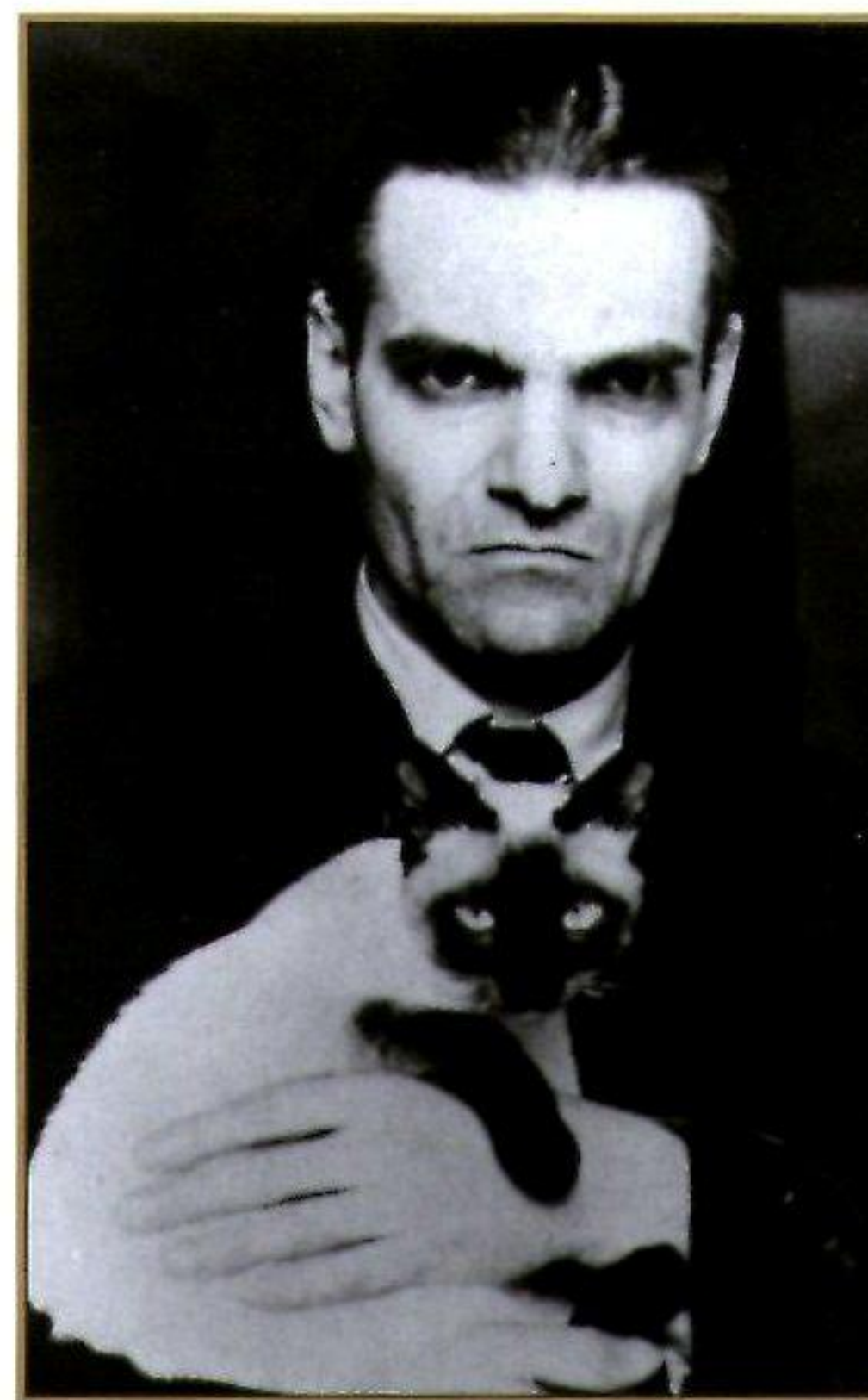
tado compuesto por Landa en la década de 1560 mientras esperaba ser juzgado en España por sus métodos brutales para apartar a los indios de sus creencias religiosas. Una copia del informe repleto de hechos había permanecido enterrada durante siglos en la Academia de la Historia, en Madrid.

Su descubridor fue un clérigo francés, el abad Charles Etienne Brasseur de Bourbourg, antiguo periodista y novelista que vistió los hábitos a la edad de 31 años. Después de tomar las Sagradas Órdenes, Brasseur de Bourbourg pasó temporadas en Estados Unidos, Canadá, Italia y luego México, donde finalmente encontró su auténtica vocación: el estudio de las culturas mesoamericanas a través de antiguos documentos. Aprendió varios idiomas indios, se hizo confidente de numerosos estudiosos y coleccionistas y se las arregló, entre 1846 y 1869, para localizar decenas de textos preciosos. En el campo de los estudios de los mayas, sus tres hallazgos más importantes fueron una copia de la descripción hecha por Landa de la cultura nativa de Yucatán; parte de un enorme diccionario de palabras mayas recopilado por un fraile franciscano en el siglo XVI (Brasseur de Bourbourg dio con él de casualidad en una librería de viejo en la ciudad de México); y una porción del Códice de Madrid. Brasseur de Bourbourg publicó también una traducción importante del *Popol Vuh*, y siempre se atribuyó el mérito de haber descubierto esta obra, también. En realidad, un médico alemán se le había anticipado, al localizarla en una librería guatemalteca en 1854.

Sin duda alguna, la contribución más importante de Brasseur de Bourbourg fue, no obstante, su redescubrimiento del diario de Landa, la fuente de información más rica por sí sola sobre la cultura maya que jamás cayó en manos de los estudiosos. La parte más crítica resultó ser el relato del intento por parte del propio Landa de encontrar el significado de los jeroglíficos. Aquel día en que se sentó con un indio que todavía podía escribir a la manera de los antiguos mayas recopiló un conjunto de unos 27 glifos, que tomó por equivalentes fonéticos de varios sonidos representados por letras en el alfabeto español. (En la escritura alfabética, cada letra representa un elemento fonético básico de un idioma hablado.) Lamentablemente, estos símbolos resultaron poco menos que inservibles cuando los investigadores de nuestros días trataron de utilizarlos para traducir los códigos o las inscripciones en las estelas y otros lugares de las ciudades de piedra. Como resultado de ello, muchos eruditos llegaron a la conclusión de que Landa había seguido una pista totalmente equivocada y que la escritura maya era ideográfica; esto es, que los glifos representaban conceptos en lugar de sonidos.

Los pocos símbolos que se descifraron con éxito después del descubrimiento del manuscrito de Landa eran denominaciones de números, métodos para determinar fechas, ciclos astronómicos y similares, lo que llevó a

El lingüista ruso Yuri Knorosov, que publicó en la década de 1950 unos artículos que revolucionaron los estudios de los mayas, luce aquí una expresión todavía más ceñuda que su gato. Knorosov postulaba acertadamente que los mayas podían haber usado glifos como sílabas puramente fonéticas, además de los pictogramas. Pero debido a que sus artículos estaban marcados por una inclinación marxista-leninista y algunas de sus conclusiones eran erróneas, los estudiosos occidentales aceptaron con bastante lentitud su teoría.



La arqueóloga de origen siberiano Tatiana Proskouriakova examina fragmentos de jade maya en su oficina en los bajos del Museo Peabody, de Harvard. En la década de 1960 hizo un descubrimiento comparable al de Knorosov para el desciframiento de los glifos mayas, con el que transformó el estudio de los mayas al demostrar que la mayoría de las inscripciones se refieren a historias dinásticas que narran el nacimiento, muerte y hechos de los soberanos y nobles. Con una formación inicial en arquitectura, gozó también de merecida fama por sus hermosas y correctas representaciones de las ruinas mayas.



muchos expertos a la conclusión de que la escritura de los mayas se limitaba a esas materias. Hasta la década de 1950, nada menos, ésta fue la creencia prevaleciente y sus principales defensores fueron el arqueólogo norteamericano Sylvanus G. Morley, de la Carnegie Institution, en Washington, D.C., y J. Eric S. Thompson, un arqueólogo británico también afiliado a la Carnegie. Thompson pintó una imagen de los mayas como un pueblo pacífico y contemplativo, obsesionado con el paso del tiempo y guiado por sacerdotes que observaban los movimientos de los cuerpos celestes y discernían por ellos la voluntad de los dioses. Estaba convencido de que las ciudades mayas eran centros ceremoniales, que no bastiones de poder mundano, y en 1956 escribió: «El gran tema de la civilización maya es el paso del tiempo, el amplio concepto del misterio de la eternidad y el concepto más limitado de la división del tiempo en sus equivalentes de siglos, años, meses y días. El ritmo del tiempo encantaba a los mayas; el incesante flujo de días desde la eternidad del futuro hacia la eternidad del pasado les llenaba de admiración».

Mientras que nadie fue capaz de leer la inmensa mayoría de los jeroglíficos, hubo poca base para poner en tela de juicio este retrato. Pero en 1952, un lingüista soviético poco conocido y cuyo nombre era Yuri Knorosov, empezó a dar una nueva forma a la línea de pensamiento generalmente aceptada. Knorosov, experto en jeroglíficos egipcios, se había interesado en los signos que componían lo que Landa pensó que era el alfabeto maya. Examinó los diversos códices que perduraban y encontró que, entre todos, contenían aproximadamente 300 glifos distintos. Si la totalidad de los signos eran ideogramas, este número sería extrañamente pequeño. Por otra parte, un sistema fonético —que usara bien un alfabeto (las unidades más pequeñas del sonido) o bien unidades silábicas (una vocal más una consonante)— tendría muchos menos signos. Knorosov postuló que la escritura maya era un sistema híbrido, parte fonético y parte semántico, como sucedía con muchas de las primeras escrituras, entre las que se podían incluir las de los antiguos Egipto, Mesopotamia y China. Siguió adelante para demostrar que, en su aspecto fonético, la escritura maya estaba basada en sílabas más que en letras alfabéticas. Supuso que el informador de Landa había usado en realidad combinaciones consonante-vocal para representar las letras españolas: por ejemplo, cuando Landa pronunciara la letra «l» su colaborador indio bien pudo haber dibujado el signo de la sílaba «lu».

En un principio, muchos estudiosos expresaron sus dudas respecto a las ideas de Knorosov y demostraron que algunas de sus afirmaciones eran erróneas. Además, la propia escritura, una vez descifrada, presentaba numerosas dificultades: la sintaxis y la gramática mayas, tal como demostrarían otros estudiosos, eran idiosincrásicas; los elementos fonéticos e ideográficos se combinaban frecuentemente; los glifos aparecían de diferentes formas; y los textos estaban plagados de juegos de palabras, metáforas y alusiones oscuras.

Debido a estas complejidades y a los fallos en los artículos de Knorosov, la dimensión fonética de la escritura maya no fue ampliamente aceptada hasta principios de la década de 1970.

Para entonces, ya se habían producido otros dos descubrimientos. En 1958 Heinrich Berlin, un epigrafista que había pasado años examinando paneles en Palenque y otros centros mayas en las tierras bajas meridionales, advirtió una similitud en determinados bloques de glifos en yacimientos separados por una considerable distancia: estos bloques tenían unos signos principales característicos pero un solo tipo de prefijo; un contexto similar, en efecto. Berlin conjeturó que el glifo principal característico era o bien un topónimo o bien el nombre de la familia que había regido los destinos de la ciudad. Denominó a estos signos «glifos emblemáticos». Era el primer indicio claro de que la escritura maya no se ocupaba solamente de la sabiduría sacerdotal sobre el tiempo y los cielos.

Tatiana Proskouriakova, rusa de nacimiento y colega de Eric Thompson en la Carnegie Institution, ratificó en 1960 la hipótesis del contenido mundano de los textos jeroglíficos. Mientras examinaba unas cuantas estelas en Piedras Negras, una ciudad maya en ruinas situada unos 96 kilómetros al sureste de Palenque, comprobó la existencia de representaciones de fechas asociadas con glifos que aparentemente podrían representar sucesos importantes. Una y otra vez, las fechas parecían delimitar el espacio de una vida humana, con una duración variable entre 56 y 64 años. A veces se superponían conjuntos de fechas, y estaban vinculados con retratos de mujeres, niños y jóvenes señores mayas. Llegó a la conclusión de que los monumentos registraban sucesos clave de las vidas de los gobernantes dinásticos de la ciudad: nacimientos, ascensos al poder, triunfos en la guerra, muertes, etcétera. La evidencia era indiscutible. Los mayas habían registrado su historia en piedra.

La perspicacia de Knorosov, Berlin y Proskouriakova abrió una nueva era en los estudios mayas. Desde entonces, más del 80 por ciento de los glifos mayas han revelado su significado y una nueva generación de arqueólogos ha cobrado ánimos para excavar a mayor profundidad y aprender más. Como resultado de todo ello, la totalidad del mundo maya ha empezado a ofrecer una imagen nítida, gloriosa no sólo en su arte y arquitectura, sino también en la plena dimensión de su humanidad y su historia.

MOMENTOS DE DESCUBRIMIENTO



Para el curioso mundo del siglo XIX, las fotografías de las espléndidas ruinas de las antiguas ciudades mayas eran casi tan satisfactorias como verlas en vivo. Hoy en día las imágenes siguen ejerciendo su encanto. No obstante, la extraordinaria claridad y detalle de ellas dicen poco del formidable esfuerzo que exigió su realización. La fotografía de la época, que necesitaba unas cámaras voluminosas, unos frágiles negativos de vidrio y unos copiosos suministros de productos químicos, se veían complicada en gran medida por las condiciones primitivas y el difícil transporte en el territorio maya. «No estaría de más pedir una gruesa de placas», escribió Edward H. Thompson en 1888 a un administrador del Museo Peabody, de Harvard, que había financiado su expedición, «ya que siempre hay que esperar un cierto porcentaje de placas rotas y deterioradas, especialmente en esta tierra cálida, húmeda y con mulas como principal medio de transporte».

La calidad de las fotografías que salieron de la selva tropical es un testimonio incuestionable de la dedicación de los fotógrafos, la mayoría de los cuales eran caballeros aventureros con poca formación técnica. Uno de los más prominentes fue Alfred P. Maudslay,

cuyas fotografías de Chichén Itzá incluían la descomunal cabeza de serpiente de la pirámide principal, El Castillo (*detalle, arriba*). Antiguo administrador colonial británico, Maudslay llegó a Centroamérica en 1881 empujado por «el deseo de pasar el invierno en un clima cálido», tal como escribió más adelante. «Sin embargo, el interés que despertó en mí la contemplación que aquellos monumentos verdaderamente maravillosos me indujo a emprender otras expediciones.»

Esas expediciones continuaron durante 13 años, pagadas de su bolsillo particular todas ellas, que fueron ocho en total. Además de un caudal de fotografías, Maudslay se trajo más de un millar de vaciados de estelas y otros monumentos mayas, e hizo dibujos y planos de varios yacimientos importantes, con lo que llenaría ocho tomos, cuatro de texto y cuatro de ilustraciones. La información que dejaron Maudslay y sus contemporáneos todavía sirve de ayuda en la investigación sobre temas mayas; en algunos casos sus fotografías son los únicos documentos que restan de las esculturas y relieves que desde entonces fueron destruidos o desgastados por la erosión.

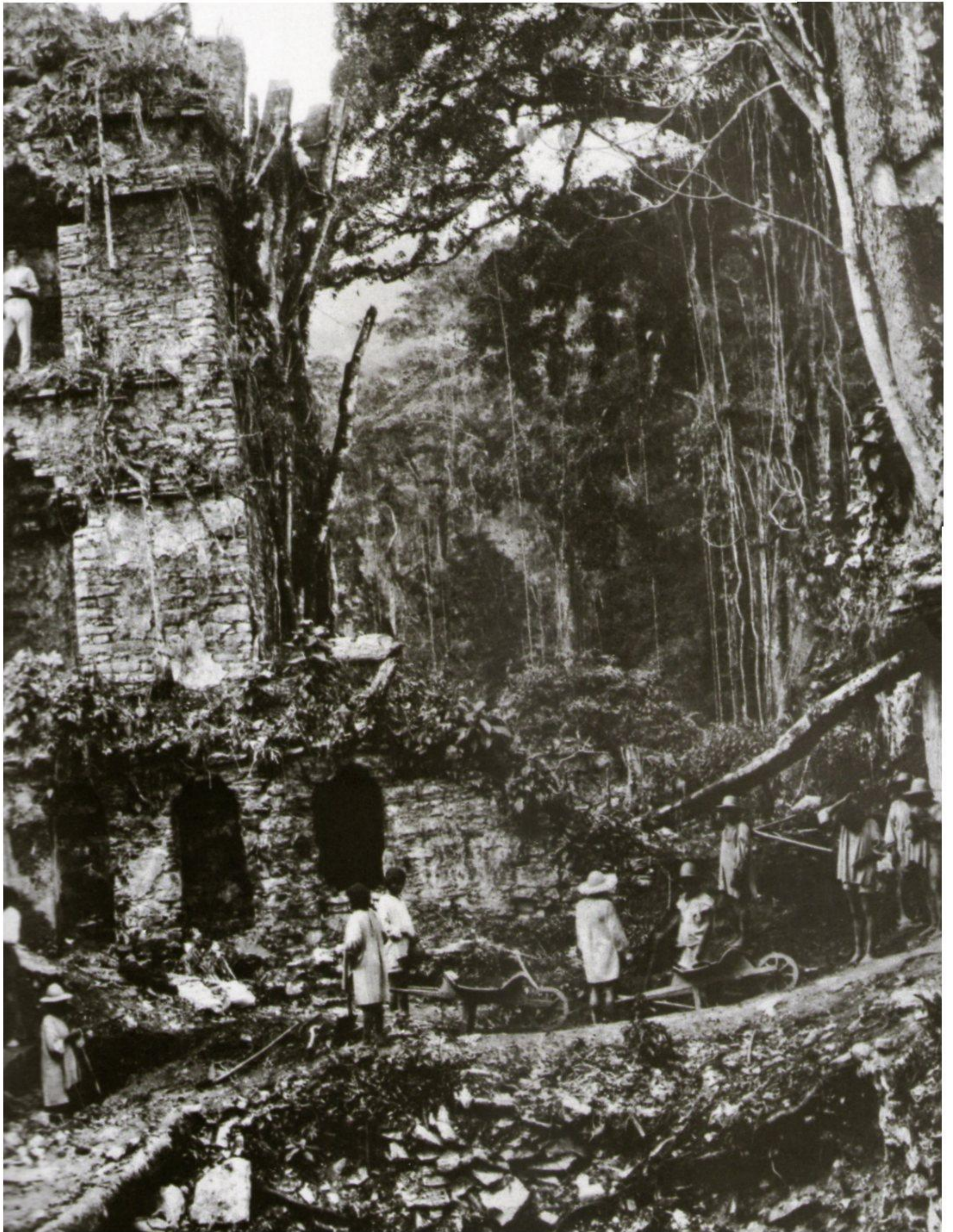
ALLANANDO EL CAMINO PARA LOS ESTUDIOSOS

Alfred Maudslay visitó más de una docena de yacimientos mayas y centró sus esfuerzos en ciudades importantes tales como Copán, Quiriguá, Palenque y Tikal. Trabajó entre las ruinas durante la mayor parte de ocho estaciones secas y dedicó los meses de lluvia a ordenar su material y escribir el relato de sus hallazgos.

La selva tropical ralentizaba el trabajo de campo con fiebres debilitante e insectos formidables que, a veces, eran algo más que una molestia: «cuando una nube de hormigas soldado invadió un campamento en Copán, devoraron todo cuanto encontraron comestible en su camino, incluidos los negativos de dos fotografías revelados poco antes y puestos a secar en el tendedero». Maudslay estaba decidido a vencer tales obstáculos; su meta era recopilar materiales que permitieran a los estudiosos «resolver los problemas de la civilización maya sin levantarse de los cómodos asientos de los despachos que tuvieran en sus casas».

Maudslay fotografió la cara norte de la torre de Palenque en 1891, poco después de que se hubiera limpiado la zona frente a ella. Cuando vio la ruina por primera vez observó que estaba «casi llena hasta el nivel de los pisos» con fragmentos de la albañilería que se habían ido desprendiendo del edificio. Los restos se eliminaron «echándolos fuera por el plano exterior del terraplén de los cimientos», un método que horroriza a los arqueólogos de hoy en día.







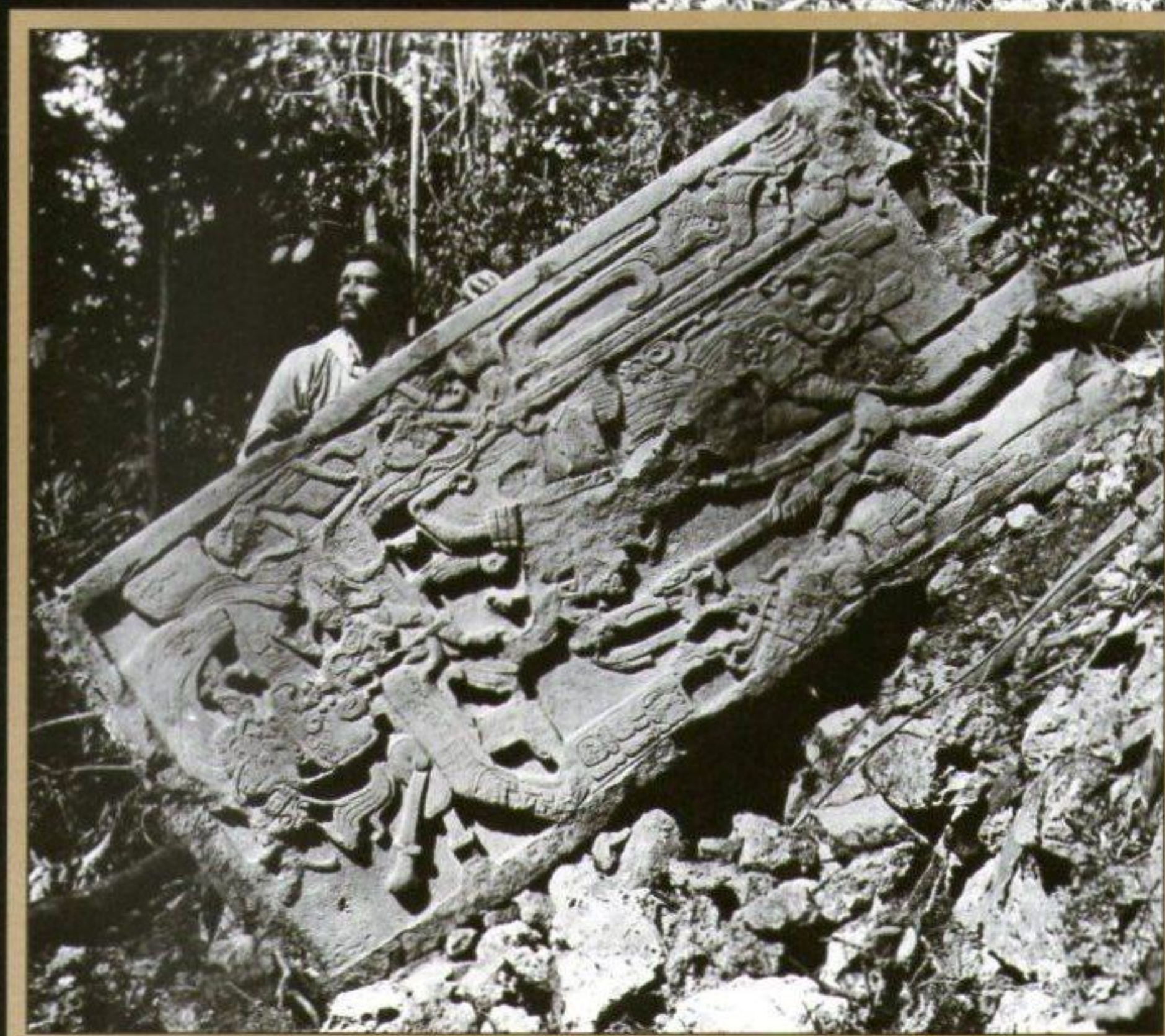


Barruntando la presencia de lo sobrenatural, los trabajadores indios de Maudslay levantaron su propio campamento en Tikal (arriba). Rehusaron cobijarse con Maudslay en las ruinas, que creían habitadas todavía por los «espíritus de la casa».

Un imponente retrato de un soberano, la Estela E de Quiriguá (izquierda) es el mayor monumento monolítico que se conoce de los mayas. Antes de cubrir la estela con escayola para hacer vaciados de los relieves, Maudslay y cinco ayudantes se subieron a la parte más alta, como medida de precaución. Cuando comprobaron que la estela no se movía, consideraron «que la base debía estar sobradamente afirmada en el suelo y que no era probable que el peso adicional de la escayola hiciera que nos cayera encima de la cabeza».

UNIENDO LAS PIEZAS DEL PASADO

El fotógrafo y explorador austriaco Teobert Maler viajó a México en 1865 para incorporarse al ejército del desventurado emperador Maximiliano y permaneció allí durante algunos años. Reclamado su regreso a la patria, pasó algún tiempo en Austria, Inglaterra y Francia, pero regresó a México en 1884 cuando las narraciones de los descubrimientos arqueológicos que se estaban haciendo allí despertaron en él un interés irrefrenable. Su plan era producir un atlas fotográfico de las ruinas, que se vendería por suscripción. El libro nunca se materializó, pero el Museo Peabody solicitó sus servicios en 1897 y Maler produjo fotografías para esta institución durante un período de 10 años, fotografías que se incluyeron en grandes reportajes sobre varios yacimientos que no se habían estudiado anteriormente. No sólo registró muchos yacimientos y monumentos importantes, de los que tomó medidas además de fotografías, sino que también fue un precursor del arte de la reconstrucción fotográfica. La técnica consistía en fotografiar fragmentos de monumentos despedazados, desde la misma distancia y a la misma escala, utilizando película flexible en lugar de negativos de vidrio, para luego recortar las imágenes resultantes y montar las piezas como si fueran las de un rompecabezas. Sus copias finales —logradas a base de montar los diversos negativos sobre una lámina transparente— mostraban los intrincados bajorrelieves y esculturas tal como fueron en tiempos.



Para dar escala a esta fotografía, Maler hizo que un trabajador posara tras una estela caída en Piedras Negras, en Guatemala. Prefería la película flexible a las placas de vidrio que se rompían fácilmente durante el transporte en la selva.

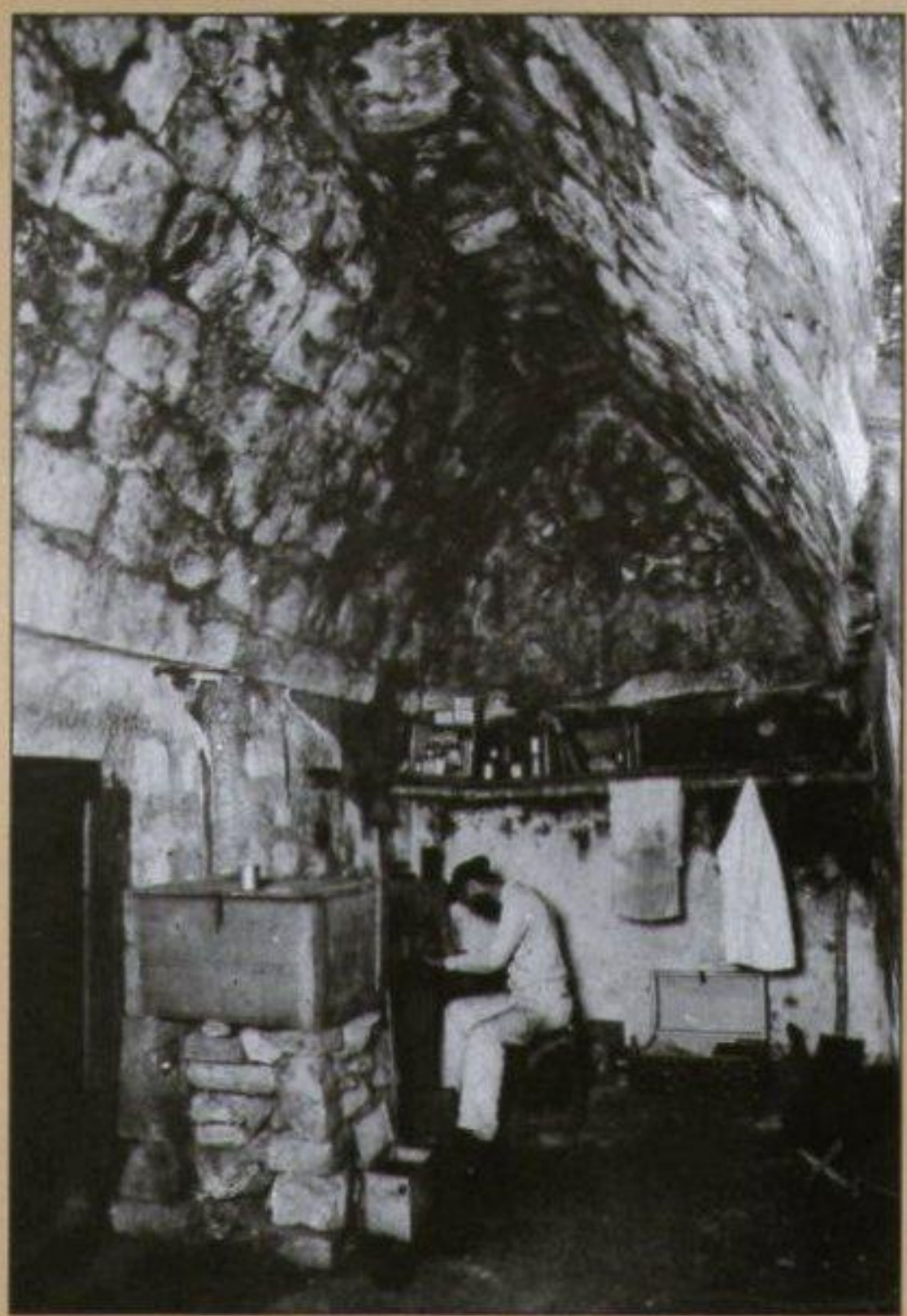
Maler fotografió muchos yacimientos antes de que se iniciara cualquier excavación, y entre ellos cabe incluir este templo en Palenque (derecha). Como era un perfeccionista, construyó en ocasiones soportes especiales para las cámaras a fin de conseguir precisamente el ángulo que deseaba.





PRESENTANDO LOS MAYAS AL MUNDO

Destinado a Yucatán y Campeche como cónsul norteamericano en 1885, básicamente para que realizara estudios arqueológicos en Labná y Uxmal, Edward H. Thompson dedicó una gran parte de su tiempo a explorar las ruinas. Su trabajo despertó un gran interés popular gracias a una enorme exposición de fotografías y vaciados arquitectónicos en la Exposición Colombina de 1893, celebrada en Chicago.



Adaptándose a la antigua arquitectura, Edward Thompson (arriba) habilitó como estudio fotográfico y cuarto oscuro una cámara abovedada en Labná, México.

Alzándose imponente sobre la selva circundante, la Casa de las Palomas, en Uxmal, era representativa de los yacimientos remotos y prácticamente intactos que Thompson buscó durante sus primeros viajes a la península de Yucatán.







EL SECRETO DE LAS PIEDRAS TRASPASADO AL CARTÓN

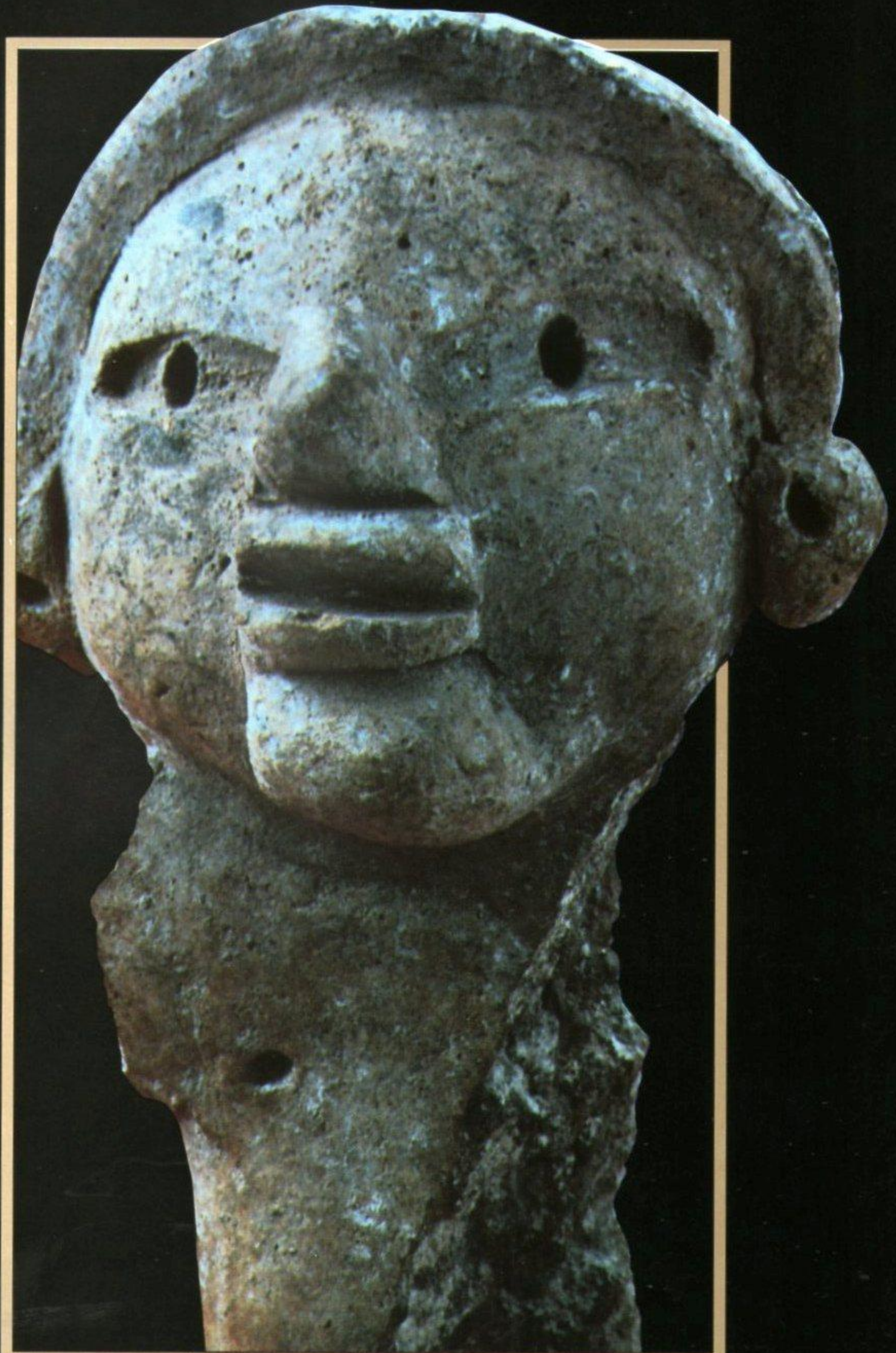
El Museo Peabody, de Harvard, organizó cuatro expediciones a Copán entre 1891 y 1895, a gran escala todas ellas. Cuando el director de la segunda expedición, John Owens, falleció de fiebres tropicales en 1893, Maudslay asumió la dirección durante un breve período, para lo cual tuvo que interrumpir su luna de miel. Uno de los objetivos era hacer moldes de los monumentos, ya que retirarlos de su ubicación en la selva y transportarlos a Estados Unidos habría resultado poco menos que imposible.



Montado en una mula (arriba), John Owens, del Museo Peabody, es la imagen viva del líder de una expedición. El transporte de los moldes hechos de pasta de cartón y cuidadosamente embalados se confió a porteadores, prescindiendo de las mulas.

Abatida y destrozada por el tiempo, una estela gigantesca localizada en Copán (izquierda) muestra una gran riqueza de detalles. La subsiguiente disgregación de estos monumentos por los agentes atmosféricos hace que fotografías como ésta —obra de Maudslay— sean documentos valiosísimos.





DIOSES, SANGRE Y REYES

Durante unos instantes, el arqueólogo británico Norman Hammond observó, sin reconocerlo, el objeto suave y redondeado que tenía ante sí entre un amasijo de escombros en el patio de un templo de Cuello, un yacimiento maya relativamente desconocido situado en la zona septentrional de Belice. Pero luego, repentinamente, cayó en la cuenta de lo que era: la parte posterior de un cráneo humano, el resto del cual estaba enterrado en el suelo. Cuando Hammond y su equipo de ayudantes empezaron a excavar, encontraron otros restos humanos en aquella diminuta zona; algunos eran esqueletos completos, otros tenían cercenado el cráneo y/o los miembros. El recuento final indicó que se habían sepultado allí más de 30 personas y aunque muchos de los esqueletos estaban muy deteriorados por los escombros que se habían amontonado sobre ellos en los siglos transcurridos, no cabían muchas dudas respecto a que éste no era un lugar normal de enterramiento.

Uno de los cráneos tenía un orificio limpio en la frente, en el que encajaba perfectamente una de las dagas ceremoniales —hecha con una especie de pedernal conocido como chert— que el equipo de excavadores también estaba encontrando. Todos los huesos se habían encontrado dentro de una depresión circular en el centro de una zona elevada que aparentemente se había levantado alrededor y por encima de ellos. Dos hombres jóvenes habían sido colocados con las cabezas casi tocándose, los pies en direcciones opuestas y unas cuantas vasijas de alfarería dispuestas en torno a ellos. Más huesos de brazos y piernas cercenados se habían desparramado sobre este

Esta cabeza de cerámica de ocho centímetros de altura, que se supone es el retrato de un soberano de Cuello ahora olvidado, luce los adornos de la temprana realeza maya: ornamentos en las orejas y una sencilla diadema. La figura se hizo en torno al 400 a.C., una época en que la mayoría de los mayas vivían en pequeñas aldeas dedicadas a la agricultura y el comercio.

punto central y, para completar el lúgubre espectáculo, varios cuerpos habían sido colocados en posición sentada en torno al círculo. Evidentemente esto había sido escenario de un sacrificio en el que, muy probablemente, se había sacrificado a las víctimas para conmemorar la edificación de un nuevo complejo de templos.

Para Hammond y sus colegas, cuyas excavaciones en Cuello habían comenzado en 1976 y continuaron hasta la década de 1990, fue un descubrimiento escalofriante: la primera prueba material directa de sacrificios humanos en masa por parte de los mayas. Sólo tres décadas antes, los principales estudiosos de la materia habían mantenido que los mayas tenían poco interés por la violencia y el derramamiento de sangre, incluso de naturaleza ritual. En 1915, el arqueólogo norteamericano Sylvanus G. Morley había advertido representaciones de tipo bélico en los relieves mayas, pero se desentendió de ellas esencialmente; durante estudios posteriores se centró más bien en los sistemas de determinación de fechas y el conocimiento de los fenómenos celestes que apreció en los glifos, dejando fuera de sus dibujos las representaciones pictóricas que había visto de cosas menos avanzadas, a las que se refería como «residuos textuales». Parece ser que estaba empeñado en demostrar que los mayas eran «los griegos del Nuevo Mundo», una civilización cuyos logros intelectuales hacían de ellos «la más grande raza que jamás haya vivido en esta tierra».

Pero, mientras que no había lugar para negar los logros de los mayas en las matemáticas y la astronomía, aquí en Cuello había una prueba irrefutable de su obsesión con el derramamiento de sangre, tanto la suya propia como la de víctimas de sacrificios presumiblemente tomadas de las filas de enemigos capturados. Porque, además de los muchos elementos recuperados en el yacimiento que demostraban los sacrificios mortales, se encontró una espina de pastinaca que los pictogramas dan a entender que se utilizaba en ceremonias rituales para extraer sangre del lóbulo de las orejas o de los penes, en el caso de los hombres, y de las lenguas en el de las mujeres.

Lo que hizo particularmente significativo el agrupamiento de cuerpos en Cuello fue la fecha aparente de su enterramiento, en una época que marcaba una divisoria histórica en el desarrollo de la civilización maya. Análisis de las varias capas del



Los huesos entremezclados de 32 personas sacrificadas en Cuello hace 2.400 años incluyen el cráneo de un joven muerto de un terrible golpe en la frente con una daga afilada. Un arma hecha de chert que se encontró allí cerca encajaba en la herida tan perfectamente como un puñal en su vaina. Un arma similar de chert (abajo) se recuperó en un cercano enterramiento de Cuello. Las víctimas eran, con toda probabilidad, guerreros capturados de una comunidad vecina.



yacimiento apuntaron que las víctimas habían sido inmoladas en torno al 400 a.C., cuando los pueblos de las tierras bajas de la región que ahora comprende el Yucatán meridional, Belice y Guatemala estaban empezando a transformar sus aldeas agrícolas y comerciales en centros ceremoniales que, con el tiempo, pasarían a ser complejas y avanzadas ciudades. Recopilando lo que había sucedido en Cuello, Hammond y sus compañeros de investigación dedujeron que los habitantes habían convertido el recinto ceremonial que tenían en uso –un patio rodeado de templos de madera y paja– en una enorme plaza pública. Después de quemar los templos y derribar sus fachadas en un rito de desconsagración, los aldeanos habían rellenado el recuadro con escombros, creando así una plataforma elevada de más de 4.000 metros cuadrados. En el centro de esta estructura es donde fueron enterradas las víctimas de este sacrificio, casi todas jóvenes y posiblemente varones en su totalidad.

Enterrados con ellos había seis tubos hechos de hueso labrado que algunos pensaron que eran simples mangos de abanicos ceremoniales, mientras que otros los consideraban mangos de instrumentos para extracción de sangre. Pero más importante que su función era el dibujo grabado en cuatro de ellos, unos trazos entrelazados que se identificaron como el *pop* maya, o esterilla tejida. Las pruebas encontradas en otros yacimientos posteriores indicaban que tales esterillas eran utilizadas por los reyes mayas y eran el equivalente iconográfico a un trono. Su descubrimiento en Cuello dio a entender que en el 400 a.C. –mucho antes de lo que suponía la mayoría de los expertos– la sociedad maya había estado dominada, tanto simbólicamente como en la práctica, por una elite real.

De hecho, en este pequeño y antiguo yacimiento, uno más entre los miles de ellos repartidos por todo el territorio maya y que datan de la misma era, el equipo de Hammond estaba encontrando muchos precursores de la cultura maya que, con el paso del tiempo, evolucionarían y llegarían a ser las características definitorias de la civilización en su más alto nivel. Al excavar en una pirámide pequeña que se levantaba en el extremo occidental de la plataforma, encontraron otra pirámide menor dentro de ella, que había servido –al clásico estilo de la construcción maya– como cimientos de la edificación superior. El edificio interior estaba adornado con dibujos enigmáticos, enmarcado en un anillo ovalado cada uno de ellos. En opinión de Hammond tenían un notable parecido con caracteres jeroglíficos mayas posteriores, lo que daba a entender que los residentes de Cuello ya habían adquirido los elementos básicos de la escritura maya aunque sin haber llegado todavía a desarrollar un sistema funcional con ellos. Estos pueblos probablemente conocían también el manejo de los números. En una tumba ubicada dentro de la pirámide Hammond recuperó varios sellos, uno de los cuales estaba grabado con una barra vertical y cuatro puntos: el símbolo maya para el número 9.

Para remate, el equipo de excavadores encontró frente a la pirámide un trozo anormal de piedra caliza. Al principio, Hammond no le hizo mucho caso, al considerarlo un «percan-ce natural», hasta que una mañana, al verlo desde la cúspide de la pirámide, cayó en la cuenta de que estaba escuadrado a mano y que muy probablemente sería una estela, uno de los bloques de piedra en que los mayas grababan inscripciones e imágenes de sus soberanos. Hasta entonces, la estela más antigua que se conocía estaba en Tikal, en Guatemala. Data del año 292 de nuestra era y se ha usado tradicionalmente para marcar el principio del período clásico, un espacio de 600 años durante el cual la civilización maya alcanzó su cúspide, y tal conmemoración de reyes y sus logros era cosa normal. No obstante, aquí, en Cuello, había un monumento que aparentemente cumplía una función similar pero que se calculaba había sido erigido más de 200 años antes.

Y había tesoros arqueológicos todavía más antiguos en espera de alguien que los sacara a la luz. Como parte de una investigación anterior, no mucho después de que Hammond localizara el yacimiento en 1973, los investigadores habían excavado un foso de prospección en el suelo de Cuello, del que sacaron muestras de madera quemada de lo que supusieron que habían sido las primeras fases de ocupación. La determinación de antigüedad de estas muestras por medio de las pruebas del radiocarbono hacían suponer que allí habían vivido personas en fechas tan remotas como el 1000 a.C. y acaso anteriores, cuando las primeras aldeas agrícolas se estaban empezando a establecer por toda la región. Los hallazgos avivaron un prolongado debate acerca de la génesis de la civilización maya. Algunos expertos argumentaban que los orígenes debían buscarse en el antiguo México, mientras que otros afirmaban que las raíces se hallaban en las tierras altas de Centroamérica; y aun había otros que postulaban





Restos estratificados de proyectos de remodelación cívica que se remontan al 2200 a.C. componen esta plataforma de unos 4.000 metros cuadrados de extensión y casi cuatro metros de altura sobre la que se construyó la pirámide exterior de Cuello hacia el 400 a.C. En la creencia de que los poderes sobrenaturales se acumulaban en los espacios sagrados a lo largo de los años, los mayas asolaban continuamente los centros urbanos y los reconstruían encima de las ruinas.

Los diferentes estratos del patio aportaron pruebas sorprendentes de la continuidad de una tradición cultural en Cuello. Levantado por primera vez a finales del segundo milenio a.C., mantuvo la misma distribución básica en planta a través de los siglos, haciéndose mayor y más alto hasta el día en que lo rellenaron con escombros y lo conmemoraron con sacrificios humanos. En un extremo de la plataforma, los arqueólogos descubrieron una cisterna que inicialmente se había utilizado como cámara de almacenaje pero que se había transformado en vertedero de basura en alguna fecha comprendida entre los siglos primero y segundo de nuestra era. De allí recogieron granos de maíz, el alimento básico de los mayas a lo largo de su historia. Al com-

un vínculo con las civilizaciones china o del sudeste asiático. Pero si se podía demostrar que los primeros pobladores de Cuello eran antepasados directos de los mayas, ello indicaría que los mayas eran los autores de su propia historia, que no meros adaptadores o prestatarios de la de otros.

Armados con la información obtenida de las pruebas de determinación de antigüedad mediante el radiocarbono, Hammond y su equipo emprendieron la tarea de poner a prueba esta especulación retrocediendo a lo largo de la historia de Cuello mediante el levantamiento de sucesivos estratos del suelo del patio principal —el mejor lugar para indagar la evolución de la ocupación— hasta llegar a los restos de la primera de las edificaciones de la secuencia, que resultó ser una choza similar a las casas con armazón de varas y techo de palma en que vivían actualmente los indios de la zona, descendientes de los mayas. El armazón se había levantado sobre una plataforma de argamasa, el primer uso conocido de la técnica de recubrimiento con yeso que fue una característica de la arquitectura durante la época de máximo esplendor de los mayas.

parar estas semillas con especímenes anteriores, los expertos encontraron señales de mejoras genéticas aparentemente conseguidas por sucesivas generaciones de agricultores mayas. En efecto, Hammond estimó que los rendimientos de las cosechas se habían multiplicado por más de dos desde que se fundó el pueblo hasta el año 200 de nuestra era.

Ulteriores descubrimientos revelaron que desde el principio los habitantes de Cuello habían elaborado una alfarería encomiable y de diferentes colores y que desde el siglo séptimo a.C. la estaban decorando con resinas y cociéndola para conseguir un dibujo permanente. Un cuenco de este período reproduce un ave acuática; otro fragmento que data de unos 1.000 años más tarde está grabado con una imagen de lo que parece ser un moño alto, una forma de peinado que reaparece en el arte maya posterior. Otro artefacto de alfarería que data aproximadamente del 1000 a.C. resultó ser un silbato infantil en forma de pájaro con cuatro orificios en un costado. Poco después de encontrarlo, Hammond no pudo resistir más la tentación, sopló por la boquilla y toquiteando en los orificios consiguió las cinco notas de la escala diatónica, una secuencia atemporal y universal que debió ser tan conocida para los habitantes del Nuevo Mundo como lo era para él.

Este elemento tan especialmente evocativo se encontró en la tumba de un niño como de seis años y era parte de un lote de artículos entre los que se encontraba una pieza de jade, mineral extremadamente duro que era muy apreciado en Mesoamérica. Una de sus pocas fuentes de suministro conocidas en aquella zona, que no se volvió a descubrir hasta 1952, era el valle del río Motagua en la zona meridional de Guatemala. Aparentemente era allí donde los antiguos olmecas de la costa del Golfo de México –un pueblo misterioso que alcanzó prominencia al menos 500 años antes que los mayas– obtenían las piedras en bruto para luego transformarlas en objetos ceremoniales y joyería de gran calidad. De acuerdo con Hammond es posible que se produjera un intercambio de artículos de comercio entre los olmecas y los primeros habitantes de Cuello, 640 kilómetros al este, lo que dejaría entrever que desde pronto cada uno de los dos grupos influyó en el desarrollo cultural del otro.

Otros estudiosos se muestran menos seguros e indican que los artículos en cuestión se podían haber permutado a través de intermediarios y que no existen pruebas concluyentes de tal influencia.

En el período clásico, los gran-



Un sello de terracota de cinco centímetros de longitud hecho en el primer siglo de nuestra era lleva los cuatro puntos y la barra vertical con que los mayas designaban el número 9. Probablemente estos sellos se utilizaban para imprimir marcas sobre la piel o los tejidos.



Un cuenco recuperado de un enterramiento de Cuello y que data del 250 a.C. demuestra la habilidad de los artesanos de la comunidad. El suave barniz anaranjado y el dibujo a base de incisiones en torno al borde de la vasija son típicos de la alfarería de Cuello, que se cuenta entre las más antiguas que se encontraron en Centroamérica.



Una diminuta ocarina con forma de pájaro —solamente mide cinco centímetros del pico a la cola— encontrada en la tumba de un niño de Cuello todavía emite las notas do-re-mi-fa-sol de la escala diatónica a través de sus orificios.

des soberanos mayas iban a sus tumbas acompañados de magníficas sartas de jade o de máscaras decoradas con él; pero tal como demostraron las tumbas de Cuello, la práctica de colocar jade con los muertos se había iniciado más de un milenio antes. Hay indicios de que incluso en esta remota fecha los mayas diferenciaban diversas calidades de jade, valorando sobre todas las otras las piedras de un verde esmeralda traslúcido que se asemejaban a los colores iridiscentes del quetzal, un pájaro oriundo de las tierras altas de los mayas y cuyas plumas se apreciaban mucho para adorno personal. Pequeñas cuentas de este precioso jade se recogieron de unos pocos de los 172 enterramientos de Cuello que Hammond excavó últimamente y en los que también constató que las personas de baja condición social eran enterradas a veces con objetos hechos de minerales menos valiosos, que se parecían al jade solamente en el color.

Para los mayas, el valor del jade iba más allá de su atractivo puramente decorativo. Su color simbolizaba la propia vida: el verde del maíz mientras crecía, los matices refulgentes de las profundas pozas de agua. El jeroglífico maya de «jade» se utilizaba también en el léxico maya para un nombre de día que representaba lluvia y, de acuerdo con un texto ritual que estaba en uso en tiempos de la conquista española, el jade era «la piedra preciosa de la gracia, la primera gracia infinita». Además, estaba metafóricamente vinculado con la sangre, el símbolo de vida y de muerte. La sangre vertida por los reyes en rituales sagrados fertilizaba el gran árbol (*axis mundi*) en el centro del universo maya y también abría las puertas a un mundo paralelo de seres sobrenaturales cuyas acciones influían en el vivir cotidiano. Poco ha de sorprender entonces que los mayas adornaran muchas de sus piezas de jade con pigmentos rojos, uniendo simbólicamente de este modo los dos elementos más profundamente importantes de su mundo.

El último día de sus excavaciones en Cuello, Norman Hammond bajó a un antiguo horno construido en el más bajo estrato del yacimiento y, en agradecimiento por la feliz conclusión del proyecto, quemó una ofrenda de *pom*, un incienso resinoso que todavía usan los modernos mayas en sus rituales religiosos. Mirando hacia arriba por toda la sucesión de estratos que había descubierto, sintió la certeza de que su hipótesis había sido acertada: los mayas, aunque tal vez estimulados por culturas de su inmediata vecindad, tal como la olmeca, habían dado forma a su propio destino. Este pequeño yacimiento contenía todos los ingredientes necesarios para la evolución de una sociedad compleja: artes y oficios bien desarrollados, rudimentos de matemáticas y literatura, un perfeccionamiento progresivo de la agricultura demostrada por la mejoras genéticas del maíz, amplios vínculos comerciales y una organización jerárquica. No obstante, se echaba en falta un indicio de las fuerzas que finalmente impulsaron a la socie-



En 1980, un grupo de arqueólogos lucha por abrirse camino a través de una ciénaga en las tierras bajas de los mayas, en su marcha de 65 kilómetros hasta las remotas ruinas de El Mirador. Descubierta en 1926, la metrópoli donde los mayas construyeron algunos de sus mayores edificios públicos fue virtualmente inaccesible hasta 1972, cuando se construyó un modesto campo de aviación junto al yacimiento, campo que más tarde quedaría cubierto por la vegetación.

dad maya a pasar de una pujante cultura rústica a una civilización urbana.

Unos 10 años más tarde, en un apartado yacimiento de la selva tropical del norte de Guatemala, el arqueólogo Richard Hansen de la Universidad de California en Los Angeles (UCLA) pensó que había encontrado la respuesta. Descubiertas por reconocimiento aéreo en 1930 pero sin ser visitadas por arqueólogos hasta 1962, las ruinas se encuentran a unos 345 kilómetros de la ciudad de Guatemala y a unos 15 kilómetros de la metrópoli maya de El Mirador, que tenía una superficie de unos diez kilómetros cuadrados y que había sido catalogada como la primera ciudad maya, que databa del siglo segundo a.C. Una antigua calzada había enlazado en tiempos los dos asentamientos y, por esta razón, el nuevo yacimiento había recibido el nombre de Nakbé, que en idioma maya yucateco significa «por el camino». Cuando Hansen hizo su primera incursión allí en 1987, tuvo que abrirse camino a machetazos a través de una ciénaga terrible, basándose en rumbos tomados con la brújula desde las pirámides de El Mirador para seguir el camino adecuado por medio de la densa selva. Dos años más tarde, una reata de 125 mulas hizo el mismo viaje, acarreando el equipo de una expedición conjunta organizada por el Instituto Guatemalteco de Antropología e Historia y la UCLA.

Tal como se comprobó, Nakbé estaba en plena pujanza algunos siglos antes que El Mirador y sus cimientos originales se remontan a casi 3.000 años. Aunque algunos de los hallazgos hechos en Cuello pueden haber sido más antiguos, Nakbé había sido evidentemente una población mucho mayor con un centro ceremonial de casi un kilómetro cuadrado, en el que había enormes plataformas y pirámides de 45 metros de altura construidas en torno al 300 a.C. y pirámides menores

de unos 18 metros que databan del 600 a.C., cuando Cuello y otros muchos yacimientos eran todavía sencillos villorrios. También aquí los diferentes estratos del asentamiento pintaron una imagen de una sociedad que se había ido haciendo más compleja con el paso del tiempo. Conchas marinas decorativas e instrumentos de obsidiana que se habían importado sugirieron a Hansen que el pueblo de Nakbé había desarrollado desde muy temprano unos sistemas bien organizados para el abastecimiento y transporte de varias mercancías. El descubrimiento de dientes humanos incrustados con piedra similar al jade, una forma de ornamentación dental común entre la elite del período clásico de los mayas, sirvió como prueba de que en Nakbé existió una jerarquía social, acaso en tiempos tan remotos como 2.800 años atrás. Un fragmento de alfarería del mismo período llevaba la imagen de un per-

Un artista hace un boceto de la máscara de piedra de una deidad mitológica conforme se va descubriendo en una pirámide de El Mirador. A partir del 300 a.C., aproximadamente, la naciente elite maya empezó a utilizar relieves en piedra estucada en las fachadas de sus templos para promulgar una doctrina política y religiosa que consideraba a los soberanos en comunicación directa con los dioses.

fil humano con una inclinación característica de la frente, símbolo de elevada categoría social entre los últimos mayas, quienes deliberadamente envolvían el cráneo de los recién nacidos para producir tal efecto, lo que el estudioso de la cultura maya John Carlson cree que estaba destinado a dar a sus cráneos la forma de una mazorca de maíz y hacer de ellos «hombres del maíz».

Al igual que en Cuello, los habitantes de Nakbé acometieron un amplio programa de construcción hace unos 2.400 ó 2.600 años, enterrando sus primeras construcciones ceremoniales bajo enormes plataformas sobre las que erigían pirámides y otras estructuras. Inicialmente las fachadas se dejaban lisas, pero en torno al 300 a.C. se añadieron a algunas de las superficies más altas grandes paneles decorativos de estuco donde se representaban monstruos con unos rasgos exagerados. Estas máscaras habían sido cuidadosamente labradas en la piedra caliza subyacente antes de aplicar el estuco, mientras que en otros yacimientos los artistas habían ahorrado tiempo y esfuerzo al hacer las máscaras directamente con estuco. En opinión de Hansen esto dejaba entrever que las fachadas de Nakbé se encontraban probablemente entre las más antiguas que jamás se habían descubierto en las tierras bajas de los mayas.



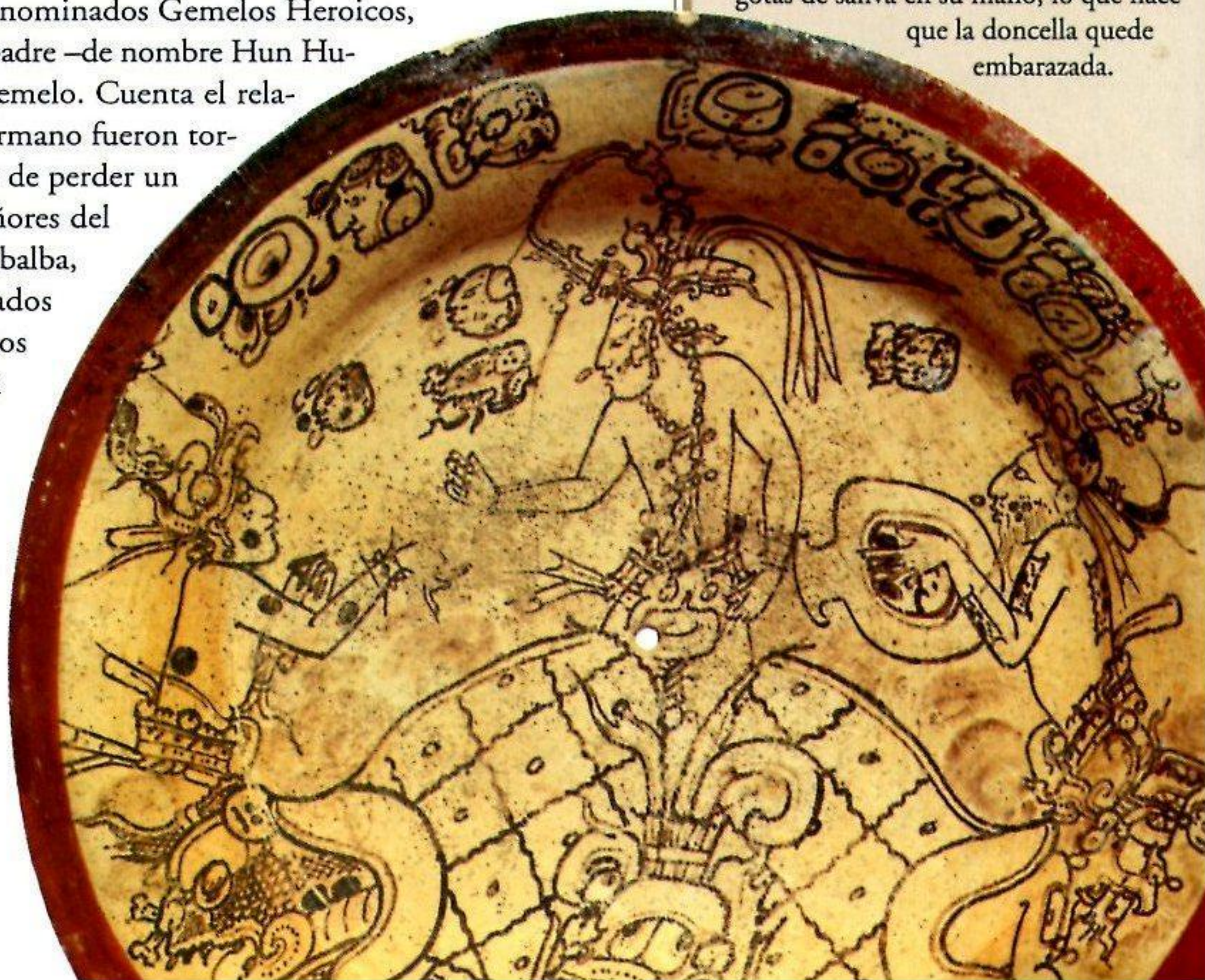
HÉROES EN EL LUGAR DEL TERROR

«Éste es el relato de cómo todo estaba en suspenso, en calma, en silencio; todo inmóvil, y vacía estaba la extensión del cielo.» Así comienza *Popol Vuh*, el relato maya de la creación. Entre los apasionantes personajes que lo pueblan hay dos parejas de hermanos que son ávidos jugadores de pelota. La primera pareja, Hun Hunahpu y Vucub Hunahpu, es convocada a Xibalba, el Lugar del Terror, o Inframundo, por sus dos sátrapas que ambicionan su equipamiento deportivo y tratan de robárselo. Los atribulados hermanos acaban siendo torturados y sentenciados a muerte. El cadáver de Hun Hunahpu es decapitado y su cabeza se cuelga de un reseo duraznero que al instante dio fruto. «Que nadie se atreva a tomar esta fruta», ordenan los sátrapas. Pero una doncella, atraída por el árbol, toma un durazno. Cuando lo hace, la cabeza de Hun Hunahpu —que ahora ha quedado reducida a un cráneo— deja caer unas gotas de saliva en su mano, lo que hace que la doncella quede embarazada.

Incluso en fechas tan primitivas, las edificaciones ceremoniales se ajustaban a un patrón normalizado. Las pirámides de Nakbé y otros yacimientos próximos estaban coronadas con tres templetes agrupados en lo alto de una escalinata superior flanqueada por paneles y máscaras. La escalinata superior de la pirámide principal de Nakbé tenía 13 peldaños, probablemente en correspondencia con los 13 niveles de los cielos mayas, cada uno de los cuales estaba asociado con su propio dios.

Sin embargo, la arquitectura pública de Nakbé difería en un aspecto de la de ciudades mayas posteriores, que eran un hervidero de estelas cargadas de imágenes y jeroglíficos que glorificaban las vidas y logros de sus soberanos. En Nakbé, las representaciones ornamentales se centraban, por el contrario, en dioses y criaturas de la mitología. Una de las obras de arte más extraordinarias del centro era una escena que aparecía por duplicado en ambos lados de una estela de piedra caliza de casi tres metros y medio de altura que había sido reducida a pedazos —aparentemente a propósito, pero por razones desconocidas— mucho más tarde en la historia de Nakbé. Reagrupando cuidadosamente los fragmentos, Hansen pudo recomponer dos figuras con aspecto real, una de las cuales estaba apuntando a una cabeza incorpórea que parecía estar vagamente conectada con el tocado de la otra. Después de estudiar las imágenes, Hansen estuvo seguro de que representaban personajes del *Popol Vuh*, la famosa epopeya maya que había sido transcrita de su original jeroglífico y traducida al español durante el siglo XVI.

Atribuida su redacción —según algunos estudiosos— a la época en que Nakbé estaba experimentando su transformación, la epopeya tiene como personajes principales a los denominados Gemelos Heroicos, Hunahpu y Xbalanque, cuyo padre —de nombre Hun Hunahpu— también había sido gemelo. Cuenta el relato que Hun Hunahpu y su hermano fueron torturados y decapitados después de perder un juego de pelota contra los Señores del Inframundo, conocido como Xibalba, el Lugar del Terror. Llamados por turno al Inframundo, los Gemelos Heroicos consiguen derrotar a los xibalbanos y ascender tras ello a la gloria, transformados en el sol y la luna. De acuerdo con Hansen, las figuras de la estela de Nakbé parecen ser nada menos que Xbalanque y Hunahpu y la cabeza cerce-



Abandona el Inframundo y se va a vivir en la casa de la madre de Hun Hunahpu, donde alumbró dos hijos gemelos, Hunahpu y Xbalanque.

Al igual que Hun Hunahpu y su hermano, los gemelos son convocados a Xibalba para participar en un partido de pelota. Mucho más sagaces que su padre y su tío, se las arreglan para evitar las torturas y las trampas que habían urdido contra ellos y derrotan estrepitosamente a sus antagonistas. Pero la victoria no asegura su liberación. Habiendo irritado a los hombres de Xibalba, pasan por una serie de experiencias escalofrantes; luego, recurriendo a la magia, se dejan asesinar. Los xibalbanos muelen los huesos de los gemelos hasta reducirlos a polvo y arrojan tales restos a un río. «Pero los huesos no fueron muy lejos», relata el *Popol Vuh*, «porque posándose inmediatamente en el fondo del río, se transformaron en dos gallardos jóvenes».

Disfrazados, los gemelos regresan a Xibalba donde realizan una serie de trucos, entre los que destaca el sacrificio y la subsiguiente resurrección de uno por el otro. Extasiados, los dos Señores de Xibalba piden un tratamiento similar y los gemelos consienten, hasta cierto punto: liquidan a los embaucados sátrapas, pero no los devuelven a la vida. Habiendo vencido al mal, los Gemelos Heroicos —como se les llamó desde entonces— ascienden al cielo, donde toman posición como el sol y la luna.

Tal como se relata en el Popol Vuh, el asesinado Hun Hunahpu —considerado por los mayas como el dios maíz— se eleva desde una concha de tortuga hendida que representa la superficie de la tierra. Ha sido resucitado por sus hijos, Hunahpu (izquierda) y Xbalanque (derecha) que vierten agua sobre el grano floreciente.

nada del desventurado padre que se muestra adecuadamente vinculada con la de su hijo de igual nombre.

A principios de 1992, Hansen hizo un descubrimiento todavía más excitante en Nakbé, donde él y otros arqueólogos estaban realizando nuevas excavaciones en algunas de las edificaciones del yacimiento, que se contaban por cientos. Al limpiar la vegetación y el suelo de la base de una pirámide de 45 metros de altura, empezaron a descubrir lo que resultaría ser la mayor escultura arquitectónica que jamás se había encontrado en la región de los mayas. Con más de nueve metros de longitud y casi cinco de altura, el gigantesco relieve era una cabeza estilizada del dios maya conocido como Pájaro Celestial, un símbolo temprano del mundo natural indómito que, según los relatos de *Popol Vuh*, había sido puesto bajo control por los Gemelos Heroicos. Dado que a un rey maya se le consideraba la encarnación terrenal de los gemelos, el Pájaro Celestial se asoció más tarde con la autoridad real y se representó frecuentemente presidiendo las coronaciones. El aspecto más fascinante de la escultura era que databa de una época tan remota en la historia de los mayas —en torno al 300 a.C.— que resultaba 200 años más antigua que otras obras de arte similares. En opinión de Hansen esto dejaba entrever una posibilidad intrigante: tal vez el desarrollo de una ideología religiosa había servido por sí mismo como detonante de la llama luminosa de la civilización maya.

A lo largo de sus investigaciones, Hansen había meditado por qué, repentinamente, las gentes de Nakbé habían emprendido un programa de construcción de una escala tan inaudita. Aunque los edificios monumentales no cumplían ninguna finalidad práctica aparente —salvo, tal vez, ayudar a canalizar y recoger el agua de lluvia en preparación para la estación seca que duraba cuatro meses— su construcción habría requerido, como era evidente, un esfuerzo descomunal, en el que participaría la mayoría o la totalidad de la población. Sólo una poderosa clase o grupo dirigente podría haber controlado a una masa trabajadora de semejante envergadura, pero la cuestión era cómo lo habían conseguido. Más adelante, cuando ya se consolidaron unas dinastías hereditarias, se levantaron edificios en honor de soberanos específicos, lo que daba a entender que la autoridad inherente de la realeza había sido suficiente motivación para las masas. Pero en aquellos primeros días, quienes encargaban la construcción de monumentos los dedicaban a seres sobrenaturales. Teniendo en cuenta estos factores, Hansen llegó a la conclusión de que la organización política en Nakbé y otros asentamientos tuvo una base religiosa, gracias a la cual sus líderes y señores —tal vez procedentes de las filas del clero— mangoneaban a sus súbditos apelando a su reverencia por los dioses.

Otros arqueólogos han puesto en tela de juicio la teoría de Hansen según la cual la religión fue el factor clave que espoleó el desarrollo de esta compleja sociedad. Sus especulaciones tal vez necesiten ser revisadas a la vista de unos estudios de campo más amplios en aquella zona. En cualquier caso, el auge de la construcción no duró mucho en Nakbé. Pasadas unas pocas generaciones

desde la época en que se realizó la escultura del pájaro, la construcción quedó prácticamente paralizada y la ciudad no tardó en asemejarse a una aldea fantasma y en tal semiabandono permaneció durante casi 1.000 años. Hansen cree que Nakbé dio paso al cercano El Mirador, asentamiento favorecido con mejores suministros de agua y mejores defensas, en forma de una empinada escarpa natural a lo largo de sus límites septentrional y occidental.

Fuera el que fuese el catalizador del desarrollo de la civilización maya, lo cierto es que para sobrevivir y prosperar tenía que sustentarse con recursos económicos, incluyendo una cantidad suficiente de alimentos para sustentar a una creciente clase ajena a la agricultura: familias dirigentes y sus cuerpos de casa, guerreros y artesanos. Hasta la década de 1960 se había dado por cierto que los antiguos mayas, al igual que sus modernos descendientes, habían dependido para la obtención de casi todos sus alimentos de una agricultura de tala y quema, un sistema que exige la limpieza de trozos del bosque y la quema de la maleza para fertilizar el suelo con las cenizas. Debido a que el suelo tropical es relativamente pobre y de poco espesor, para empezar, los nutrientes se consumen rápidamente en tales campos, en un año o dos, tras lo cual la tierra ha de quedar en barbecho hasta que crezca nueva vegetación boscosa que renueve el suelo y permita el regreso de los agricultores. Los investigadores han calculado que como resultado de todo esto, los mayas no podrían tener en explotación dentro de un mismo año ni tan siquiera una tercera parte de las tierras que tenían a su disposición, por lo que la agricultura de tala y quema probablemente no habría podido sustentar al gran número de personas que vivían en las ciudades.

Por esta razón, los estudiosos han teorizado que los grandes yacimientos tales como El Mirador deben haber sido fundamentalmente centros ceremoniales, ocupados por una clase sacerdotal dirigente y adonde las familias de labradores, residentes en distritos apartados, solamente acudirían en ocasiones especiales. Aun así, hay pruebas que testifican que ya en el año 300 de nuestra era la población había crecido hasta un punto tal que habría llevado a límites insostenibles una agricultura de simple tala y quema. Dado que la población se multiplicaría por diez en los 600 años siguientes, la única posibilidad es que los agricultores mayas hubieran ideado una diversidad de métodos de cultivo.

Una práctica que ayudaba a combatir la erosión —un grave problema allí donde se implantó la agricultura de tala y quema— era la construcción de bancales en las faldas de las colinas, en donde se acumulaban los arrastres de tierra que formaba allí capas más gruesas y ricas. También parece que los mayas habían complementado su suministro de comestibles con pequeños huertos y huertas cercanos a sus casas, donde cultivaban tubérculos, plantas solanáceas y leguminosas, así como frutas y nueces. Otra técnica para me-



La cabeza de ave de más de diez metros de anchura conocida entre los arqueólogos como la Deidad Pájaro Principal o el Pájaro Celestial se representa aquí en un apunte preliminar de un artista que reproduce la capa de yeso y la pintura de color crema que recubrían originalmente la estructura externa de piedra de la máscara. Construida en la base de una pirámide en Nakbé hacia el 300 a.C., la máscara quedó oculta por sucesivas terrazas que posteriores generaciones de mayas levantaron a su alrededor.

jorar las cosechas y aumentar las cantidades de tierra de labor era la construcción de campos elevados, un método intensivo en mano de obra pero de alto rendimiento que todavía se practica mucho en Centroamérica.

A finales de la década de 1960, el geógrafo canadiense Alfred Siemens encontró pruebas irrefutables de que los antiguos mayas habían empleado la agricultura a base de campos elevados. Al estudiar fotografías aéreas de la cuenca del río Candelaria en la zona meridional de Yucatán, Siemens observó un claro mosaico de elevaciones que cubrían una zona de terreno ribereño pantanoso. Investigaciones sobre el terreno confirmaron que los mayas habían reclamado tanto las ciénagas como los terrenos inundables para plan-

tar en ellos, recurriendo en primer lugar a la excavación de canales de drenaje en el terreno anegado de agua y, en segundo lugar, a la formación de montículos artificiales de bastante altura sobre el nivel del agua con la tierra rica en nutrientes extraída de los canales. Los propios canales brindaban acceso en canoas a los campos de cultivo, así como un aporte constante de fango orgánico para mantener fertilizados los campos; el pescado y los mariscos de que podían disponer con facilidad eran una fuente adicional de provisiones. Pero persistía la cuestión de la amplitud que había cobrado dicha práctica. Diez años más tarde se apuntó una respuesta, gracias a un instrumento de alta tecnología, el radar de apertura

sintética que puede penetrar entre vegetación muy densa y reproducir con considerable detalle lo que hay por



detrás. Entre 1977 y 1982, equipos aerotransportados de radar barrieron los bosques del sur de México y de Guatemala y revelaron lo que parecía ser una gran extensión de campos y zanjas en una región pantanosa que anteriormente se había considerado tierra baldía. Algunas de estas características resultaron ser naturales y en nada atribuibles a la acción del hombre, pero ulteriores estudios llevados a cabo en 1991 demostraron documentalmente el uso aislado, que no tan intensivo como se había supuesto, de campos elevados.

Otros reconocimientos aéreos han demostrado que, en zonas donde el principal problema era la escasez de agua, los mayas construyeron redes de regadío a gran escala. En Edzná, una ciudad importante en la árida planicie costera del suroeste de Yucatán, un equipo de arqueólogos dirigido por Ray Matheny de la Universidad Brigham Young levantó el plano de una compleja red de acequias y depósitos construida entre el 200 a.C. y el 100 de nuestra era. Entre las características más impresionantes de la obra destacaba una acequia de hasta 90 metros de anchura y once kilómetros de longitud que corría hacia el sur desde la ciudad hasta el río. Al norte del centro de la ciudad, siete acequias más cortas se abrían en abanico para alimentar varios depósitos, el mayor de los cuales podía embalsar más de cien millones de litros de agua. Matheny calculó que, en total, las gentes de Edzná habían invertido 1,68 millones de horas/hombre en la obra —toda ella construida a mano con ayuda de azadas y azuelas hechas de chert— para crear una capacidad de almacenaje de agua de casi 2.000 millones de litros.

En la costa oriental de Yucatán, en la ciudad de Cerros, sus habitantes también habían emprendido unas grandes obras hidráulicas. El núcleo ceremonial de este centro agrícola, marítimo y comercial, cercano a las desembocaduras de los ríos Hondo y Nuevo, estaba separado del continente por una acequia de más de kilómetro y medio de longitud con un canal de distribución que irrigaba varios campos. Sin embargo, para algunos arqueólogos que buscaban pruebas de la evolución de la sociedad maya la principal fascinación de Cerros es la aparente celeridad y decisión con la que asumió la institución del poder real.

Entre aquellos que han investigado la metamorfosis de Cerros, en su paso de villorrio a reino, se encuentran dos norteamericanos especialistas en estudios mayas: Linda Schele, de la Universidad de Texas, en Austin, pintora profesional y profesora de arte convertida en epigrafista, que es una de las expertas más notables en el desciframiento de los glifos mayas; y David Freidel, de la Universidad Metodista del Sur, en Dallas, «una porquería de arqueólogo», según sus propias palabras. Ambos han interpretado la espectacular transformación que se produjo en Cerros como el resultado de una decisión cons-

PIEDRA MÁS PRECIOSA QUE EL ORO

Reverenciado por los mayas por su belleza, su escasez y sus presuntos poderes, el jade planteaba un peliagudo reto práctico a los antiguos lapidarios. La jadeíta, que es la forma de jade que se encuentra en Centroamérica, es un material de dureza y densidad excepcionales. Transformarla en ornamentos y artículos funerarios con las primitivas herramientas disponibles requería ingenio y persistencia.

El pedernal y la obsidiana habrían resultado inútiles contra la dura superficie del jade. Por ello, parece ser que los mayas utilizaron medios desechables en conjunción con polvos abrasivos. Los grandes trozos de jade se cortaban en dos o cuatro piezas menores, o se serraban en láminas planas con ayuda de una cuerda que se pasaba repetidas veces, adelante y atrás, sobre arena húmeda para marcar una profunda ranura. Sierras de madera y taladros de hueso se empleaban de forma similar para hacer incisiones rectas o curvas y otros adornos. A veces se usaba polvo de jade como material abrasivo. Las piezas resultantes se pulían con fibras de caña o calabaza, plantas que tienen depósitos microscópicos de sílice en sus células.

Un número sorprendente de figuras humanas y animales de jade estaban talladas a semejanza del celt, un tipo de cincel u hoja de hacha cuneiforme. Los estudiosos especulan con la posibilidad de que los lapidarios mayas pudieran haber cortado el jade de esa forma utilitaria por pura rutina, con intención de utilizar algunas piezas como herramienta. Luego, con muy poco



trabajo adicional, estas piezas de los colores y texturas más finos se

transformaban en amuletos y efigies, como la figura de una deidad reproducida abajo a su tamaño natural.

No todas las piedras verdes que tallaban los mayas eran jade auténtico. La espectrometría y el análisis químico modernos han revelado que muchos artículos que en tiempos se pensó eran de jade, en realidad estaban hechos de otros minerales tales como la serpentina, el cuarzo o la albitita verde, materiales que los modernos arqueólogos llaman el jade social.

Los artesanos mayas reconocían muy bien las diferencias y reservaban el jade de mejor calidad para objetos destinados a las personas de más alto rango y para las ofrendas religiosas más importantes. El impresionante collar preclásico reproducido arriba habría proclamado que su usuario era persona de poder y categoría.



ciente de unos líderes específicos, cuyos nombres se han perdido pero cuyo legado arquitectónico es testimonio de su animosa iniciativa. El escenario que Schele y Freidel han pintado, aunque se reconoce que es especulativo y que en modo alguno cuenta con una aceptación universal, tiene visos de certeza en su representación de la importancia de las personas en el desarrollo del destino de los mayas.

Aproximadamente en el 50 a.C., Cerros ya era un puerto con mucho tráfico y, gracias a sus dos ríos, servía de importante centro de enlace entre el comercio costero del Caribe y las comunidades del interior. El transporte se hacía en canoas ahuecadas de grandes troncos, habitualmente caoba y otras maderas duras; las embarcaciones destinadas a navegar por la mar probablemente tenían más de doce metros de eslora y podían llevar hasta 50 personas. Las cargas destinadas al interior incluirían una amplia gama de mercancías locales: pescados, mariscos y mamíferos marinos comestibles; conchas, dientes de tiburón y espinas de pastinaca para uso en rituales religiosos; y sal que los mayas utilizaban no sólo para aderezar y conservar los alimentos, sino también como una forma de moneda y como ingrediente en las medicinas.

Entre los artículos más valiosos que pasarían por Cerros se encontrarían la obsidiana y el jade, extraídos en distantes minas del centro de México y en unos pocos sitios de las tierras altas del sur de Guatemala. La obsidiana, un cristal volcánico negro, se podía trocear en piezas que tenían el filo de una navaja barbera, razón por la cual se apreciaba mucho para hacer armas e instrumentos cortantes. El jade, naturalmente, tenía un enorme significado religioso y ceremonial y gozaba de una gran demanda en todo el territorio maya. A cambio de estas y otras preciosas mercancías importadas, las comunidades de las tierras bajas pudieron haber ofrecido artículos de primera necesidad como alimentos y algodón, y artículos suntuarios como plumas de quetzal y pieles de jaguar.

El comercio habría familiarizado a los habitantes de Cerros con las costumbres de otros pueblos, incluido el concepto de realeza divina, que aparentemente ya había arraigado en lugares tales como Nakbé y El Mirador. Schele y Freidel teorizan que los patriarcas de Cerros cayeron en la cuenta de que también su ciudad necesitaba el prestigio de estar regida por un rey —para mejorar su categoría ante las ciudades y personas con quienes hacían negocios— y de una manera totalmente deliberada eligieron a uno de ellos para que ocupara ese puesto.

Debido a que en Cerros no hay textos glíficos que narren la historia, no hay forma de conocer las circunstancias precisas que pudieron haber motivado la conversión de Cerros en un centro real, proceso que no consumió más de 50 años. Pero los datos arqueológicos no orientan respecto a la forma en que se produjo la transformación. Después de destruir sus antiguos hogares, el pueblo esparció joyería de jade y las vasijas rotas de una fiesta ritual sobre las ruinas, donde se levantarían las nuevas edificaciones ceremo-

niales. Se construyeron nuevas viviendas en un arco en torno a la zona despejada. La costumbre imponía que la puerta de una casa debía mirar al sol naciente, pero algunos miembros de la comunidad posicionaron sus umbrales frente al naciente símbolo del poder real: el templo que se estaba construyendo al borde del agua.

Similar en planta a las pirámides ceremoniales de Nakbé, este primer templo de Cerros tenía fachadas adornadas con imágenes divinas que Schele y Freidel piensan que estaban destinadas a legitimar a los reyes de Cerros como descendientes de los dioses. Aunque estos mensajes pictóricos pueden resultar ambiguos, Schele comprobó que contenían glifos individuales estratégicamente si-

tuados que ayudaban a aclarar su significado. Así, un glifo de cuatro pétalos —símbolo del que sabemos que representaba al sol— que aparecía en una máscara de un animal rugiente la identificaba como el Dios Sol Jaguar, una deidad que representaba no sólo al sol, sino también al más joven de los Gemelos Heroicos, los prototipos de la realeza maya.

Tal como Schele y Freidel conjeturaron de su estudio de las inscripciones en otros lugares, el templo había funcionado como escenario público para uno de los ritos mayas más sagrados: la comunión del rey con los dioses y antepasados, conocido como el viaje al Inframundo. Para alcanzar el estado de éxtasis y alucinación que posibilitaba este viaje espiritual, el rey ayunaría y se sometería a sangrías. La distribución en planta del interior del templo daba a entender que el rey realizaba este último rito en privado, en un pequeño cuarto en el extremo oriental del templo y que luego regresaba a la contemplación pública en el remate de la escalinata del templo, dispuesto para empezar la divina comunión, con sus blancos ropajes de algodón tintos en sangre.

Aunque tales prácticas de derramamiento de sangre puedan parecer bárbaras para nuestras modernas sensibilidades, su importancia para los mayas era, literalmente, trascendental. Creían que el universo estaba repleto de fuerzas peligrosas y explosivas que solamente se podían aplacar mediante los rituales adecuados. Las estrellas y los planetas se consideraban las manifestaciones visibles de los dioses y, dado que sus movimientos en los



Construido en torno al 50 a.C. a orillas de la Bahía de Chetumal en la costa oriental de Yucatán, el primer templo de Cerros miraba tierra adentro, hacia un centro urbano que cubría unos 840.000 metros cuadrados. Unos pocos años más tarde, las gentes que ocupaban este pujante núcleo del comercio maya construyeron el complejo, o acrópolis, de un templo mucho mayor sobre una plaza elevada a la que se accedía por una grandiosa escalinata que subía por el frente de la pirámide.

Las facciones rugientes del Dios Sol Jaguar todavía se pueden discernir en el trabajo de cantería de la plataforma inferior del primer templo de Cerros; el enorme semblante por encima de ellas se piensa que representa la estrella matutina. Las dos máscaras formaban parte de un cuarteto que flanqueaba las escaleras del templo y simbolizaba el paso del sol.

cielos podían ser beneficiosos o perjudiciales, la nobleza maya seguía estos movimientos con exquisito cuidado (*páginas 130-133*). El obscurecimiento del sol en un eclipse, por ejemplo, se percibía como una forma de muerte, de la que el sol acaso no se recuperara. La primera aparición estacional de la estrella vespertina, que en realidad es el planeta Venus, se tomaba como señal de guerra inminente. Al programar los rituales públicos, tales como las sangrías, para que coincidieran con los ciclos celestes y del calendario, los soberanos mayas trataban de controlar estos acontecimientos y poder confirmar así que el rey era vital para el mantenimiento del orden cósmico.

No muchos años después de la construcción de este templo en Cerros se iniciaron en sus proximidades las obras de una edificación mucho mayor que constaba de tres niveles diferentes de plataformas. El complejo ocupaba una superficie triple que la del templo original y tenía más de quince metros de altura, lo que significaba que los rituales que se desarrollaban en su cúspide eran completamente invisibles para las personas que se encontraran a ras del suelo. En esta plaza de mayor elevación, de acuerdo con Schele y Freidel, el rey realizaba sus ritos de efusión de sangre a la vista de unos



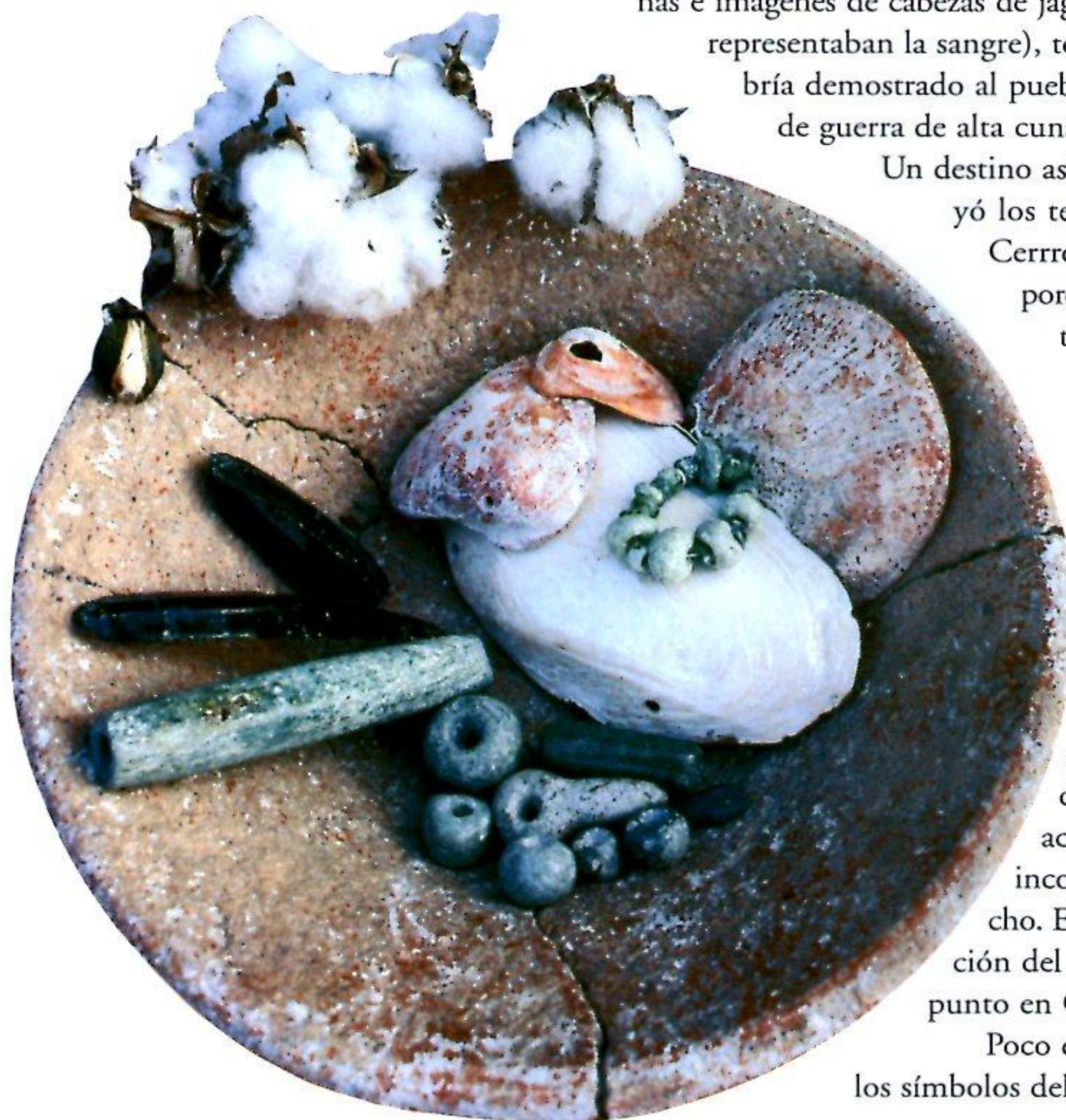


En este mapa del territorio maya se indican los principales artículos de comercio y sus lugares de origen. Desde los tiempos más remotos, los aldeanos mayas que vivían en comunidades costeras intercambiaban sal, pescado y otros recursos marinos por los productos agrícolas de sus vecinos del interior,

para lo que frecuentemente utilizaban los ríos navegables como vía de transporte de las mercancías. A medida que fue evolucionando la cultura, se produjo una apetencia de artículos suntuarios procedentes de lugares apartados. Entre tales lujos cabe citar: plumas, conchas, pieles de jaguar, tabaco,

jade y obsidiana. Para la época del cuarto viaje de Colón a las Américas en 1502, los comerciantes estaban surcando la mar desde México hasta Panamá en enormes canoas, cuyos cascos iban repletos de valiosas materias primas y artículos manufacturados para el comercio.

En el yacimiento preclásico de Cuello, situado cerca del Río Nuevo, en Belice, se encontraron ocultas valiosas conchas de spondylus, jade y obsidiana, que se importaban de remotos lugares. Los comerciantes mayas puede que intercambiaban algodón, en rama (como se ve abajo) o hilado y tejido, por los antiguos objetos de valor.



pocos privilegiados. Con ayuda de sus elegidos, el rey descendía luego por la escalinata hasta una plataforma intermedia de mayor superficie. Aunque no era tan selecta como la plataforma superior, esta zona de contemplación estaba reservada, no obstante, para una minoría de altos dignatarios de la corte real quienes, engrosando el cortejo del rey, le seguían en su descenso hasta la inmensa plaza inferior donde esperaba el pueblo llano.

Para cuando se terminó la obra de esta segunda pirámide-templo, parece ser que el primer rey de Cerros ya había muerto: sus atributos reales de jade —piezas de una diadema y un pectoral— se encontraron enterrados debajo justo de la cúspide del segundo templo. Insatisfecho quizá con el complejo existente, el nuevo soberano construyó dos templos más. Uno, mirando hacia la salida del sol, estaba destinado a ser tumba real. El otro, que miraba a poniente, parece que conmemoraba la guerra ritual, cuando los reyes y los nobles entraban en combate no para matar, sino para capturar a los miembros de la realeza enemiga y llevárselos consigo para torturarlos y sacrificarlos; la fachada de este templo estaba adornada con relieves de cabezas humanas e imágenes de cabezas de jaguar de las que salían volutas (que se piensa representaban la sangre), todo ello símbolos del poder real, que se habría demostrado al pueblo mediante la decapitación de prisioneros de guerra de alta cuna.

Un destino así pudo haber derrocado al rey que construyó los templos orientados a levante y poniente en Cerros: presumiblemente murió lejos de su sede, porque jamás ocupó su tumba, que se dejó abierta. Su sucesor empezó la construcción de otro templo más, pero la mano de obra era deficiente y la edificación no se llegó a terminar nunca. Había tenido lugar algún cambio que afectaba a la autoridad real, aunque sólo podemos conjeturar en qué consistiría. Tal vez el poder del rey había quedado anulado por un enemigo externo o se había debilitado por revueltas internas. En cualquiera de los casos y a pesar de su categoría semi-divina, un soberano maya era juzgado por su actuación y si un sucesor resultaba ser débil, incompetente, o desafortunado, no duraría mucho. El hecho de que no se completara la construcción del nuevo templo a buen seguro ratifica este punto en Cerros y marca el final del linaje real.

Poco después, el populacho destruyó ritualmente los símbolos del poder real encendiendo enormes hogueras



Espinas de pastinaca caribeña como ésta, hallada en Cuello, se encontraban entre los instrumentos que los soberanos mayas usaban para lacerarse en sus esfuerzos por comunicarse con los dioses.

En un ritual de efusión de sangre representado en un dintel de Yaxchilan, el soberano Jaguar-Escudo sostiene una antorcha sobre su esposa, la Señora Xoc, mientras ésta se pasa sobre la lengua una cuerda repleta de espinas.

*La Señora Xoc levanta la vista
para contemplar la aparición de
un guerrero que sale de las
fauces de una Serpiente Visión.
La serpiente se yergue sobre un
cuenco plano que contiene
lancetas y trozos de papel de
corteza empapados en sangre de
la Señora Xoc, lo que da a
entender que la visión se
materializó a partir de ella. Los
participantes en tales rituales
pueden haber alucinado debido
a la pérdida masiva de sangre.*



contra las fachadas de los templos y destrozando parte de las máscaras. El experimento de la monarquía había llegado a su fin.

Al igual que Cerros, la gran metrópoli de El Mirador sufrió una decadencia terminal en el siglo primero de nuestra era, posiblemente por culpa del deterioro de sus relaciones comerciales. A tan sólo 64 kilómetros al sur, otras dos ciudades mayas, Tikal y Uaxactún, estaban bien situadas para tomar el relevo como potencias económicas y políticas de la zona. Agraciadas con suelos fértiles y abundantes suministros de chert, estas comunidades sirvieron de enlace entre dos importantes redes fluviales, una que fluía hacia el noreste para desembocar en el Caribe y la otra que fluía hacia el oeste, hacia el Golfo de México. Las dos ciudades estaban separadas por menos de un día de marcha, por lo que estaban condenadas a entrar en competencia. Acaso por contar con una ubicación algo más ventajosa, parece ser que Tikal alcanzó preeminencia, probablemente mediante el establecimiento de mejores relaciones con Teotihuacán, la magnífica ciudad y centro mercantil que dominaba el Valle de México durante los siglos tercero y cuarto de nuestra era. La rivalidad entre Tikal y Uaxactún finalmente entró en el terreno de la violencia y acabó por dilucidarse en el campo de batalla, hacia finales del siglo cuarto de nuestra era. A manos del vencedor fue a parar, como botín, el reino de su derrotado enemigo y, lo que es más significativo, el control de un sector vital de toda la red comercial entre el centro y las tierras bajas.

Las ruinas de la mayor pirámide-templo de Tikal todavía se levantan sobre los 60 metros de altura de los enormes cedros, caobas y árboles del chicle que la rodean en medio de una de las selvas más densas de Centroamérica. Aunque Cortés y su ejército debieron pasar cerca en su marcha sobre Honduras en 1525, la ciudad no fue oficialmente redescubierta hasta 1848. Durante más de un siglo, el único medio de acceso a ella eran unos senderos infernales, abiertos por los recolectores de goma de mascar en bruto, por lo que la mayoría de las primeras expediciones fueron a pequeña escala. La Fuerza Aérea guatemalteca construyó por fin un pequeño campo de aviación, con pista de tierra, junto a las ruinas en 1951 y cinco años más tarde la Universidad de Pennsylvania organizó un programa de investigación en el propio yacimiento como no había conocido otro. El proyecto, que duró 15 años y requirió la participación de más de 100 arqueólogos, acabó por ser una de las investigaciones científicas más amplias que jamás se habían emprendido en el Nuevo Mundo.

Tras haber excavado más de 500 edificaciones, William Coe, director del proyecto durante sus últimos siete años, pudo ofrecer al mundo una reconstrucción detallada de la historia arquitectónica de la ciudad. Desde sus albores modestos como aldea agrícola en alguna fecha anterior al 600 a.C., Tikal se fue desarrollando a lo largo de unos cuanto siglos siguientes para llegar a ser una comunidad sustancial. Ya en el siglo II a.C. se había dado

MENSAJES QUE NOS ENVÍA LA ARCILLA

A primera vista, los dos vasos policromados que vemos aquí parecen suficientemente diferentes como para que fueran obra de artesanos igualmente diferentes. Pero el trabajo de los detectives científicos ha demostrado otra cosa. Y lo que es más importante: los métodos utilizados para determinar la identidad de sus autores y su lugar de origen ayudarán a los estudiosos a identificar otros vasos de los que no conste su procedencia, un problema especialmente peliagudo en los estudios mayas, en los que con harta frecuencia los objetos han sido desenterrados ilegalmente y vendidos



Los glifos que aparecen sobre estos vasos incluyen el nombre del pintor y muestran que estaba emparentado con la nobleza, soberano 3 de Naranjo y señora Estrella-Concha de Yaxha, y sugiere que el artista pudo haber sido un segundo hijo de la casa real. Los glifos de abajo indican el nombre, todavía pendiente de descifrar.



sin información alguna que los acompañe sobre sus orígenes.

El arqueólogo Michael Coe, de la Universidad de Yale, estaba convencido no sólo de que estos dos vasos eran obra del mismo artista, a pesar de sus aparentes disparidades, sino también de que procedían de Naranjo, en Guatemala, a unos 40 kilómetros al este de Tikal. Un estudio intenso de los vasos por la historiadora de arte Dorie Reents-Budet, del Museo de la Universidad Duke, confirmaría esto.

Gracias a los progresos hechos en el desciframiento de los glifos, la traducción de la escritura de las paredes de los vasos, de un estilo similar, identificó tanto el nombre del artista y el del patrono o propietario de cada vaso. Pero por si fueran necesarias más pruebas de que ambos correspondían a un solo creador, éstas se produjeron cuando se llevó a cabo una prueba química con unas muestras minúsculas de cada vaso. El perfil de los oligoelementos que contenían demostró que se habían formado con la misma mezcla de arcilla y otros ingredientes. Además, su perfil químico coincidía con el de restos de alfarería encontrados en Naranjo, con lo que se determinaba la ubicación del alfar real donde se habían creado.



forma a grandes plazas que pasaron a ser el centro de un núcleo urbano que, junto con asentamientos periféricos densamente poblados que cubrían unos 65 kilómetros cuadrados, llegó a ser residencia de 40.000 personas en los momentos de mayor esplendor de Tikal.

En el siglo primero a.C. se construyó en la zona central un complejo de edificaciones monumentales y de cámaras sepulcrales reales. Conocido como la Acrópolis Norte, era un lugar de descanso no sólo para los huesos y los atributos reales, sino también para los restos de una naciente clase de elite hereditaria. Varios análisis han demostrado que las personas enterradas aquí eran más altas y robustas que el pueblo llano, señal de que habían estado mejor alimentados y, tal vez, que su categoría obedecía, al menos en parte, a una superioridad física heredada.

La ocupante de una de las tumbas más ricas era una mujer, lo que indicaba que la clase social elevada era ahora derecho de nacimiento tanto de hombres como de mujeres de las familias de elite. Esta misma tumba estaba adornada con figuras de nobles, posiblemente sus parientes o antepasados. Ejemplo temprano del arte del retrato entre los mayas, estas obras representan el apartamiento de la dedicación del arte ritual exclusivamente a los dioses. Más pinturas, provisionalmente identificadas por Schele y Freidel como retratos de los propios reyes y sus nobles, adornaban el exterior de un cercano santuario cuyo interior había sido ennegrecido por las hogueras de los sacrificios.

En Uaxactún, al norte, los arqueólogos han descubierto más pruebas espectaculares de un movimiento hacia lo personal: los primeros casos que se conocen de reyes mayas inmortalizándose en esculturas. Al igual que en Tikal, y entre los siglos primero y tercero de nuestra era, se produjo una gran expansión y remodelación del centro ceremonial de la ciudad. Las excavaciones en trinchera realizadas en 1985 dieron con un extraordinario grupo de seis templos de este período que habían sido enterrados bajo edificaciones más modernas levantadas en una pequeña acrópolis. Sus fachadas estaban cubiertas con la más amplia variedad de máscaras de estuco de la época preclásica que hasta entonces se había encontrado. La mayor de las máscaras es una ambiciosa representación del cosmos maya, que muestra en un nivel un gran monstruo en el mar primordial, y en el nivel por encima de éste un monstruo idéntico que representa la sagrada montaña que se elevó de las aguas para formar la tierra firme. La cabeza de este monstruo está penetrada por la denominada Serpiente Visión, un ofidio que simbolizaba el camino al Inframundo tomado por el rey cuando se comunicaba con los muertos ancestrales y los dioses en los ritos de efusión de sangre.

La imaginería mitológica era intrigante en sus detalles y su simbolismo, pero lo que resultaba realmente diferente en una edificación eran los retratos esculpidos de un dirigente que llevaba el atuendo inconfundible de un rey y estaba sobre un *pop*, o esterilla de trono. Tal vez lo más significativo de

todo fuera que las esculturas estuvieran colocadas en la superficie frontal de un templo que servía como pórtico y entrada procesional a la acrópolis. En años posteriores, los reyes de todo el territorio maya erigirían en posiciones igualmente prominentes las estelas que registrarían sus reinados en palabras e imágenes.

Establecer la monarquía era una cosa pero, tal como los habitantes de Cerros debieron haber sabido, hacerla durar era otra harto distinta. En Tikal, los cimientos de una dinastía perdurable fueron establecidos por un rey que gobernó a principios del siglo III de nuestra era y cuya importancia como figura ancestral quedó sobradamente reconocida en las inscripciones que encargaron algunos de sus 39 sucesores, que siguieron ocupando el trono durante el sorprendente período de 600 años. El primero de éstos en ser retratado en un relieve fue un personaje que ha sido bautizado por los epigrafistas como Voluta-Ahau-Jaguar que, al igual que los nombres de otros soberanos mayas, es una descripción abreviada de los glifos que le identifican. («Ahau» es la palabra maya equivalente a «señor».) Su figura aparece en la que quizá sea la estela más famosa que jamás se haya descubierto: la que lleva una fecha maya que corresponde al 8 de julio del año 292 de nuestra era, el ejemplo más antiguo de fecha maya puesta en un monumento y el indicativo tradicional del comienzo del período clásico.

Tres décadas más tarde, el monarca de Tikal era un hombre conocido como Luna-Cero-Pájaro, al que se representa luciendo un ornamento real en la cintura y erguido sobre un cautivo postrado, de evidente nobleza. Ésta era una representación habitual de la forma normal de guerra maya, el combate cuerpo a cuerpo cuyo principal objetivo era la demostración de valor personal mediante la captura de prisioneros. Desde principios del siglo cuarto, las imágenes de cautivos atados se repiten tanto en Tikal como en Uaxactún, lo que da a entender que sus respectivos soberanos consideraban a sus vecinos como una fuente de víctimas para los sacrificios y otros acontecimientos rituales. La relación entre las dos ciudades difícilmente pudo haber sido pacífica, aunque las reglas para los encuentros evitaran el conflicto total.

Sin embargo, bastante pronto la rivalidad llegó a la crisis, durante el reinado de Garra-Gran-Jaguar, el noveno soberano de la perdurable dinastía de Tikal, que accedió al poder en algún momento en torno a mediados del siglo cuarto. El primer experto en temas mayas que sugirió la posibilidad de que hubiera cambiado la forma de hacer la guerra entre ciudades fue Peter Mathews, de la Universidad de Calgary. En el curso de un estudio de estelas, cayó en la cuenta de que había una en cada sitio que registraba la misma fecha y la misma acción por un noble; Mathews se imaginó que el acontecimiento había sido o bien una alianza por matrimonio o bien una conquista. Cuando Schele y Freidel examinaron las pruebas, llegaron a la conclusión de que las estelas eran monumentos bélicos que celebraban

Encontrado en la tumba de un soberano de Tikal, un incensario de terracota en forma del dios que se cree era la deidad del sacrificio humano por decapitación mira desvergonzadamente a la cabeza cercenada que descansa en la bandeja que sujeta en las manos. Cuando Tikal derrotó a la vecina Uaxactún, los cautivos probablemente fueron decapitados en honor de esta macabra deidad.



la captura de Uaxactún el 16 de enero de 378 por un señor de Tikal llamado Rana-Fumante.

La estela de Tikal se erigió 50 años después del suceso que conmemora e informa que Garra-Gran-Jaguar santificó la victoria mediante un acto de efusión de sangre. Otras inscripciones han establecido que Rana-Fumante era hermano de Garra-Gran-Jaguar y, muy probablemente su jefe militar. Aparece en la estela de Uaxactún luciendo un gran tocado esférico, esgrimiendo en una mano una macana con dientes cortantes de obsidiana y en la otra un lanzavenablos, conocido entre ellos como *atlalt*, y que era un instrumento usado para lanzar un venablo con gran fuerza.

Los arreos de Rana-Fumante, en particular su tocado y lanzavenablos, representaban una desviación radical del atuendo y armamento utilizados por anteriores señores mayas. Linda Schele y David Freidel, entre otros, han llegado a creer que se adoptaron de Teotihuacán como parte de un nuevo culto militar, que John Carlson ha propuesto que estaba centrado en la supuesta influencia de los movimientos del planeta Venus. Teotihuacán, que aparentemente dominaba la zona central de México mediante guerras con vecinos de menor entidad, probablemente había comerciado con las dos ciudades mayas, al menos desde el siglo primero de nuestra era. Una vasija de alfarería primorosamente decorada que se encontró en Tikal, databa de la época del triunfo de Tikal y brindó la confirmación de unas buenas relaciones: muestra a seis emisarios de Teotihuacán, identificables por su atuendo, en el momento de recibir la bienvenida de un representante maya. No está fuera de lugar imaginar que el contacto con Teotihuacán pudiera haber suscitado el motivo para la guerra entre Tikal y Uaxactún, estimulando a cada una de las partes a luchar por el control de la ruta del comercio a través de su territorio.

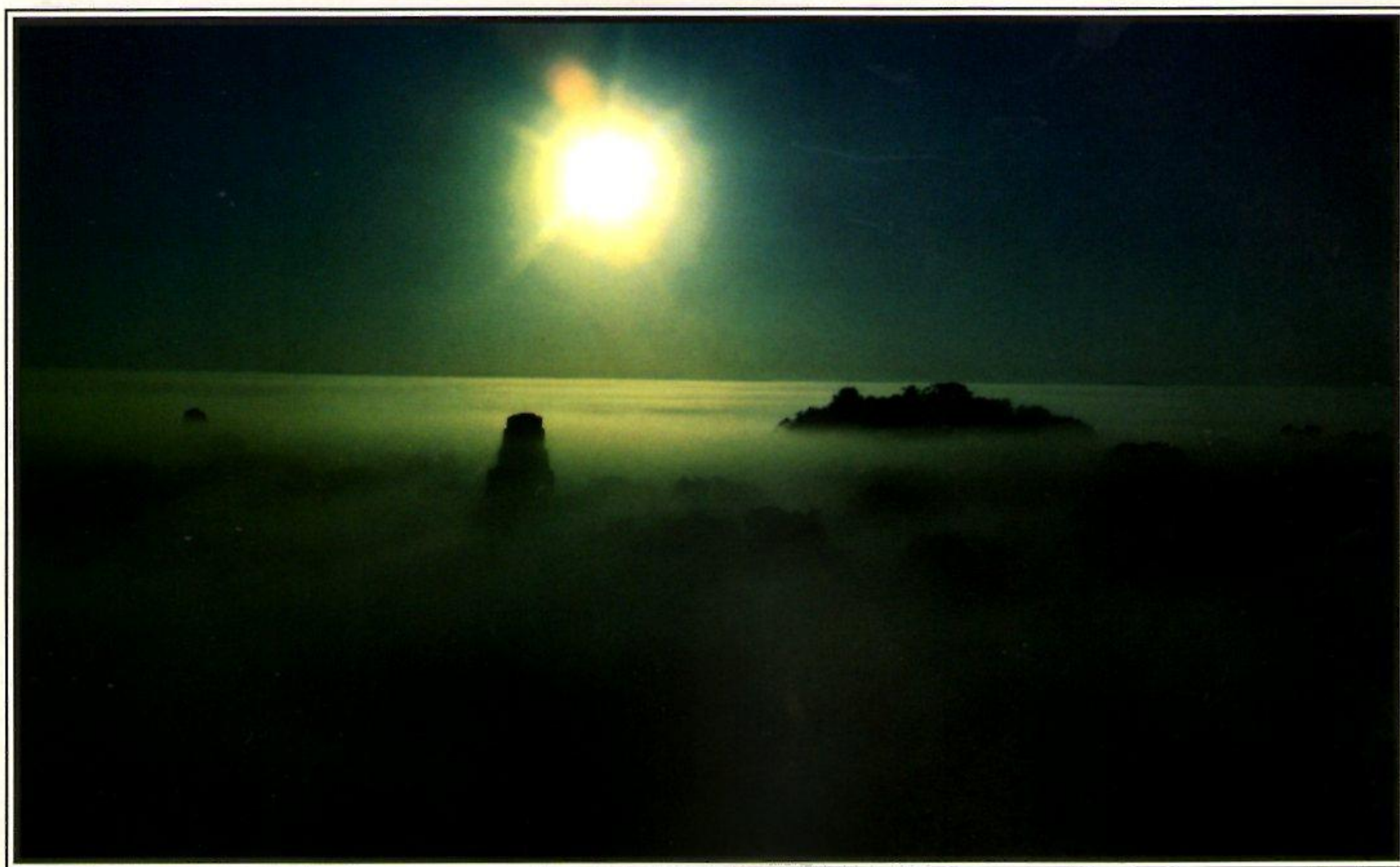
No ha llegado a nuestros días relato alguno de la batalla en sí, pero es muy probable que en vista de lo mucho que había en juego, todo el mundo se olvidara de las antiguas reglas. Ésta, a fin de cuentas, era una guerra de conquista, presumiblemente reñida sin cuartel por guerreros armados con lanzavenablos que podían lanzar una lluvia de proyectiles sobre el enemigo desde una respetable distancia. Y cuando Rana-Fumante triunfó, no se sintió satisfecho simplemente con hacer cautivo al rey de Uaxactún; ocupó la propia ciudad y se hizo dueño de ella. Al cabo de un año de su victoria, Rana-Fumante sucedió a su hermano pero optó por gobernar desde su nueva posesión. Los arqueólogos han advertido que, a partir de estas fechas, las características arquitectónicas que en tiempos se asociaban exclusivamente con Tikal empiezan a aparecer en Uaxactún.

Aquellos perdedores que no murieron en combate sufrieron el destino tradicional. En un templo cerca de la es-

tela de Uaxactún que recuerda el logro de Rana-Fumante, los arqueólogos hallaron cinco esqueletos de mujeres y niños que bien pudieron haber sido las esposas e hijos del rey vencido, asesinados para poner fin a su dinastía. En Tikal, una inscripción que conmemora la victoria usa un glifo en forma de un dios de sacrificio humano, que se muestra en otras partes sentado en un taburete de huesos y sujetando una cabeza humana cercenada sobre una bandeja.

Tikal fue la ciudad predominante y más prestigiosa de las tierras bajas centrales durante cerca de 200 años. Presumiblemente siguió ampliando su influencia, estableció conexiones con ciudades mayas posiblemente tan apartadas como Copán, situada en el confín suroriental del territorio maya. Por toda la región, nuevas dinastías subieron al poder en varias ciudades, pero es probable que todas ellas contemplara a Tikal con una especial reverencia; su linaje real, acaso el más antiguo de todos, simbolizaba la importancia de las conexiones con el pasado, con el mundo de los antepasados y el poder sobrenatural que avivaba toda clase de empresa política y social. A decir verdad, toda la civilización maya parecía bien nutrida, floreciente ya, y encaminada hacia sus días más gloriosos y de plena sazón.

DISIPANDO LAS BRUMAS DEL TIEMPO



Todo un milenio después de la decadencia de Tikal, los altos chapiteles de las pirámides-templo de la ciudad todavía se yerguen sobre la selva guatemalteca. Ni siquiera los bancos de niebla que avanzan hacia el interior procedentes del cercano Caribe pueden ocultar el más alto de estos santuarios (*arri-ba*), el milenario Templo de los Sacerdotes Jaguares (también conocido como Templo III), que se levanta hasta una altura de 54 metros.

Tales edificaciones, que datan de la era dorada de los mayas, proclaman una civilización magnífica en su complejidad y extensión. Las excavaciones arqueológicas realizadas a lo largo de más de tres décadas solamente han conseguido arrancar del tenaz abrazo de la selva unos quince kilómetros cuadrados de la extensión de 64 kilómetros cuadrados que abarcaba la metrópoli, aproximadamente. Sin embargo y dentro de este pequeño recinto solamente —el centro neurálgico de Tikal— se encuentran más de 3.000 edificios y más de 200 monumentos de piedra.

Que tales riquezas arqueológicas se hayan revelado en una zona tan pequeña es un testimonio no sólo de la asombrosa vi-

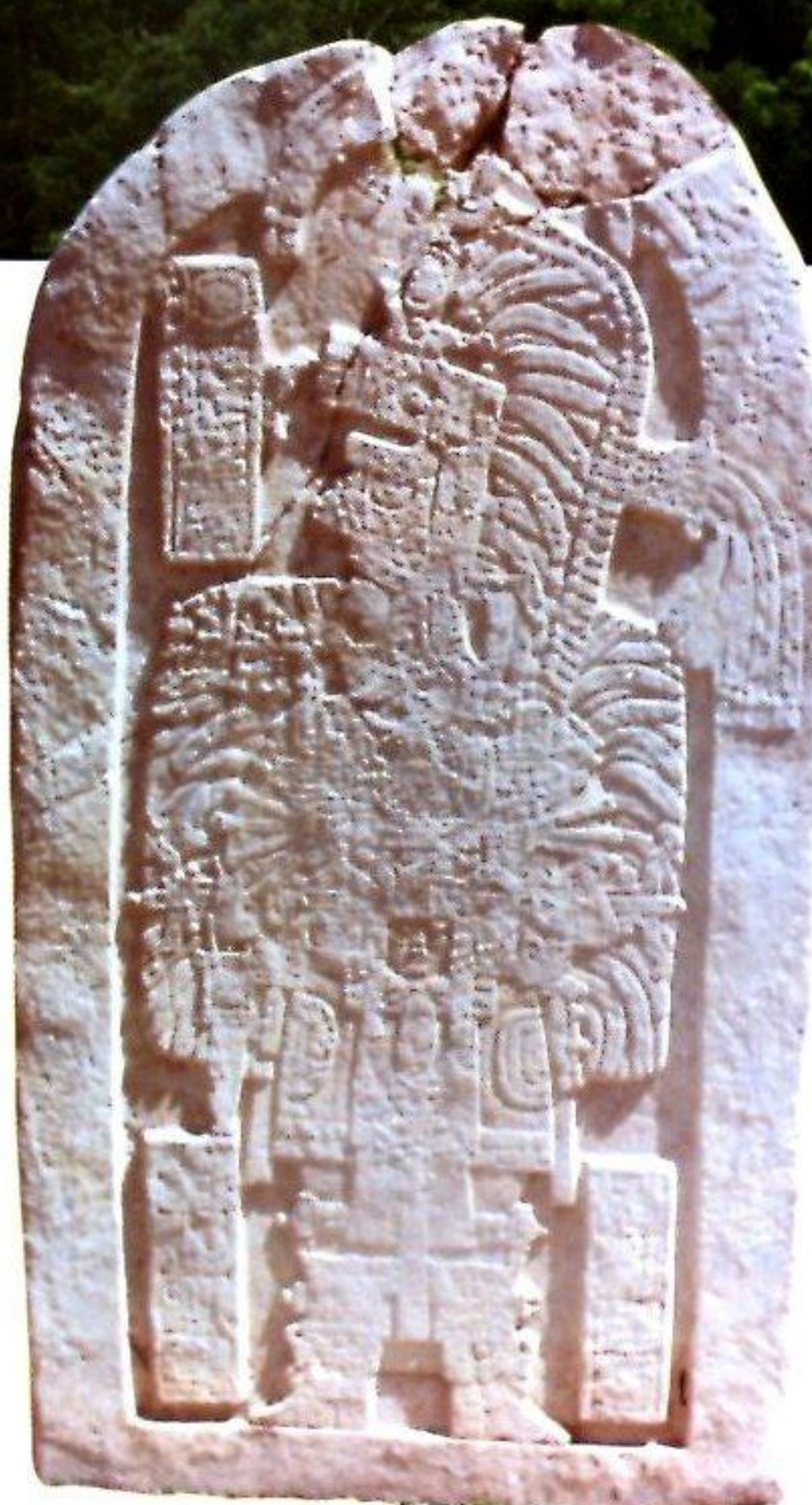
talidad de Tikal, sino de su sorprendente longevidad, también. Desde su oscuro origen preclásico hace 2.600 años en la selva tropical de Petén, al norte de Guatemala, Tikal creció hasta convertirse en el principal núcleo comercial de las tierras bajas centrales y la joya de la cultura maya clásica, que duró ocho siglos. Estelas imponentes, o piedras conmemorativas cubiertas de jeroglíficos, palacios laberínticos y templos colosales proclamaban el poderío de la ciudad, mientras que unos relieves y esculturas que representaban deidades, soberanos ataviados fantásticamente y enemigos vencidos expresaban la base de poder de esta sociedad, extraordinariamente sensible a las diferencias de clase y cada vez más bañada en sangre.

En sus mejores tiempos, todas las prodigiosas energías físicas y mentales de los habitantes de Tikal —desde soberanos hasta labradores— estaban enfocadas al sustento y ampliación de la gloria de la ciudad. Al igual que las ilustres edificaciones de Roma y de la faraónica Tebas del antiguo Egipto, los edificios de Tikal llegaron a ser más que emblemas de una civilización orgullosa y poderosa. Para los mayas, eran los repositorios del poder en sí mismo.



Reflejando diez siglos de abandono, las ruinas excavadas de Tikal todavía relucen entre la selva tropical que las circunda. El espacio verde del centro marca el lugar ocupado por la Gran Plaza con su regio complemento de los Templos I (izquierda) y II (derecha); en primer término está la Acrópolis Norte con sus ancestrales santuarios. Los imponentes palacios de la Acrópolis Central se aprecian en la parte trasera.

Gran constructor y soberano, Ah Cacaw, a quien se atribuye la puesta en marcha de la era dorada de Tikal, aparece con galas militares simbólicas en esta estela erigida en el 711 de nuestra era. Mirando hacia su derecha por debajo de un complicado tocado de plumas, el soberano enarbola un cayado ritual. Una bolsa con amuletos de adivinación pende de su muñeca derecha. Ah Cacaw encargó la estela conmemorativa en el año vigésimo nono de su reinado.



El núcleo ceremonial de Tikal es devuelto a su esplendor del siglo noveno en esta recreación del arquitecto canadiense Stanley Loten.

Mientras el pueblo pasa apresuradamente entre los templos ornamentales de la Acrópolis Norte (primer término) y por la Gran Plaza (centro), y los burócratas y la realeza deambulan por las salas de la Acrópolis Central (fondo), la imagen sedente de Ah Cacaw contempla todo desde la cúspide del Templo I.

UNA CIUDAD GRANDE Y GLORIOSA

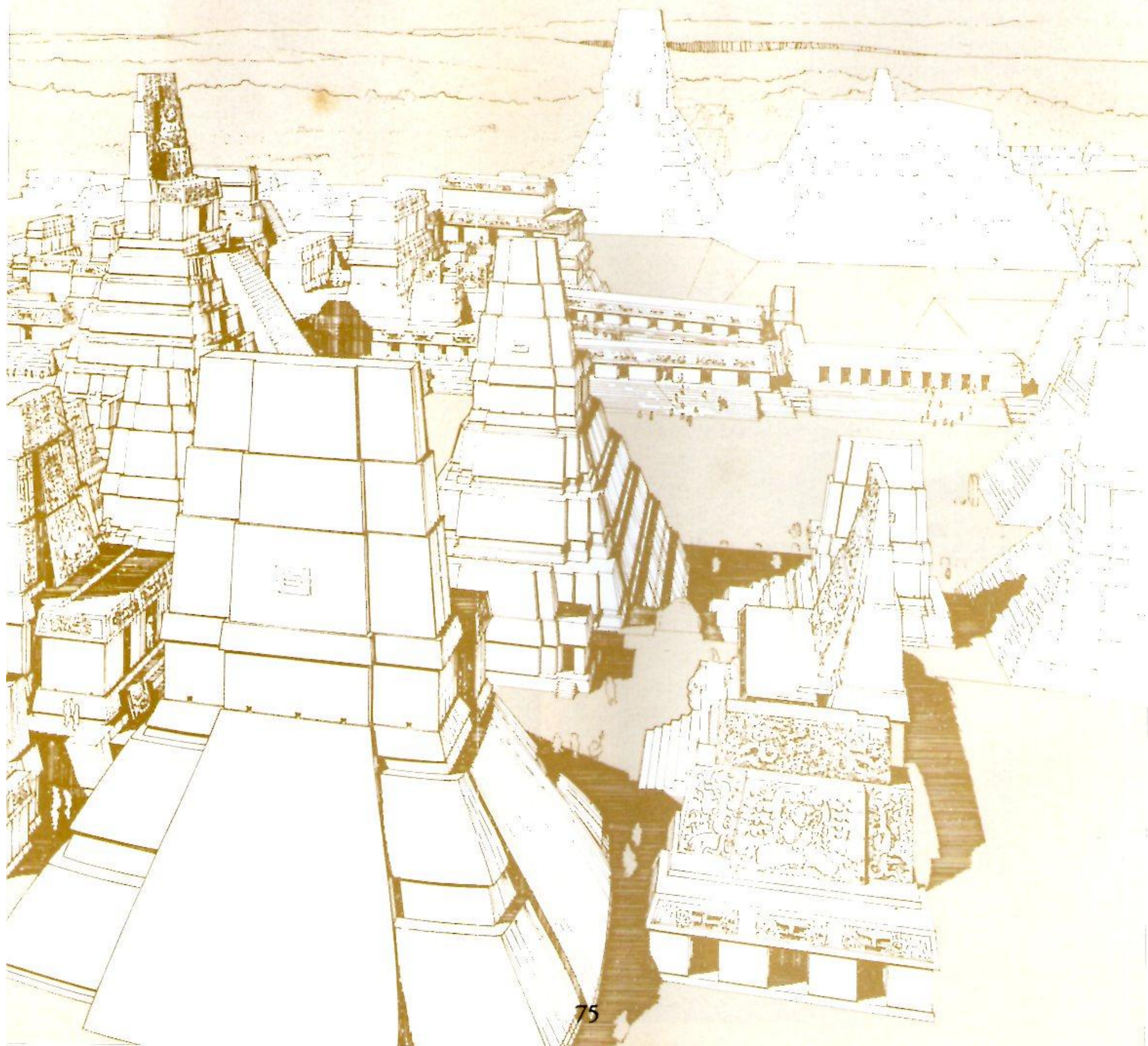
En 1961, unos arqueólogos que estaban abriendo túneles por debajo del Templo I de Tikal dieron con una cámara abovedada que contenía un esqueleto espléndidamente adornado con jade, perlas y conchas, y rodeado de otros tesoros. Ésta era la tumba de Ah Cacaw, el más grande de los soberanos de la ciudad. Con su ascenso al trono en el 682 de nuestra era, Tikal emprendió un período de expansión que, durante los

100 años siguientes, reforzó su dominio de la región.

Durante las cinco décadas de su reinado, Ah Cacaw trasladó el núcleo ritual de la ciudad de la antigua Acrópolis Norte a la Gran Plaza, donde encargó la construcción de los Templos I y II. Su lujosa ornamentación e imponente altura —aproximadamente 42 metros— eclipsaron a todas las edificaciones anteriores y marcaron la pau-

ta para la arquitectura maya subsiguiente.

Durante el reinado del hijo de Ah Cacaw, soberano B (también conocido como Yaxkin), y de su nieto Chitam, Tikal floreció y se convirtió en una ciudad importante —acaso con 40.000 habitantes en su mejor momento— que contaba con gigantescas pirámides-templo, complejo de palacios, canchas para el juego de pelota, mercado y casa de baños.



HABITACIONES DIGNAS DE UN REY

Mientras que las pruebas arqueológicas indican que los labradores de Tikal habitaron al principio en comunidades de casas de labranza apartadas, la realeza habitaba en la más cercana vecindad de la Acrópolis Central que, en tiempos del Clásico Tardío, se había convertido en un laberinto de edificios que ocupaban casi dos hectáreas y rodeaban seis espaciosos patios.

A pesar de las comodidades de los palacios, la vida en complejo tenía sus inconvenientes. Los arquitectos de Tikal —presionados por una próspera nobleza— siempre estaban muy ocupados dividiendo y volviendo a dividir las salas, tapiando puertas

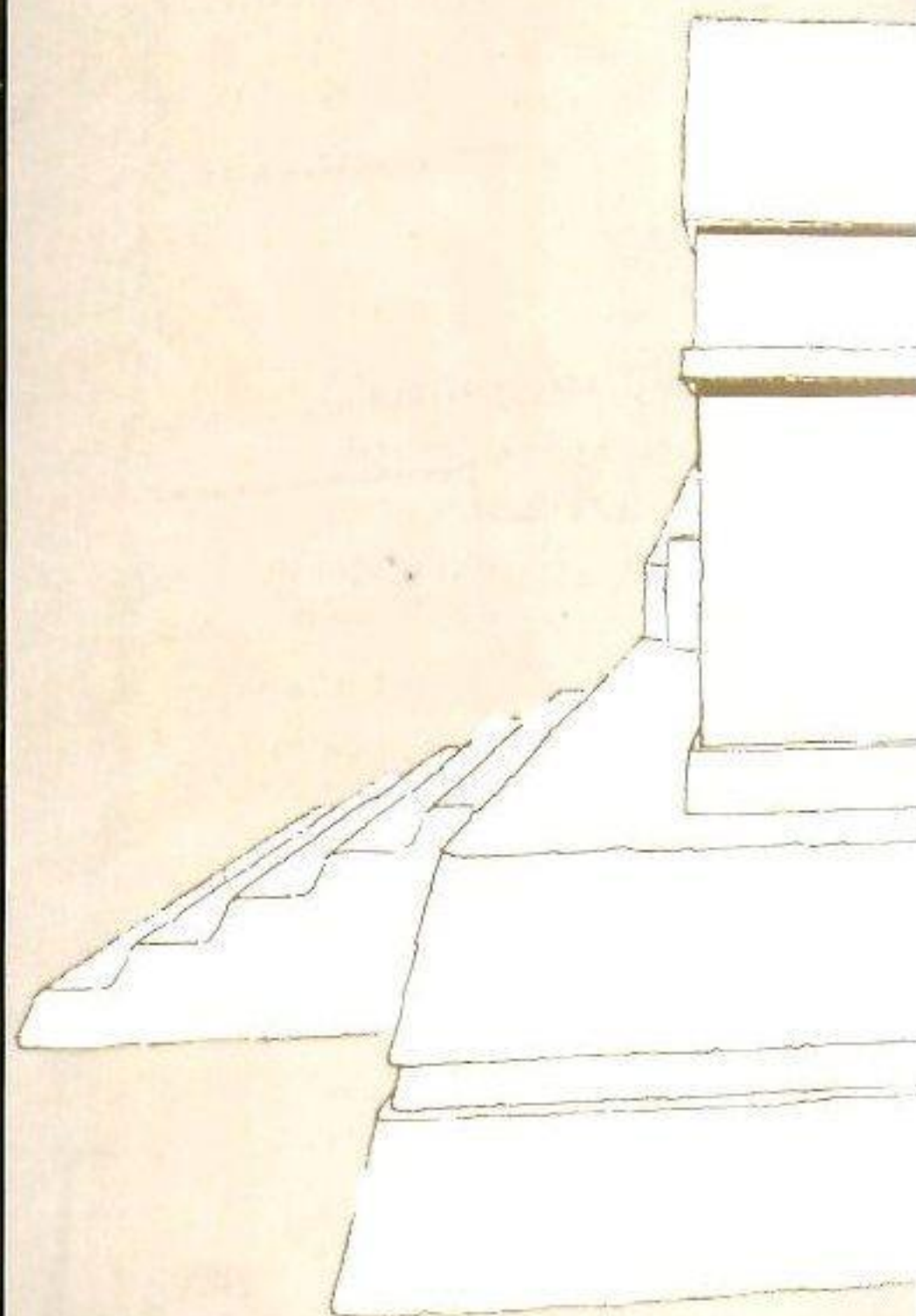
de entrada y añadiendo escaleras y pisos. En los días felices del formidable Ah Cacaw la acrópolis se había convertido en un laberinto de vestíbulos y pasadizos, frescos durante el día y templados durante la noche.

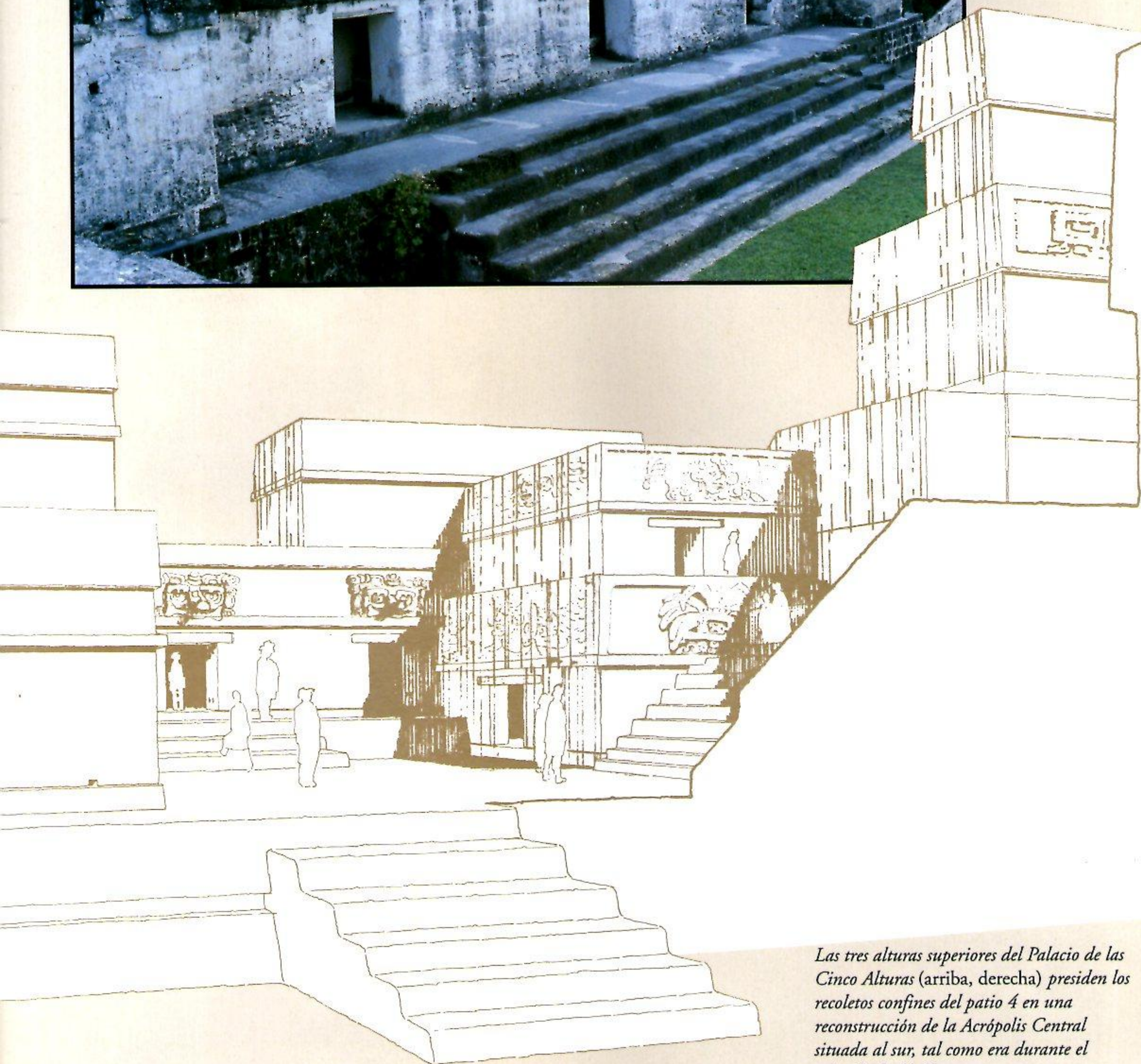
Los edificios en sí rara vez tenían un fondo mayor que dos galerías, con todas las habitaciones cerca de las salidas. Además de albergar a la elite, probablemente servían como centros administrativos. Existen pruebas que apoyan la suposición de que los porches de los edificios tenían toldos que permitían la realización de actividades en el exterior de los edificios durante el día, a cubierto de los elementos.

Los vestigios del friso que en tiempos circundó el exterior del palacio de Teobert Maler apenas si pueden apreciarse por encima de los dinteles de las puertas que en tiempos estuvieron sombreados por toldos policromos de algodón. El palacio se conserva muy bien por dentro. Maler, uno de los primeros investigadores de Tikal, vivió aquí con una relativa comodidad durante sus exploraciones de 1895 y 1904.

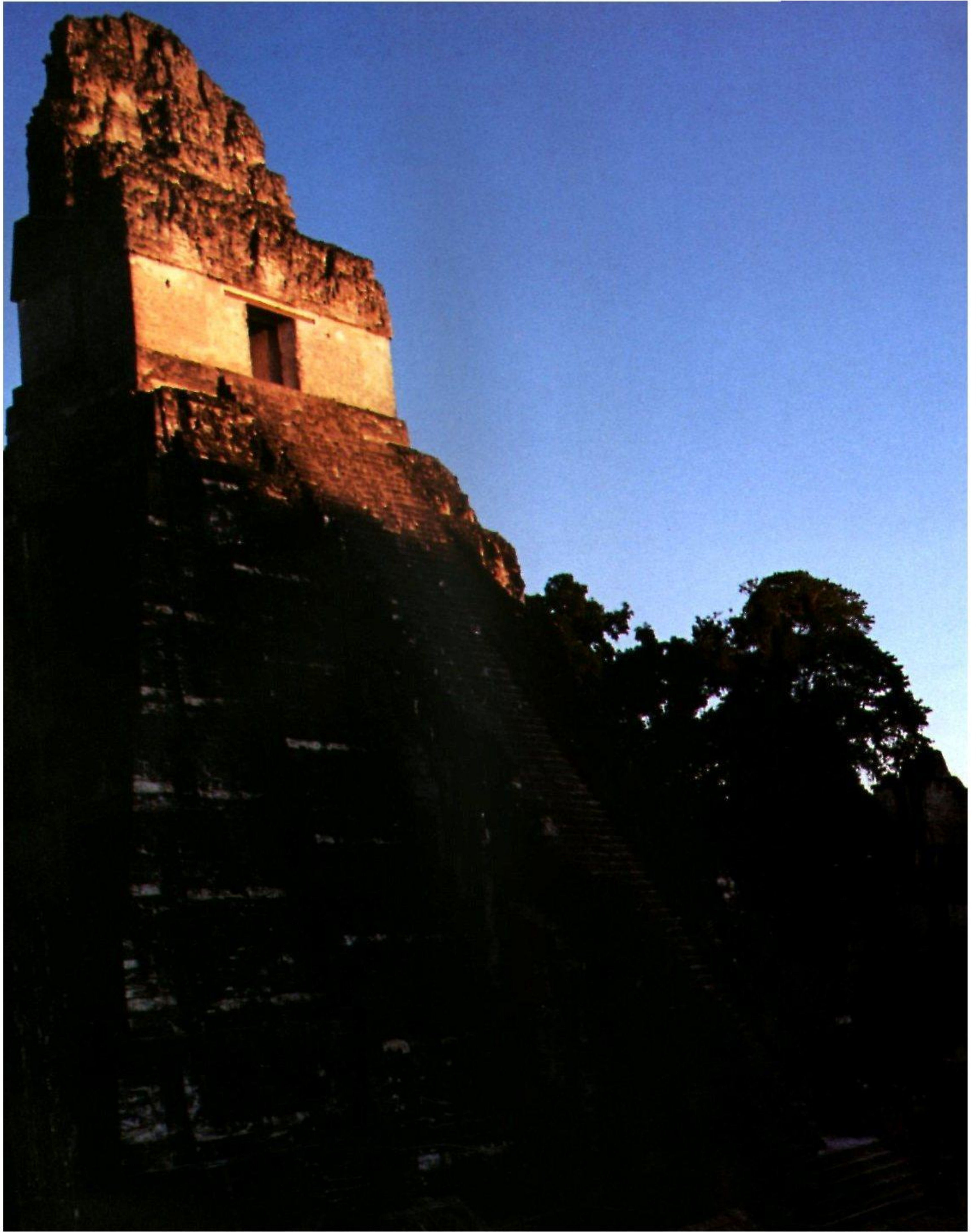


Este cuarto del denominado Palacio de las Cinco Alturas —con su original banco de piedra y vigas de madera de chicozapote resistente a la carcoma— probablemente alojó a alguien de la elite. La estrechez de la cámara viene impuesta por su bóveda de forma alancetada que transfería el peso de la techumbre a las paredes. Estas bóvedas eran características clásicas de la arquitectura maya en piedra.





Las tres alturas superiores del Palacio de las Cinco Alturas (arriba, derecha) presiden los recoletos confines del patio 4 en una reconstrucción de la Acrópolis Central situada al sur, tal como era durante el reinado de Ah Cacaw.



EL ÁMBITO DE LOS DIOSES Y LOS REYES

Nada evidenciaba tanto el brillo de Tikal como sus grandiosos templos. Magníficamente diseñados para imponer respeto, estos descomunales santuarios comprendían tres partes: una base piramidal recorrida por una escalinata, un santuario tabicado, y un «peine de techo», una prolongación de albañilería puramente ornamental que se elevaba hacia el

Nueve terrazas (el 9 es un número sagrado para los mayas) se levantan hasta la base del peine del techo del Templo I, fotografiado a la puesta del sol.

Tal como se puede ver en este corte transversal del Templo I, los mayas incorporaron espacios abovedados dentro de los peines de los techos para reducir su peso. Dentro del santuario subyacente del templo, tres cámaras alancetadas —situadas una tras otra— servían como relicarios, capillas o zonas para realización de ceremonias.

cielo desde el propio techo del santuario.

Es improbable que el pueblo llano subiera en alguna ocasión por aquellas escalinatas. Observados por un populacho embelesado, los reyes y sus ayudantes en los rituales subirían por las escalinatas y desaparecerían en el interior del santuario donde, probablemente, celebraban ceremonias religiosas. Más tarde, reaparecerían enfundados en un atuendo magnífico para dirigir los ritos públicos de culto y, acaso, la ofrenda de sacrificios humanos.

Tan dramático y sublime espectáculo se representaba, a buen seguro de forma periódica, en los Templos I al IV, construidos durante el período Clásico Tardío de Tikal. Recubiertos de estuco de un blanco deslumbrante y con sus esculturas pintadas de brillantes tonos rojos, verdes, azules y amarillos, fueron el centro neurálgico de la vida ceremonial de la ciudad hasta el 900 de nuestra era, cuando Chichén Itzá desplazó a Tikal y los templos fueron abandonados para siempre.



El prodigioso peine del techo del Templo III, con su acabado de estuco completamente arrancado por la erosión, se yergue sobre la selva de Petén. Se piensa que el templo de Petén había sido construido por el nieto de Ah Cacaw.

